
HARLEQUIN
Jazmín
TODA UNA SORPRESA
SORAYA LANE



TODA UNA SORPRESA

SORAYA LANE



Indice

Argumento

El hijo de su mejor amiga…

Rebecca Stewart y Ben McFarlane eran muy buenos amigos y la pareja con más probabilidades de casarse. Pero la pasión estalló entre ellos justo la noche antes de que él se marchara para convertirse en un exitoso jugador internacional de polo.

Tres años después, Ben volvió. Era una estrella deportiva, acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies, mientras que ella era camarera y madre soltera. Pero tenían algo muy importante en común y Rebecca debía encontrar la manera de decirle que era padre.

Capítulo 1

Rebecca Stewart se sobresaltó cuando la puerta del restaurante se abrió y vio aparecer a Ben McFarlane. Habían pasado casi cuatro años, pero lo habría reconocido en cualquier parte con su pelo corto rubio oscuro, sus anchos hombros llenando su camiseta y aquella mirada que aún le aceleraba el corazón.

–Mucho tiempo sin vernos.

Al acercarse, su mirada se suavizó y sus labios se curvaron en una sonrisa, pero se podía adivinar que estaba enfadado. Aquellos ojos le habían partido el corazón unos años antes y en su memoria, como si hubiese sido el día anterior, seguía recordando la noche que habían pasado juntos. Conocía todos sus gestos.

Rebecca tragó saliva y le devolvió la sonrisa, mientras sentía que el estómago le daba un vuelco. Él no lo sabía, no podía saberlo. Aquella expresión enfadada, aquella manera de caminar decidida… Nada más reconocerlo, había pensado que había ido hasta allí con un propósito, que sabía lo de su hija.

Apartó aquellos pensamientos y trató de recordar cómo había sido su relación antes de aquella noche, cuando solo eran buenos amigos y nada más.

–Hola, desconocido –dijo ella–. No sabía que hubieras vuelto.

Rebecca salió de detrás del mostrador, secándose las manos en el delantal. No sabía si abrazarlo. ¿Cómo se saludaba a un hombre que había sido su mejor amigo y amante por una noche, y del que no había sabido nada en años?

–Hola –contestó él con voz ronca.

Rebecca se echó en sus brazos, cautelosamente al principio, hasta que él la atrajo y la envolvió en un fuerte abrazo. Trató de relajarse, concentrándose en la respiración. Eran solo amigos, aunque a pesar del tiempo transcurrido, seguía sintiendo algo por él. El olor de su colonia, la fortaleza de su cuerpo… todo en él la hacía recordar aquella noche, cuando una década de amistad se había convertido en algo más. Había sido la noche previa a su marcha y ella lo había animado a irse, aunque eso le había roto el corazón en mil pedazos.

–¿Cómo estás, Bec? Hacía tiempo que no sabía nada de ti.

El abrazo había sido tan solo una formalidad.

Dio un paso atrás y él dejó caer las manos hasta tomarla por la cintura. La

sensación era cálida y se estremeció, rodeándose con un brazo y dejando el otro a un lado.

–Todo bien, Ben, muy bien –respondió forzando una sonrisa.

–¿Tus padres?

Rebecca sonrió. Sus padres se pondrían muy contentos cuando supieran que Ben había vuelto.

–Estupendamente –dijo, esta vez sin fingir la sonrisa–. Están disfrutando de la jubilación, así que ahora soy yo la que lleva el restaurante.

Por el rabillo del ojo vio movimiento en la cocina y se giró. Cuando se volvió hacia Ben, reparó en que estaba observando todo detenidamente. Conocía tan bien como ella el restaurante italiano de sus padres. Ambos habían trabajado como camareros siendo unos adolescentes antes de que a él se le presentara la oportunidad de su vida y se marchara a Argentina.

–¿Qué me cuentas de ti? ¿Qué te trae aquí?

Ben se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y bajó la vista antes de mirarla a los ojos. Rebecca tuvo el presentimiento de que algo no iba bien. ¿Por qué había vuelto?

–¿Tu abuelo está bien?

–No, no está muy bien, aunque no creo que le guste que te lo cuente –dijo irguiéndose y separando los pies–. De todas formas, ya era hora de volver a casa. Estaba cansado de vivir en el extranjero.

–¿De veras? Ni que te estuvieras volviendo viejo para jugar.

Recorrió con la mirada su físico imponente. Era todo músculo. Los jugadores de polo no tenían fecha de caducidad, siempre y cuando estuvieran en condiciones para seguir jugando, y no se lo imaginaba dejando de jugar por decisión propia.

–No soy tan viejo –replicó sonriendo–, y estoy en muy buen estado físico, así que no sientas lástima por mí –añadió en tono seco–. Es solo que he decidido que ya llevo demasiado tiempo fuera y Gus necesita ayuda. Lo he pasado muy bien en Argentina, pero echaba de menos al viejo.

Trató de digerir sus palabras y sintió un escalofrío en la espalda.

–¿Así que has vuelto para quedarte?

–Sí, al menos por ahora. Si hubieras respondido a mis correos electrónicos, te habría avisado.

–Han pasado muchas cosas y he estado muy ocupada, lo siento.

Sabía que sonaba a excusa tonta y lo era. Pero él tampoco le había

enviado un correo electrónico en mucho tiempo, así que no era solamente culpa suya el haber perdido el contacto.

Él levantó la vista y se quedó observándola un buen rato antes de apartar la mirada.

–Bueno, cuéntame. ¿Cuánto tiempo hace que has vuelto? ¿Qué planes tienes? –preguntó ella.

–No tengo nada pensado. Supongo que estaré ocupado en el rancho.

Rebecca trató de mantener la calma y digerir aquella información como si no la afectara. El polo siempre había sido su vida, su sueño, ¿cómo era posible que hubiera renunciado a él? Después de lo mucho que le había costado conseguir hacer realidad sus sueños.

–¿Así que eso es todo, no vas a volver a jugar nunca más?

Por la manera en que se encogió de hombros supo que no estaba seguro. Ben siempre los encorvaba cuando se sentía incómodo.

–Las cosas cambian, Bec. Ya sabes lo que pasa.

Sí, lo sabía. Aunque estaba segura de que no había cambiado de idea. Algo debía de estar pasando. Si lo estaba haciendo por Gus, lo entendía, pero algo no le olía bien.

–En fin, acabo de llegar. Voy a seguir entrenando caballos y estaré una temporada sin jugar –dijo sonriendo–. Mañana por la mañana voy a ir a Geelong.

Rebecca se volvió y regresó al mostrador, tratando de disimular el calor que sentía en las mejillas. Sus latidos habían empezado a resonar con fuerza en sus sienes. Geelong. Allí era donde el abuelo de Ben tenía el centro de adiestramiento de caballos. Allí había pasado los fines de semana y las vacaciones durante sus años escolares, junto a Ben, soñando con un futuro juntos. Solo que no había sido consciente de lo importante que el polo iba a ser en sus vidas. Había acabado viéndolo marchar mientras ella se quedaba allí. Había sido difícil para él dar el paso y más difícil para ella ver cómo se convertía en su profesión. Pero solo eran amigos, no dejaba a ninguna novia atrás.

–Mi abuelo cumplió ochenta años la semana pasada y parece que el cáncer está avanzando. Quiero aprender todo lo que pueda e ir tomando las riendas, si me permites el juego de palabras.

–Estará muy contento de tenerte de vuelta –dijo Rebecca–, y tú de volver a casa –añadió y respiró hondo.

No quería pensar qué habría pasado solo porque Ben estuviera de vuelta. Seguramente nada habría cambiado si se hubiera quedado. Ambos habían

querido cosas diferentes y aquella noche que habían pasado juntos, había sido el resultado de demasiado alcohol.

Él sonrió, aunque sus ojos contaban una historia diferente. Estaba enfadado con ella y no sabía qué decirle, aparte de disculparse por no haber mantenido la comunicación. Pero no había sido capaz de seguir mandándole correos electrónicos sin mencionar lo que estaba pasando en su vida, así que la única opción había sido perder el contacto. Había jurado que si volvía se lo contaría, pero los compañeros con los que jugaba al polo se habían convertido en su familia. Ben siempre había asegurado que amaba lo que hacía y que no lo dejaría por nada.

–Siempre planeamos jugar al polo en el extranjero y después volver a casa y montar un criadero de caballos.

–Sí –replicó ella sin ningún entusiasmo para no pensar en el pasado, que solo le producía dolor.

–Bueno, háblame de ti. Ayer oí algo terrible, que tenías una hija –bromeó–. ¿Es cierto?

Rebecca se sujetó al mostrador de acero inoxidable, tratando de contener el escalofrío que la recorría. Su hija. ¿Acaso sabía algo? Quería ser la que se lo contara.

–Sí, ahora tengo una hija –dijo tratando de hablar con calma– . Se llama Lexie.

–Lexie –repitió él, provocándole otro estremecimiento–. ¿Y quién es el afortunado?

–¿El afortunado?

–¿Tu marido?

–Ah, sí, bueno, no hay ningún afortunado. Lexie y yo nos tenemos la una a la otra.

–¿Quieres decir que algún desgraciado te abandonó después de tener un hijo suyo? ¿Por eso no me lo habías contado, porque sabías que iría tras él?

No le gustaba el curso que estaba tomando aquello. ¿Qué podía decir? ¿Que ese desgraciado era él y por eso mismo había dejado de responder a sus correos electrónicos? Había tomado la decisión de ocultarle a Lexie, para protegerlos a ambos y, sobre todo, para no ser la responsable de cortarle las alas.

–Digamos que prefería criarla yo sola, al menos de momento –dijo Rebecca, eligiendo cuidadosamente las palabras–. Mis padres han sido maravillosos y es una niña muy feliz, así que todo va saliendo bien.

Por la expresión de su rostro, era evidente que no parecía muy

convencido.

–¿Y tu padre no hizo algo al respecto, o tu hermano?

Rebecca quería cambiar de tema. Necesitaba tiempo para pensar cómo iba a contárselo a Ben.

–No les hizo mucha gracia al principio, pero a veces la vida nos sorprende con imprevistos y no queda más remedio que aceptarlos.

Ben abrió la boca para decir algo y rápidamente lo interrumpió.

–¿Quieres comer algo? –le preguntó–. Podemos prepararte esa pasta marinera que tanto te gustaba.

Al instante, cambió de expresión y sonrió.

–¿Seguís haciéndola?

–No aparece en el menú –respondió riendo–, pero tenemos los ingredientes porque una versión de ese plato es uno de nuestros favoritos.

Esta vez, cuando la miró, no apartó la vista. Sus ojos se quedaron clavados en los de ella. Bajo aquella brillante luz, unas motas doradas asomaban a sus iris marrones.

–Tengo que irme, pero ¿qué te parece si acepto tu oferta cualquier otro día que no estés tan ocupada y puedas acompañarme?

Trató de seguir respirando con normalidad, a pesar de que le resultaba la cosa menos natural del mundo, teniendo a Ben delante de ella. Lo último que deseaba era sentarse a comer con él.

–Estupendo, así nos pondremos al día.

Alguien en la cocina la llamó, lo que le dio la excusa perfecta para poner fin a aquella situación y apartar la vista de aquellos ojos que la tenían cautiva.

–Ya nos veremos, Bec –dijo Ben despidiéndose con la mano mientras daba unos pasos de espaldas, en dirección a la puerta.

Rebecca se quedó mirándolo, sin mover un solo músculo hasta que lo perdió de vista, ignorando el caos que había provocado en ella. Su corazón latía excitado y se había quedado hecha un amasijo de nervios. No había nada bueno en el hecho de que Ben hubiera vuelto.

Ben se metió las manos en los bolsillos y se fue calle abajo, mezclándose entre la gente. Era la hora de comer y las calles de Melbourne estaban muy concurridas. Le encantaba Australia y haber vuelto a casa, al lugar del que provenía. Aunque había disfrutado viviendo en el extranjero, lo que en aquel

momento quería era vivir entre la ciudad y el rancho de su abuelo. Estaba convencido de que había tomado la decisión adecuada. Por difícil que le hubiera resultado dejar el polo, ya no podía seguir lejos de Gus por más tiempo.

¿Y Bec? Solo hacía un día que había llegado y había tenido que contenerse para no ir al restaurante aquella primera noche solo para verla. Había sido su mejor amiga y poco a poco había desaparecido de su vida. ¿Pero cómo culparla? Tampoco él se había esforzado en mantener el contacto.

Al parecer, había conocido a algún tipo y había tenido una hija. La pequeña Bec se había convertido en toda una mujer y ahora era madre. Nunca se lo habría imaginado. En su cabeza, se había imaginado que seguiría esperando su regreso y había confiado en convencerla de que la noche que habían pasado juntos había sido algo bueno y que podían ser algo más que amigos. Había sido un estúpido, un ingenuo. Después de haberla visto, se había dado cuenta de que había esperado demasiado, de que ella había seguido su vida y él había perdido su oportunidad.

A pesar de haberlo pasado muy bien, de haber montado algunos de los mejores caballos de polo y de haber viajado a países increíbles, nunca había dejado de pensar en Rebecca ni un solo minuto. Había deseado desesperadamente formar parte de aquella familia del mundo del polo, cuando en realidad siempre había tenido una pequeña familia en Gus y Rebecca. Lástima que hubiera tardado en darse cuenta. No lo había hecho hasta que su abuelo le había contado lo enfermo que estaba.

Se había aferrado al recuerdo de la sonriente expresión de Rebecca, de sus suaves labios y sus brillantes ojos y, aunque hubieran transcurrido cuatro años, se alegraba de que no tuviera marido. Nunca había podido enfadarse con ella y lo había comprobado una vez más al verla. Había intentado mostrarse duro al preguntarle por qué no había seguido en contacto, pero no había podido. A pesar de que aquella noche ambos estuvieran bebidos, no había olvidado ni un solo instante de lo que había pasado entre ellos.

Mataría al tipo que la había abandonado, dejándola a solas con una criatura, y seguro que sus padres se mostrarían dispuestos a ayudarlo a encontrarlo. Rebecca siempre había sido su mejor amiga y, por una noche, su amante. Ben sonrió al colocarse detrás del volante. Aquella noche había estropeado lo que había entre ellos.

Rebecca entró en la escuela infantil y clavó la vista en su hija. Lexie estaba corriendo a toda velocidad alrededor de la clase, con los brazos abiertos como si estuviera volando, y emitiendo un sonido como el del motor de un avión. El corazón le dio un vuelco y se giró. No quería que la viera

todavía. Le gustaba verla jugar con otros niños.

–Hola.

Bec se giró y se encontró con Julia, una de las profesoras. Tenía un colorido trozo de papel en las manos.

–Lexie ha hecho hoy este dibujo y me ha pedido que se lo guardara para que lo viera su mamá.

Sonrió y tomó el papel, tratando de descifrar lo que representaba.

–Tiene talento, ¿verdad? –dijo y ambas rieron–. ¿Una casa cubierta de algo verde?

–El tema era un día en la playa.

Una voz las interrumpió.

–¡Mamá!

Bec se giró y tomó a su hija en brazos, antes de darle un beso en su rubia cabeza.

–Hola, tesoro.

–¿Te gusta mi dibujo?

–¡Mucho!

–Soy yo a caballo. ¡A caballo, mamá!

–Vaya –respondió mostrándose seria, mientras la profesora se marchaba conteniendo la risa–. Es un caballo precioso.

–Es un caballo de polo. Soy yo montando un caballo de polo.

La sonrisa desapareció del rostro de Rebecca, hasta que se dio cuenta de que Lexie la estaba mirando y se obligó a disimular el temor que sentía. ¿Cómo sabía que había caballos de polo?

–Vámonos, cariño. Recoge tu mochila y dile adiós a Julia.

Se quedó mirando a su hija, antes de apartarse el pelo y mirar de nuevo el dibujo. Lexie nunca había estado cerca de caballos, pero le habían obsesionado desde bebé. A pesar de que no quisiera admitirlo, Lexie se parecía mucho a su padre.

–¿Mami?

Se puso de rodillas, tomó la bolsa de su hija y le subió la cremallera. –¿Sí, cariño?

–Abuelo me ha contado que solías montar a caballo, sobre todo caballos de polo.

–¿Eso te ha contado?

Lo mataría por hablarle a Lexie de cuando montaba a caballo. Formaba parte de su vida pasada. Nunca había vuelto a acercarse a un caballo desde que Ben se fuera y hacía mucho tiempo que había cejado en su empeño de convertir en profesión aquel deporte que tanto había amado desde los catorce años. El último caballo que había tenido… ni siquiera quería recordar el accidente.

–Me ha dicho que eras muy buena hasta que un día te caíste. ¿Te hiciste mucho daño?

–¿Cuándo te ha contado abuelo todo eso?

–Ayer.

Lexie corrió hacia la puerta y se detuvo a esperarla, tendiéndole la mano.

–¿Podemos ir a montar?

–Tal vez.

–¿Por qué tal vez?

–No conozco a nadie que tenga caballos.

Era mentira, pero ¿qué otra cosa podía decir?

–¿Podemos comprar un caballo? –preguntó Lexie.

–Anda, métete en el coche.

Cerró la puerta y se quedó inmóvil unos segundos en la acera, con los ojos cerrados, respirando hondo para calmar sus nervios. Había habido un tiempo en el que habría hecho cualquier cosa por vivir rodeada de caballos, pero eso formaba parte del pasado y así quería que siguiera siendo. Tenía que contárselo a Ben, lo sabía, pero seguía sin querer volver al pasado.

Capítulo 2

Ben sonrió a su abuelo y se acercó al potro. El animal se había puesto rígido al verlo acercarse.

–Deja las manos quietas. No lo toques y deja que se acerque a ti primero.

Ben le hizo caso y siguió sus instrucciones. Cada vez era más consciente del buen instinto de su abuelo. Había discutido con los entrenadores con los que había trabajado en el extranjero hasta hartarse de sus procedimientos anticuados. A algunos de ellos les gustaba obligar a los caballos hasta someterlos, algo que nunca se hacía en el rancho de los McFarlane. La mitad de los entrenadores de polo pensaban que estaban locos por practicar la doma natural y no estaban dispuestos a cambiar de opinión. Era una de las razones por las que se había cansado de vivir en el extranjero, uno de los motivos por los que había decidido romper los lazos con los tipos con los que tanto tiempo había estado trabajando para volver a casa.

–Bien. Una vez que incline la cabeza, acarícialo y colócale la soga alrededor del cuello.

Ben hizo lo que le decía. El caballo se movió suavemente, pero el momento se rompió una vez le puso la cuerda.

–Sujétalo aunque se aleje.

Su frente empezó a cubrirse de sudor, pero mantuvo la fuerza. Aquella era la parte más difícil, y no le gustaba porque animales y fuerza eran dos palabras que no le gustaba usar en la misma frase.

El caballo dejó de cabecear y dar coces y se quedó quieto, sin dejar de mirarlo a una distancia prudencial.

–Buen chico –dijo suavemente antes de acercarse al animal–, buen chico.

–Acarícialo y ponle el ronzal –le indicó su abuelo.

Ben avanzó, sonriendo al caballo. Lo acarició entre las orejas y luego alzó el ronzal. Con cuidado, Ben pasó la correa de cuero por el hocico y por detrás de las orejas. El caballo permaneció tranquilo, con las orejas en punta mientras lo escuchaba, aceptando lo que hacía.

Ben se apartó y sonrió. Merecía la pena haber vuelto a casa solo por pasar una mañana con su abuelo.

–Buen trabajo, hijo, bien hecho.

Acarició una última vez al caballo y abrió el portón que daba al picadero, dejando que se uniera al resto de potros. Luego se acercó hasta su abuelo, feliz de ver una sonrisa en su rostro curtido.

–Lo llevas en la sangre.

La voz de su abuelo era grave y profunda, pero la palmada que le dio en el hombro no fue tan fuerte como solía ser. Sus manos curtidas y nudosas empezaban a fallarle después de tantos años de duro trabajo. Gus McFarlane había sido un hombre fuerte, pero ahora usaba bastón y caminaba lentamente por la hierba. Seguía estando tan lúcido como siempre, pero el cuerpo empezaba a no responderle. Ben se sintió culpable. Se había marchado de Australia en pos de sus sueños y, ahora que había vuelto, lamentaba haber dejado a su abuelo tanto tiempo.

–¿Has sabido algo de aquella chica Stewart?

Ben se puso rígido.

–¿Rebecca? Sí, bueno –dijo tratando de mostrarse indiferente–, fui a verla justamente ayer.

–Una chica estupenda. Deberías haberte casado con ella, lo sabes ¿verdad?

Sí, lo sabía. Pero Bec era Bec. Por supuesto que se había sentido atraído por ella y la había deseado, pero siempre había sabido que nunca podría ofrecerle lo que se merecía. Sentar la cabeza nunca había formado parte de sus planes porque siempre se había concentrado en lo que quería. Después de dejar el polo, estaba más confundido que nunca acerca de lo que deseaba en la vida.

–Dejó de contestar mis correos electrónicos, abuelo. Ya sabes que nunca fuimos más que amigos.

No tenía por qué contarle a su abuelo que habían pasado una noche juntos. Además, solo había sido eso, una noche y no una relación.

–Buena jinete y muy trabajadora, por no mencionar lo guapa que es.

–Sí –convino Ben.

–Tráela algún día. Necesito que una amazona pruebe una potra, y ya por aquí no queda ninguna.

Ben pensó en volver a tener a Bec por allí. ¿Iría si se lo pedía? Cuatro años no habían aplacado su deseo por ella, pero las cosas habían cambiado, empezando por ella.

–Hace tiempo que no monta –replicó, no muy seguro de que accediera a ir

hasta allí–. Además, nuestra relación no pasa por un buen momento.

A pesar de que le había gustado volver a verla, la situación había sido tensa.

Gus se detuvo de pronto y se quedó apoyado en el bastón.

–No importa el tiempo que haya pasado. Es una persona tan auténtica como tú –dijo e hizo una mueca–. Y a menos que se haya casado, no te des por vencido, hijo. No renuncies a ella si la quieres.

Ben carraspeó. Su abuelo era increíble. Acababa de volver a casa y ya le estaba dando consejos sobre su vida amorosa.

–No me queda mucho –prosiguió el viejo–. El médico dice que unos seis meses. Esta vez no voy a vencer al cáncer, hijo – añadió encogiéndose de hombros–. Dile a Rebecca que quiero verla. ¿Qué mujer le diría que no a un viejo moribundo?

Esta vez fue él el que le dio una palmada a su abuelo en el hombro. No quería pensar en que se estaba muriendo y si el viejo quería ver a Rebecca, ¿quién era él para negárselo?

–Todo irá bien, abuelo. El cáncer no podrá contigo.

Pero ambos sabían que no sería así.

–¡Mesa seis! Todavía no tienen la carta.

Rebecca corrió a la cocina al oír la campana. No le gustaba tener a los clientes esperando, en especial a los que iban habitualmente todas las semanas.

–Tienes una llamada, Bec.

–Que te dejen el mensaje.

–¿Estás segura?

Le dedicó una fría mirada al joven camarero y este se encogió de hombros. ¿Quién demonios la llamaba en pleno turno de comida?

Dejó los platos sucios y volvió fuera.

–¿No era Lexie, verdad? –dijo sonriendo al camarero, lamentando su reacción anterior.

–No, era un tipo llamado Ben. Ha dicho que sabrías cómo localizarlo.

Al oír su nombre, sintió como si recibiera un puñetazo en el estómago. ¿Por qué la había llamado? Miró a su alrededor y comprobó que todo estaba

controlado, antes de salir de detrás de la barra.

–Voy a tomarme un momento –dijo dirigiéndose a la puerta trasera, deseando tomar un poco de aire fresco y ver la luz del sol.

Obvió el ruido de la ciudad, las calles llenas de gente yendo y viniendo, y respiró hondo mientras sacaba el móvil del bolsillo. Debería ignorar la llamada, dejar de pensar en lo que había tenido con Ben antes de que se marchara, pero era una tarea imposible y lo sabía.

Al volver a verlo, había recordado lo que ambos se estaban perdiendo, lo agradable que sería tener un hombre al lado. Y no cualquier hombre, sino uno como Ben. Pero había tomado la decisión de dejarlo marchar sin decirle lo que sentía y, por mucho que lo lamentara, nada iba a cambiar eso.

Tenía que decidir si devolverle la llamada o no. A la vez, tenía que encontrar la manera de decirle que tenía una hija.

Se mordió el labio inferior y marcó el número a toda prisa, como si la velocidad fuera a marcar alguna diferencia. Seguía teniendo aquel número grabado en la cabeza. Había sido su número favorito y no solo porque al otro lado de la línea encontraba a Ben, sino porque Gus había sido su tabla de salvación.

Siguió repitiendo el número en su cabeza mientras daba señal.

–Rancho McFarlane.

No era Ben.

–¡Gus! –exclamó sin disimular su alegría de dar con él–. Te he echado mucho de menos.

–Pocas jóvenes me llaman, así que supongo que eres tú, Rebecca.

Su voz era fuerte, aunque sonaba más cascada que el tono suave que empleaba siendo ella una niña. Siempre había deseado que fuera su abuelo.

–¿Cómo lo has sabido?

–Supongo que tiene que ver con que le haya pedido a ese nieto mío que te traiga aquí antes de que estire la pata.

–¡Gus, no hables así!

–Pero es cierto, cariño.

–Gus –dijo, sin saber qué más decir a aquel hombre al que tanto apreciaba.

–No nos pongamos melodramáticos. Prométeme que vendrás a vernos.

Esta vez se quedó en silencio. No esperaba ser invitada a casa de los McFarlane. De hecho, nunca había pensado regresar allí. Pero la idea de

volver al pasado, aunque fuera solo por unas horas, le resultaba tentadora.

–¿Vas a venir o no?

Siempre había sido un hombre directo.

–Yo, bueno…

Había mantenido el secreto durante tanto tiempo que lo último que quería era revelarlo sin más, y tendría que pedirle a sus padres que cuidaran de Lexie.

–¿Rebecca?

Un nudo en la garganta le impedía hablar.

–Bueno… Sí.

–¿Sí?

–¿Qué te parece si voy este sábado? –preguntó Bec.

–Mete unas cuantas cosas en una bolsa de viaje, querida. Quiero que pases aquí el fin de semana. Necesito tu ayuda con un caballo.

La idea de volver en el tiempo, a los caballos, a Gus… Era emocionante, apasionante, pero también aterrador.

–Le diré al chico que vas a venir.

Oh, oh. Aquel viejo zorro con pico de oro la había convencido para que fuera a pasar el fin de semana, haciendo que se olvidara de Ben. Sería un reencuentro entre viejos amigos para ponerse al día. Como en los viejos tiempos, le había dicho. Pero era imposible que las cosas entre Ben y ella fueran como antes.

En lo que a Lexie se refería, no tenía que sentirse culpable, ya que la niña solía dormir los sábados en casa de sus abuelos mientras ella trabajaba. Aun así, tomarse una noche libre no le parecía bien. Nunca antes en los tres años de vida de su hija lo había hecho.

Pero se merecía un fin de semana libre y no podía arriesgarse a llevarla con ella.

Un escalofrío recorrió su espalda. Se trataba de Ben e ir al rancho suponía viajar atrás en el tiempo. La idea de volver a verlo… Sacudió la cabeza como si así pudiera apartar sus preocupaciones.

Tenía que hacerlo, tenía que ir. Ya pensaría la forma de darle la noticia porque ahora que había vuelto a casa, si iba a quedarse para siempre, todas las razones por las que le había ocultado a Lexie habían desaparecido.

Capítulo 3

Aquello era más duro de lo que había pensado. La idea de ver a Ben le provocaba un nudo de nervios en el estómago. Se concentró en la carretera y se aferró con fuerza al volante. Antes de tomar el desvío, se detuvo a un lado para controlar su respiración acelerada y el temblor de sus manos, y así poder aplicarse brillo en los labios, atusarse el pelo y ponerse un poco de perfume en el cuello.

A lo lejos se distinguía el camino de entrada, tan impoluto como lo recordaba. Gus era ya un anciano, pero mantenía sus costumbres, y confiaba en que la casa y los establos no hubieran cambiado tampoco. Sus recuerdos eran tan vívidos que parecía que solo hubieran pasado meses en vez de años desde la última vez que había estado allí.

Satisfecha con su aspecto, volvió a ponerse en marcha y al poco giró en el camino de entrada. La gravilla crujió bajo los neumáticos y los arbustos se mecieron suavemente contra el metal del vehículo, como si le estuvieran dando la bienvenida. Bec respiró hondo. Un torbellino de emociones la embargaban. Hasta hacía una semana, no pensaba que volvería a ver aquel sitio otra vez y le agradaba estar de vuelta.

Ante ella se alzaba la casa de ladrillo de tres pisos, una bonita residencia tan inmaculada como el acceso. Era una de las casas más bonitas que había visto jamás. Su mirada se posó en el que había sido su rincón favorito de aquella propiedad, los establos, con forma de L, a la derecha de la casa.

Aminoró la marcha mientras sin dejar de mirar a su alrededor, a la espera de ver alguna señal de vida. No se veían caballos, claro que a aquella hora del día era normal. Aparte de un gato estirándose al sol, todo estaba desierto. En parte se alegraba ya que eso le permitiría pasear tranquilamente y pensar en lo que le diría a Ben.

Abrió la puerta del coche y salió. Sintió el calor del sol en sus brazos desnudos y se dirigió a los establos, sin dejar de mirar en todas direcciones. Lo que más le gustaba de aquel sitio era la privacidad, puesto que solo uno de los laterales de los establos quedaba visible. Bec había oído que había menos caballos ahora que Gus estaba enfermo, pero tan pronto como rodeó el edificio se percató de que el número de ejemplares seguía siendo impresionante.

La finca había sido construida para la cría de caballos y para jugar al polo.

A lo largo de los años, los establos habían sido reconstruidos y Rebecca se detuvo a verlos. Las estructuras de madera estaban deslucidas, pero limpias. Por los rincones caían glicinias enredadas y macetas de flores aportaban color a aquella zona tan bien cuidada. La puerta del cuarto de aparejos estaba abierta y olía a las ceras de las sillas de montar. El recuerdo del pasado la hizo sonreír.

Continuó paseando y se detuvo a acariciar un hocico que asomaba de uno de los cubículos. El olor a caballos y paja la hizo estremecerse de emoción. Era la misma sensación que le producía pensar en Ben.

Rebecca miró hacia el terreno que se extendía ante ella. La zona más protegida seguía destinada a los potros recién destetados. Ben y ella siempre habían disfrutado trabajando con el ganado más joven, enseñándolos a tratar con los humanos sin necesidad de usar mano firme. Por aquel entonces, solían leer el libro de Monty Roberts, el legendario adiestrador de caballos.

Rebecca siguió paseando sin dejar de fijarse en todo. Un sonido a su derecha hizo que se le acelerara la sangre en las venas y sus labios se curvaron.

Reconoció a Gus, agitando lo que parecía un bastón, mientras unos jóvenes entrenaban. Al menos seis caballos pasaron a toda velocidad, resonando sus cascos en la tierra. Salió corriendo tras ellos en dirección al campo de polo, deseando ver un partido.

No quería asustar a Gus, así que una vez cerca, se aproximó cautelosa a él, observando a los jugadores competir por la pelota para marcar un gol. Desde donde estaba, miró al viejo y sintió lástima. Había envejecido y parecía haber encogido, pero seguía siendo la misma persona amable que tan atento había sido con ella años atrás.

–Vamos, vamos, vamos.

Se sobresaltó al oír gritar a Gus, agitando de nuevo el bastón.

Cuando uno de los jugadores marcó un gol, lanzó el bastón y agitó un puño en el aire. Bec no pudo evitar sonreír.

–Gus –dijo con voz suave.

Al instante se volvió y sus miradas se encontraron. Después de observarla un instante, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

–¡Rebecca! –exclamó abriendo los brazos.

Ella se acercó y se fundieron en un abrazo.

–Me alegro de haber venido y de volver a verte.

Dio un paso atrás mientras él sonreía con ojos brillantes.

–Pero mírate, ya eres toda una mujer.

Bec sonrió, sintiéndose avergonzada a la vez que halagada. Antes de que pudiera responder nada, una voz los interrumpió.

–Becca.

Ben. Habría reconocido aquella voz en cualquier parte. Profunda, grave y deliciosa. Estaba montando un caballo de polo y estaba muy cerca de ella.

–Un gol estupendo, hijo. Trae, me ocuparé de llevar de vuelta al caballo.

Ben saltó al suelo y le pasó las riendas a Gus.

–¿Estás seguro de que puedes?

El anciano miró al cielo y puso los ojos en blanco.

Bec miró de reojo a Ben mientras seguía atento al caballo que se alejaba. Si no fuera tan guapo, tan encantador, tan… inaccesible. Bueno, lo cierto era que no tenía ni idea de si tenía novia, pero para ella no estaba disponible. No quería complicarse la vida y menos aun teniendo una hija. Había disfrutado siendo su amiga, pero desde aquella noche…

–Hola –dijo sacándola de sus pensamientos.

–Se te veía bien encima del caballo.

Fue lo único que se le ocurrió decir.

–Sí, bueno, estoy encantado de estar de vuelta en casa, pero echo de menos montar.

Sonrió y se quitó el casco. Luego se volvió hacia el terreno en el que los chicos seguían entrenando y se pasó la mano por el pelo.

–¿No te apetece volver a montar?

Había pasado mucho tiempo desde la última vez y, desde que era madre, se había vuelto más prudente. Además, aquel otoño se lo había arrebatado todo: sus sueños, su futuro, Ben… –Sinceramente, no es algo en lo que haya pensado –mintió.

O quizá no fuera del todo una mentira. Estando allí de nuevo, una mezcla de sensaciones la invadían, haciéndola cuestionarse todo.

Ben se volvió hacia ella y le ofreció su mano, rozándola suavemente en el brazo.

–Me alegro de que estés aquí, Bec.

Sintió un cosquilleo allí donde la había rozado. No sabía qué decir. Habían sido íntimos amigos durante años antes de que aquella noche lo cambiara todo. Le costaba mirarlo a la cara sin pensar en que lo había visto desnudo. ¡Y qué guapo estaba desnudo!

–Me alegro de estar aquí.

Ben echó a caminar y ella lo siguió.

–Este sitio tiene algo, Bec. Es bueno para el alma.

Entonces se detuvo, se giró para mirarla y la tomó de las manos. Se quedó mirándola con tanta intensidad que no supo dónde mirar o qué decir.

–Lo siento, Bec, después de lo que pasó, empezando por irme sin ti, no tenía por qué dar por sentado que mantendrías el contacto –dijo con voz queda–. Nunca he dejado de pensar en ti, pero todo se complicó. ¡Vaya amistad la nuestra!

Bec tragó saliva. Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Amistad? ¿Era eso todo lo que quería de ella? El bonito rostro de Lexie se formó ante ella y a punto estuvo de decirle que era padre de una niña preciosa, pero se contuvo. No podía hacerlo todavía, aunque sabía que debía hacerlo. También sabía que nunca había querido tener hijos. Se lo había dicho en el instituto y sabía que nada lo haría cambiar de opinión. Pero tenía que darle una oportunidad, no podía ocultárselo por más tiempo.

–Te he echado de menos, Ben. Pero las cosas cambian y supongo que nos hemos distanciado.

–Quizá deberíamos haber seguido nuestro plan, habernos ido juntos al Reino Unido y haber jugado los dos.

–Habría estado bien, ¿verdad?

Pero Ben había sido elegido por un equipo argentino y, en vez de decirle la verdad, se había inventado que no podía dejar a su familia. Quizá si le hubiera pedido que la acompañara como algo más que amiga, si no hubiera perdido la confianza en sí misma aquel otoño, las cosas podrían haber sido diferentes.

Al mirarla, la expresión de sus ojos era tan triste como la suya.

–Vamos, quiero enseñarte algo.

Bec frunció el ceño mientras él se volvía y echaba a andar.

–Bueno, más bien es Gus el que quiere que lo veas. Ven a echar un vistazo.

Le picaba la curiosidad y aceleró el paso para igualar el suyo. Si Ben no luciera aquellas pequeñas arrugas alrededor de los ojos y ella tuviera el pelo más largo, parecería que hubieran dado un salto en el tiempo. Cinco años atrás, todo parecía posible. En aquel momento estaban al mando de sus vidas y nada había interferido. Había sido antes de que se quedara embarazada del hombre al que había amado con todo su corazón y, en vez de pedirle que se quedara porque lo amaba, le había dejado marchar. No pudo evitar

preguntarse si se habría marchado si le hubiera dicho lo que de verdad sentía, si le hubiera contado que estaba embarazada. Aunque en el fondo, sabía cuál era la respuesta.

Ben nunca la habría dejado si hubiera sabido lo que sentía, si hubiera sabido que esperaba un hijo suyo. Por eso le había ocultado la verdad y le había dicho que habían cometido un error aquella noche, que era mejor que siguieran siendo amigos. No había querido cortarle las alas para que se quedara. No había querido ser la responsable de arruinar su vida y verle repetir los mismos errores que su madre había cometido.

Capítulo 4

–Es preciosa.

Rebecca recorrió con la mirada cada centímetro de la potra. Era uno de los ejemplares más bonitos que había visto jamás: interminables patas negras, pezuñas blancas y largas crines, además de unos vivos ojos marrones que seguían cada movimiento que Ben y ella hacían.

Él no dijo nada. Se limitaba a observar a la potra, con los brazos apoyados en la valla y un pie descansando en uno de los tablones de madera.

–¿Qué le pasa a esa potra?

Ben se encogió de hombros. Bec se alegraba de contar con la distracción del animal, porque le resultaba difícil apartar la vista de él.

–Todos los chicos la han montado, pero no parece gustarle ninguno.

–¿Qué me dices de ti? ¿Le has gustado?

Él rio.

–No especialmente.

Se miraron. Por la expresión que veía en sus ojos, Rebecca supo que ambos estaban pensando lo mismo. Siempre había habido algún caballo que se llevaba mejor con uno que con otro. Tenía que ver con la personalidad, con cómo el hombre domara a la bestia. Había habido una yegua muy especial que solo obedecía a Rebecca hasta el punto de que Gus había decidido que era imposible que nadie más la montara y se la había regalado a ella. Su sueño de poseer una yegua se había hecho realidad hasta el accidente. Había perdido los nervios, su concentración para montar, y su bonita yegua, la vida. El recuerdo la hizo estremecerse. Después, había perdido a su mejor amigo, todo en el plazo de dos meses, así como sus sueños de abrirse un hueco en el mundo del polo. No había superado aquel período de su vida, tan solo lo había apartado de sus pensamientos, pero el dolor seguía existiendo.

Ben suspiró y sonrió, antes de guiñarle un ojo. Se sentía reconfortada, como si la estuviera rodeando con su brazo. Nadie la había hecho sentir como Ben. Solo con que la mirase, se sentía reconfortada y querida. Era una lástima que hubiera tardado años en darse cuenta de que estaba enamorada de él. Cuando por fin habían dado el paso, él se había ido, y luego había pasado de perder un amigo a tener el corazón roto. Ben nunca le había dicho que la

considerara más que una amiga, así que había permanecido callada y le había dejado continuar con su vida.

–¿Qué piensas?

Rebecca levantó la vista. ¿Que qué pensaba? La cabeza le daba vueltas y tardó unos segundos en recordar de qué estaban hablando. Luego, miró a la potra que tenían ante ellos.

Ben la estaba mirando, a la espera de que contestara. ¿Montar después de tanto tiempo?

–Eh, creo que no.

Ben saltó la valla y entró en el picadero.

–Si insisto lo suficiente, me dejará hacerme con ella, pero se pone muy nerviosa cuando alguien se le acerca.

–¿Y crees que conseguiré lo que otros no han conseguido?

Ben caminó de espaldas hasta que se dio contra los tablones de madera, antes de subirse y sentarse en lo alto dela valla.

–Sabes que puedes hacerlo, Bec.

Rebecca permaneció al otro lado de la valla, cerca de Ben, pero fuera de su alcance. Resultaba tentador, lo admitía, pero no estaba dispuesta a hacerlo. Después de tanto tiempo, no tenía el coraje suficiente como para subirse a un caballo tan enérgico y mantener la calma necesaria para hacerse con el control.

–¿Cómo se llama?

Ben se volvió y sonrió.

–¿Significa eso que estás dispuesta a intentarlo?

Ella rio sacudiendo la cabeza mientras miraba hacia la potra. Lo único que quería era cambiar de conversación.

–Missy –respondió–. Se llama Missy.

Rebecca siguió observando al animal sin dejar de repetir su nombre en la cabeza. Era un nombre bonito, pero eso no cambiaba nada. No iba a acercarse.

–¿Qué dices?

–Dame tiempo –respondió sin pensarlo.

Ni siquiera estaba segura de estar refiriéndose a los caballos.

Ben saltó de la valla y aterrizó en el terreno duro, a escasos centímetros de ella. Rebecca tenía la sensación de que se arrepentiría de aquel comentario. Sabía que no dejaría de insistir hasta que probara suerte con aquel caballo, y

la idea la aterrorizaba. No se imaginaba subiéndose a la silla de montar, por mucho que se lo pidiera Ben.

Estaba cerca de ella, muy cerca, y sus miradas se cruzaron un instante que se hizo eterno. Ninguno de los dos supo qué decir. Ben porque no era un hombre dado a hablar sin más y ella, porque tenía mucho que ocultar. Había demasiado en juego. Estar con él era arriesgado, al menos hasta que le contara lo que había pasado. No quería seguir ocultándoselo, pero quería decírselo de la manera correcta, si eso era posible.

Rebecca caminaba junto a Ben. Lo escuchaba, pero sus ojos no dejaban de fijarse en todo lo que les rodeaba, disfrutando de aquel paisaje familiar que tanto tiempo hacía que no veía.

–¿Qué te parece?

Volvió su atención a Ben. De nuevo, no tenía ni idea de qué estaba hablando.

Gus apareció y eso le evitó contestar. Sonriente, se apoyó en una pared del establo a descansar. Rebecca pensó que debía de sentirse peor de lo que parecía, pero era su vida. La alternativa sería ingresar en un hospital o quedarse en casa descansando y ¿qué bien le haría eso? Se merecía estar allí hasta su último día de vida, haciendo lo que le gustaba.

–¿Cuándo vais a salir a dar un paseo?

Rebecca rio y miró a Ben.

–No estoy segura de querer montar. Ahora prefiero tener los pies bien puestos en el suelo.

–¿Te acuerdas de Willy? –preguntó Gus.

Ella asintió.

–¿Cómo olvidarlo? ¿Qué tiene ya, veinte, veintidós años?

Era el caballo de Gus cuando ella era una adolescente. Era el animal más tranquilo que había conocido, la alegría y el orgullo de Gus.

–Así es. Ya no puedo montar y es una lástima que se pase el día descansando. Le vendrá bien dar una vuelta por el rancho. ¿Qué me decís?

Rebecca dio un paso atrás y se topó con Ben. Se había colocado justo detrás de ella para impedir que se escapara. Se sintió atrapada. Detrás tenía a Ben y delante al caballo. No sabía qué le asustaba más. El corazón le latía con fuerza y la idea de toparse con el cálido cuerpo de Ben le parecía la opción más atractiva.

–Eh, no sé, Gus. De veras, yo…

–¿Vas a decirme que has venido hasta aquí sin tu equipo de montar?

Sí, lo había llevado, pero no tenía intención de ponérselo. Miró al caballo y sintió terror, pero al menos, montar la distraería de Ben.

–¿Qué contestas, Bec?

Ben la tomó de los brazos. Seguía detrás de ella. Apenas era una ligera presión, un suave contacto de sus pieles, pero Bec no pudo evitar sentir un escalofrío en la espalda. Estaba muy cerca y eso la hacía sentirse más culpable por todo, como una traidora solo por estar allí.

Gus la estaba observando y Ben la estaba tocando. Incluso el caballo parecía estar esperando la respuesta. –De acuerdo, está bien, demos un paseo.

Quizá fuera por la insistencia, por el sol que la aturdía o incluso por la forma en que Ben la miraba, el caso era que sintió que su determinación se esfumaba. De repente, salir a dar un paseo a caballo le parecía una idea estupenda.

–¿De acuerdo? –repitió Ben extrañado.

Gus le guiñó un ojo antes de dejarlos.

–No te hagas el sorprendido –murmuró ella.

Sabía que aquello era el comienzo e incluso, tal vez, el final. En cuanto le contara a Ben la verdad, nunca la perdonaría y no volverían a invitarla allí.

–¿Quieres ir a cambiarte? –preguntó Ben.

La miró de arriba abajo y Rebecca trató de no reírse después de que una sonrisa asomase a sus ojos.

–Nunca he montado con vestido y sandalias, y no voy a empezar a hacerlo ahora.

Se dio media vuelta en dirección al coche mientras Ben reía, deseando volver a mirarlo. Había algo en Ben, una fuerza que la había atraído desde su época de colegiales. Aquella confianza en sí mismo lo había convertido en un hombre muy sexy. No había arrogancia en él a pesar de haber jugado con los mejores jugadores de polo del mundo y de desenvolverse con soltura con los animales. Eso siempre lo había diferenciado de todos los hombres que había conocido. Sería un gran padre. Tragó saliva y trató de no hacer suposiciones. Ben siempre había dejado claro que nunca tendría familia, que no repetiría los mismos errores que su madre había cometido. Bec sabía que su dolor era tan hondo que nada lo haría cambiar de opinión y por eso había guardado el secreto durante todo aquel tiempo. Pero ya era hora de permitir que fuera él el que decidiera.

Abrió la puerta del coche y tomó su bolsa de viaje. El equipo de montar iba en una bolsa diferente, en la misma donde siempre había estado guardado. Abrió la cremallera y se quedó mirando aquella ropa un instante, antes de apartar sus temores.

Miró a su alrededor para comprobar que estuviera sola, se quitó las sandalias y se puso unos calcetines y unos pantalones de montar. Le quedaban justos, pero después de los años transcurridos y haber tenido una hija, se alegró de que le siguieran sirviendo.

Se quitó el vestido por la cabeza y lo dejó en el asiento trasero. A continuación, se puso una vieja camiseta gris. Luego, buscó en la guantera una goma, se recogió el pelo en una trenza antes de ponerse el casco y los guantes, y cerró la puerta del coche.

Había llegado el momento. Era entonces o nunca.

Ben apareció por el lateral de los establos montado en un caballo castaño y precediendo a Willy. Respiró hondo y se dirigió hacia él, esforzándose en mantener la sonrisa.

–Estás guapa.

Sus palabras la hicieron sonreír, aunque no lo creyera.

–Embustero, te va a crecer la nariz –dijo ella–. Pero te agradezco el piropo.

–¿Necesitas que te ayude a montar?

–No, puedo sola.

No estaba segura, pero prefería hacerlo sola a que Ben la ayudara. No le parecía una buena idea sentir sus manos cerca en aquel momento.

Tomó las riendas y levantó la pierna izquierda, confiando en levantarla lo suficiente como para pasar el pie por encima del estribo.

–Ya no eres tan flexible como antes, ¿verdad?

Ben desmontó y se acercó para ayudarla. Rebecca sintió que el rostro le ardía cuando le rozó el hombro, y sonrió.

–Por si te hace sentir mejor, te contaré que algunos de los tipos con los que montaba a caballo en Argentina y que llevaban toda la vida haciéndolo, solo podían montar subiéndose desde una valla.

Rebecca sonrió. Nunca le había parecido que subirse a un caballo fuera tan difícil.

Ben unió sus manos y le hizo un gesto para que apoyara allí su rodilla. Ella obedeció y sintió sus fuertes manos agarrándola de la pierna.

–Gracias –dijo ella–. A la de tres.

Rebotó tres veces antes de que Ben le diera impulso para colocarse a lomos de Willy. Se sentó sin mayor problema y sintió un nudo en el estómago. El accidente volvió a su memoria como si hubiera ocurrido el día anterior.

Estaba a punto de saltar para bajarse cuando Ben le puso una mano en el muslo. A punto estuvo de salir volando hacia el otro lado. Durante todos los años que se habían rozado, que habían dormido uno al lado del otro en sacos de dormir, nunca había reaccionado de aquella manera. Era como si aquella noche que habían pasado juntos, siguiera uniéndolos. Sus pieles seguían reaccionando al contacto del otro. Sentía el calor de su mano a través del pantalón de montar, y sabía que él también.

–Ya estás lista –afirmó sin apartar la vista de ella.

Tragó el nudo que se le había formado en la garganta y asintió. De repente, se sentía segura en lo alto del caballo.

Ben alzó la mano para protegerse del sol y le guiñó el ojo antes de volverse hacia el caballo.

–Ya verás qué bien lo haces.

De repente, supo que no era del caballo de lo que tenía que tener miedo. El peligro la acababa de mirar directamente a los ojos y se las había arreglado para superarlo, al menos de momento.

Capítulo 5

Por fin Rebecca empezó a relajarse. Había estado muy rígida y las piernas le habían temblado. Incluso parecía haber estado conteniendo la respiración por miedo a caerse.

–Supongo que por eso dicen que, después de una caída, lo mejor es volver a montar enseguida.

Ben iba poco delante de ella, pero manteniendo el mismo paso que su caballo.

–A veces, es más fácil decirlo que hacerlo –comentó él.

–Hay algo que te he estado ocultando todo este tiempo, Ben.

Era difícil confesarle aquello, mucho más contarle su gran secreto. Tenía que hacerlo poco a poco.

Él se giró para mirarla, con las cejas arqueadas.

Rebecca suspiró y apartó la mirada. En su momento, le había dicho que había rechazado la oferta que había recibido porque no quería irse a vivir al extranjero y dejar a su familia.

–Te mentí –continuó–. Nunca me ofrecieron un puesto en un equipo femenino, pero no quería retenerte y, después de la caída, ni siquiera estaba segura de querer volver a jugar.

Él no dijo nada. El único sonido era el de los cascos de los caballos sobre la tierra y se atrevió a mirarlo. De perfil, su rostro parecía de piedra.

–No deberías haber hecho eso –dijo él con voz profunda y grave–. No te habría dejado si…

–Por eso lo hice. No quería que te cuestionaras lo que querías. Éramos solo amigos, ¿verdad? No estabas dejando una novia.

–Así que me dijiste que no querías dejar a tu familia, que preferías quedarte, que ya no compartíamos los mismos sueños. Pero aunque no fuéramos novios, Bec, éramos buenos amigos. Siempre habíamos planeado irnos juntos.

Sabía que estaba enfadado, pero tenía que decírselo.

–Solo quería que supieras la verdad, Ben. Ha pasado tiempo, pero aun así…

–No deberías haberme mentido.

–Estaba hecha un lío después de todo lo que pasó. Me asustaba la idea de formar parte de un equipo, pero me aterraba mucho más subirme a un caballo y volver a jugar. Entonces, tú… – dijo y su voz se entrecortó–. Lo perdí todo. Mi autoestima estaba por los suelos y estaba hecha un lío.

–Habría intentado ayudarte, Bec. Si hubiera sabido la verdad, no me habría marchado sin más.

Era por eso por lo que no se lo había contado. No había querido cortarle las alas. Además, una voz en su interior no había dejado de repetirle que después de todo lo que había pasado, ya no era lo suficientemente buena para él y no la querría si no podía reunir el coraje suficiente para volver a subirse a la montura.

Pasearon en silencio. Rebecca fijó la vista al frente y, poco a poco, sus nervios por volver a estar subida a un caballo fueron desapareciendo.

–¿Cómo te sientes? –preguntó Ben.

Bec aflojó las riendas y se acomodó en la silla de montar, disfrutando de la sensación. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Quizá estaba dispuesto a olvidar el pasado, lo que suponía que ella debía hacer lo mismo.

–¿Sabes una cosa? –dijo tratando de apartar el pasado de sus pensamientos, al menos durante la tarde–. Ahora que mi vida no corre peligro, estoy disfrutando.

–¿Qué te parece si vamos galopando hasta el arroyo?

Ben iba sentado cómodamente en su silla, con sus anchos hombros erguidos. Viéndolo con su camiseta blanca, sus vaqueros y su gorra de béisbol, su mente retrocedía en el tiempo. Probablemente él sintiera lo mismo al mirarla.

Reunió coraje y tiró de las riendas.

–Recuerda que no monto tan bien como antes.

Espoleó a Willy y echó a trotar primero y después a galopar. Rebecca se movía de atrás hacia delante, sintiendo cómo se le estiraban los músculos. No le resultaba sencillo volver a montar, pero pasaba lo mismo que con la bicicleta, una vez se aprendía, nunca se olvidaba.

–Vas bien, vaquera, vas bien –dijo Ben.

Rebecca siguió concentrada, a la espera de que Willy hiciera algo extraño, pero el animal se comportó.

Ben aminoró la marcha y Rebecca hizo lo mismo. Su pecho subía y bajaba al compás de su respiración pesada.

–Está ahí –dijo él señalando.

–Ah.

Necesitaba llenar de aire los pulmones y no fue capaz de decir nada más.

Continuaron el paseo en silencio y Rebecca volvió a sentir mariposas en el estómago. Ben era guapo y encantador. Resultaba una compañía muy agradable y ni siquiera le había hecho preguntas para averiguar sobre su mentira. En cuanto decidiera cómo hacerlo, tenía que hablarle de Lexie. Antes tenía que asegurarse de que iba a quedarse, que no iba a sacrificar su vida por el simple hecho de sentirse obligado a quedarse con su hija.

–¿Vienes?

La voz de Ben la sacó de sus pensamientos. Espoleó a Willy para que trotara y sacudió la cabeza para apartar las preocupaciones.

Ben volvió la cabeza. Rebecca montaba a caballo con tanta elegancia que parecía sentirse muy cómoda, pero sabía que le había costado volver a montar. Le resultaba extraño volver a estar allí con ella. No sabía muy bien qué hacer o qué decir. ¿Debía comportarse como si fueran viejos amigos que se hubieran reencontrado o debía tener en cuenta lo que había pasado aquella noche? Quizá fuera porque estaba acostumbrado a relaciones esporádicas con mujeres, mujeres a las que conocía después de un partido de polo, con las que tomaba champán y después descubría que no tenía nada en común con ellas. Sin embargo con Bec… Verla de nuevo era como reencontrarse con algo delicioso que hacía años que echaba de menos y comprobar que todo seguía siendo como antes. Pero seguían siendo amigos, tal y como lo habían sido durante años.

Se detuvo al borde del riachuelo, apenas una corriente de agua entre árboles. Aquel era el lugar al que siempre habían acudido cuando habían tenido que hablar o cuando querían estar solos. Allí habían conversado sobre sus problemas con padres y amigos, y en el que habían empezado a entender la vida.

No había cambiado nada. Ben desmontó y ató el caballo a un eucalipto. Luego, se giró hacia Rebecca, que con los pies en los estribos, tenía una mueca de dolor en la cara.

–Ahora mismo me duele todo el cuerpo.

–¿Quieres que te ayude a bajar?

Rebecca lo miró agradecida.

–Sí, por favor.

Ben trató de apartar la mirada, de no sentir nada, pero le fue imposible. Bec pasó la pierna izquierda por delante y se inclinó hacia él, que alzó las manos y la tomó de la cintura para dejarla en el suelo. Bajo las palmas y a través del suave tejido de su camiseta, sintió su piel. A pesar de sus intenciones, era incapaz de soltarla de inmediato. Sus cuerpos estaban a escasos centímetros de distancia. No fue hasta que Rebecca carraspeó que se apartó, dejando caer los brazos a los lados.

Ben estaba a punto de disculparse cuando ella se giró, sonriendo con sus ojos azules. No hacía falta decir nada. La atracción que había surgido la noche antes de que se fuera seguía presente y ambos lo sabían. Pero las cosas habían cambiado. Ella había tenido una hija. Si pasaba algo entre ellos, no sería sexo casual otra vez. Significaba demasiado para él como para tratarla de esa manera. Lo que le hizo preguntarse qué demonios podía haber entre ellos, teniendo en cuenta que se vería obligado a relacionarse con su hija.

–Debería darte las gracias, Bec –dijo escogiendo las palabras– . No deberías haberme mentido, pero lo hiciste para que no renunciara a mis sueños. Eras una amiga estupenda. Ha sido lo mejor que he hecho en mi vida y no me arrepiento en absoluto de haberme marchado.

Ella asintió y apartó la vista, como si estuviera nerviosa por algo.

–No fui tan buena amiga.

–Créeme, lo fuiste.

No había mencionado aquella noche y él tampoco iba a hacerlo. No quería abochornarla cuando todo parecía volver a ir tan bien entre ellos.

–Cuando mi madre se fue, no pasó ni un solo día en que no me sintiera culpable. Conociendo que había sacrificado todo lo que siempre había querido por tenerme a mí, me hacía sentirme fatal. Claro que eso ya lo sabes, ¿verdad?

Rebecca alargó la mano y rozó su brazo mientras lo miraba a los ojos.

–No tenía derecho a hacerte sentir así.

Ben se encogió de hombros.

–Tal vez. Pero cuando tienes ocho años y descubres que tu madre nunca quiso tenerte, es difícil de digerir. Ningún niño se merece eso.

–Puede que se arrepintiera de habértelo contado –dijo Rebecca.

Ben apretó los dientes, tratando de contener su ira.

–Si se hubiera arrepentido, habría vuelto. Dejó muy claro que su carrera era más importante que yo.

Rebecca dejó caer la mano y su sonrisa se volvió triste.

–No te lo merecías, Ben, y ambos lo sabemos.

–Bueno, ahora soy un hombre adulto, y el pasado es el pasado –dijo tratando de mostrarse indiferente–. Lo que intento decirte es que no estoy enfadado contigo por no contarme la verdad. Siempre fuiste una persona considerada y eso te hace especial.

Le pareció ver algo distinto en su expresión, pero no supo reconocerlo. Hacía tiempo que no estaban juntos, así que quizá estuviera equivocado.

–Dime que mereció la pena, que lo has pasado muy bien.

–Ha sido increíble –dijo él chocando su hombro con el de ella–. Te habría encantado.

Ella rio.

–¿Te refieres a los partidos y los caballos o a las fiestas y el champán?

–A todo, aunque lo último era impresionante –dijo riendo–. En serio, el dinero allí abundaba. El champán corría como si fuera agua, y la ropa y las joyas, los coches y los caballos, nunca antes había visto nada parecido. A pesar del tiempo que pasé allí, no acabé de acostumbrarme, y me alegro de no haberme sentido atraído por llevar ese tipo de vida.

–Suena fatal. Lo has debido de pasar muy mal –comentó ella bromeando.

–Sí, era terrible tener que montar caballos valorados en cientos de miles de dólares y beber champán del caro.

–Sí, claro.

Aquello era lo que tanto había echado de menos, pasar el rato con alguien con quien conectaba. Había disfrutado jugando en el extranjero, pero aquello era la vida real, justo lo que tanto había echado de menos. Le resultaba divertido contar historias de esa etapa, pero lo cierto era que todo había sido muy superficial y se alegraba de haber vuelto a Australia, a pesar de lo mucho que echaba de menos a sus compañeros.

–Cuéntamelo todo. ¿Ha sido tan increíble como pensamos que sería, sin tener en cuenta las fiestas?

Rebecca jugueteaba con el borde de su camiseta mientras observaba a Ben tirando piedras al agua. Estaba recostado sobre un codo mientras ella estaba sentada a su lado con las piernas cruzadas. Le había resultado difícil contarle la verdad, pero después de que le dijera que había hecho lo correcto, después de oírle hablar de su madre, se sentía mejor por lo que le había ocultado. Aun así se pondría furioso cuando le contara todo, pero al menos habían hecho avances.

–Sí –respondió haciendo una mueca–, pero ya me conoces. Me gusta el

polo, pero echaba de menos estar en casa –dijo mirando a la distancia–. Tengo que decir que por primera vez me he sentido parte de una familia. Bueno, Gus siempre ha sido la persona más importante de mi vida, pero sentir que tenía un puñado de hermanos ha sido increíble. Viajábamos alrededor del mundo en el avión privado del dueño. Incluso llevaba a los caballos en avión en vez de tener diferentes establos. Tenía dinero a raudales.

Se preguntó si a ella también la había echado de menos o solo a Gus. De todas formas, lo que había vivido parecía impresionante.

–¿Sabes? Era como si cada día pudiera demostrar lo mucho que valía. Quería demostrarle a Gus que podía conseguir todos esos sueños que siempre había tenido. Aunque quizá, lo que de veras deseaba, era demostrarle al mundo que no merecía haber sido abandonado por mis padres.

Rebecca asintió.

–Te entiendo.

Siempre había sabido de sus demonios porque siempre había sido sincero con ella.

–¿Qué me dices de ti? ¿Te alegraste de haberte quedado o te arrepentiste?

–Debería haberte contado que no conseguí entrar en el equipo.

–Bueno, pero la pregunta es: ¿de veras querías irte o no? – dijo muy serio–. ¿Era lo que querías hacer?

–En un principio, sí. Pero después de la caída, perdí la seguridad en mí misma. Quise marcharme, pero no podía unirme a ti si ya no jugaba ni tenía trabajo. Necesitaba saber qué quería hacer con mi vida. Debería haberte contestado los correos electrónicos, pero entonces tuve a Lexie y…

–Lo entiendo. Estabas ocupada. Tampoco había nada entre nosotros –dijo girándose para mirarla–. Lo que pasó aquella noche, hacía tiempo que se veía venir, ¿verdad?

Ella respiró hondo.

–Sí –contestó mirándolo muy seria–. Pero siempre dijimos que no dejaríamos que nuestra amistad se estropeara, ¿no?

Lentamente, Ben dibujó una sonrisa en sus labios.

–Quizá fuimos unos estúpidos. Quizá deberíamos habernos dejado llevar por nuestros instintos desde el principio.

–Creía que queríamos seguir siendo amigos y no complicarnos –replicó ella secamente.

–Mira cómo nos ha ido –dijo Ben acariciándole la mano–. Y después conociste a alguien y tuviste un bebé.

Su corazón empezó a latir con fuerza, como si quisiera salírsele del pecho.

–¿Estás bien?

–Sí, estaba pensando en Lexie. Solo me separo de ella para ir a trabajar y me siento un poco culpable.

–Pero está con tus padres, ¿no?

–Sí, la adoran y los tiene comiendo de su mano –dijo Bec riendo–. Probablemente se lo pasa mejor con ellos que conmigo, pero aun así, no me gusta separarme de ella.

Se quedó mirando aquellos profundos ojos marrones con las mismas motas doradas que los de su hija.

–¿No vas a contarme quién es el padre? Porque si es alguien que conozco…

Rebecca esbozó una sonrisa que bien podían haberle valido un premio. La llevaba ensayando años con su padre.

–¿Y si fingimos durante el resto de la tarde que hemos vuelto atrás en el tiempo?

–Me hubiera gustado estar aquí contigo. No deberías haber pasado por eso sola.

–¿Como amigo? –preguntó y el pulso volvió a acelerársele–. ¿Te hubiera gustado estar a mi lado como amigo o como algo más?

Él parecía confuso.

–Por supuesto. Eso es lo que éramos, ¿no?

Sus palabras le dolieron como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Aquella noche que habían pasado juntos, todo había cambiado para ella. Se había enamorado de él y lo cierto era que no había logrado superar ese amor, ni siquiera despúes de conocer a un montón de hombres agradables en el restaurante. Pero aunque se hubiera quedado, quizá nunca habrían sido nada más que amigos, a menos que le hubiera contado lo de su embarazo y él se hubiera sentido obligado a casarse con ella por su sentido del deber.

–Éramos amigos –respondió ella, conteniendo una emoción que seguramente él nunca comprendería–. Pero no te preocupes, Ben, he estado bien.

–Supongo que como madre has estado muy ocupada. Solo espero que hayas sido feliz.

Ben lo dijo con una sonrisa y Rebecca sintió un nudo en la garganta. Tenía que cambiar de conversación antes de que entraran en territorio peligroso o Ben empezara a calcular el tiempo.

–¿Bec?

Ben parecía preocupado. Ella cerró los ojos un instante y sintió el sol que se filtraba entre las ramas. El calor en los brazos desnudos, la brisa en la piel y los pájaros cantando en lo alto de los árboles invitaban a relajarse. Si dejaba de preocuparse, no le resultaría tan difícil cambiar de conversación y disfrutar de la compañía de Ben.

–¿Qué te parece si nos quedamos aquí un rato más? –dijo abriendo los ojos–. No suelo disfrutar de momentos de tranquilidad.

En parte se sentía la peor madre del mundo por haber dejado a Lexie en casa, pero hacía más de tres años que no se tomaba un respiro y, si seguía así, probablemente acabara ingresando en el hospital por agotamiento.

–Me parece bien –contestó Ben, calándose la gorra hasta los ojos.

Estaban muy cerca, casi rozándose, pero dolorosamente distantes. Rebecca había vuelto a cerrar los ojos, pero le era imposible relajarse. Quería decirle a Ben lo mucho que le gustaba volver a estar a su lado y olvidarse de todo lo demás. Quería decirle que lo había echado de menos, que quería volver a formar parte de su vida otra vez, pero sabía que no era posible. Deseaba poder explicarle por qué había hecho lo que había hecho, por qué no se había sentido a su altura, por qué no había querido apartarle de sus sueños, pero nada le parecía lo suficientemente convincente.

Siendo sincera, tenía que reconocer que había sido un error ir allí. Lo había sabido desde el momento en que Gus le había pedido que fuera. Pero si no lo hubiera hecho, siempre se habría preguntado qué habría pasado. ¿Y si Ben quería verla por algún motivo? Si Gus moría, se sentiría culpable de por vida por no haber hecho el esfuerzo de ir a verlo.

Estando allí, se sentía embriagada. Los olores, las sensaciones, los caballos, la casa, Ben, Gus… Todo le hacía volver atrás en el tiempo, a un momento en el que todo era perfecto y todo sueño posible, incluso estar con Ben.

Como si supiera que estaba pensando en él, Ben se echó hacia tras la gorra y volvió a recostarse sobre un codo. Rebecca había vuelto a abrir los ojos nada más sentir que se movía, pero se había quedado tumbada.

–¿Alguna vez te has preguntado qué habría pasado si no me hubiera marchado?

Rebecca dejó escapar un suspiro y lo miró. Parecía haberse acercado, pero sabía que no era así. Ben estaba arrancando brotes de hierba y era evidente que no se sentía cómodo hablando del pasado.

–Sí –contestó ella y respiró hondo–, muchas veces.

Permanecieron en silencio un momento, ambos atentos a cada tirón de sus

dedos. Rebecca tenía la boca seca. Ben no tenía ni idea de cuánto había deseado que se hubiera quedado ni de cuántas veces había pensado en lo diferente que habría sido la vida si lo hubiera hecho. Para empezar, no habría sido una madre soltera porque le habría contado todo desde el principio. La única razón por la que se lo había ocultado había sido para no estropear sus sueños. No quería que estuviera resentido con su hija.

–¿Y a qué conclusión llegaste?

Rebecca sintió que le ardían las mejillas.

–Creo que nos habría ido bien –continuó él, sin esperar su respuesta–. Claro que habríamos tenido que reconocer lo que sentíamos en vez de fingir que no había nada entre nosotros, que solo éramos amigos.

Ben tiró de una brizna de hierba y luego le acarició con ella el brazo. Bec no pudo evitar cerrar los ojos, mientras el vello se le erizaba y la respiración se le volvía entrecortada. Parecía ser él el que la estuviera acariciando a pesar de que ni siquiera la estaba tocando.

–¿Por qué tardamos tanto tiempo en darnos cuenta? – preguntó con voz grave y sexy.

Al oírle hablar, abrió los ojos. Estaba aturdida y excitada a la vez. Su cabeza no dejaba de dar vueltas y sintió que el estómago le daba un vuelco.

Sabía muy bien a qué se refería. Después de tantos años siendo amigos, solo amigos, ¿por qué había tenido que ser la noche previa a su marcha, una noche de alcohol, la que los había unido? Al día siguiente, ambos habían actuado como si nada hubiese ocurrido.

–Lo habríamos pasado bien –dijo ella, todavía alterada por el efecto de las caricias de la hierba.

Él se detuvo y sus ojos se encontraron. Rebecca se echó hacia delante, y dejó caer la vista a sus labios antes de volver a mirarlo a los ojos. ¿Le estaba dando a entender que todavía la deseaba, que la noche que habían pasado juntos no había sido un error?

–Rebecca, yo…

Se quedó mirándolo a la expectativa, deseando que acortara la distancia que los separaba. Después de tanto tiempo deseando que volviera a casa, lo tenía a su lado.

Ben se quedó mirándola fijamente antes de alargar la mano y acariciarle el pelo. Luego, la tomó de la nuca y la atrajo hacia él. Sus labios se unieron suavemente a los de él, provocándole un escalofrío en la espina dorsal.

Ben le acarició la melena antes de separarse y la miró sonriente. Unas finas arrugas se le formaron alrededor de los ojos. El Ben del que se había

despedido no tenía arrugas ni apenas barba. La madurez le aportaba un gran atractivo.

Algunos hombres se volvían más interesantes con la edad. Había sido muy guapo de adolescente y, a los veinte, a todas las mujeres les había gustado, especialmente en sus comienzos como jugador de polo. Ahora, era todo un hombre maduro y fuerte, un moderno guerrero capaz de cuidar de todo el que estuviera a su alrededor. Podría pasar todo el día mirando aquellos ojos marrones y no cansarse de aquel paisaje. Y sus labios… Umm, cómo le gustaban aquellos labios.

–Te he echado mucho de menos, Bec, y no solo como amiga. No he podido olvidarte desde aquella noche.

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior. Nada le gustaría más que pasar el día oyendo cosas como aquella.

Ben le dedicó una sonrisa arrebatadora y volvió a tumbarse mirando al cielo. Le gustaba eso de él, cómo podía decir tranquilamente lo que pensaba y quedarse tan tranquilo.

Se quedó mirándolo, preguntándose qué estaría pensando. Había pasado de ser el reencuentro de unos viejos amigos a ser algo más y, a pesar de lo mucho que había disfrutado el beso, estaba asustada. Las alarmas a las que debía haber prestado atención estaban sonando más fuerte que nunca, pero las ignoró. La burbuja estaba a punto de estallar y solo estaba retrasando lo inevitable porque, por mucho que Ben le estuviera diciendo que quería que fueran algo más que amigos, cuando supiera lo que le había estado ocultando, nunca la perdonaría. Nunca.

Capítulo 6

–¿Cómo te sientes?

Rebecca dirigió la vista hacia Ben. Se sentiría mucho mejor si no estuviera mirando sus labios, deseando que volviera a besarla.

–Creo que mañana tendré agujetas.

Él rio y su risa volvió a hacerla estremecer.

–Seguro que la cena te sentará bien.

–¿Te refieres a cenar aquí?

Se ajustó la gorra de béisbol, mientras sujetaba las riendas con la otra.

–Gus pensaba que podríamos salir a cenar a algún restaurante de la zona.

Ella asintió. Irían los tres, así que no tenía nada de qué preocuparse.

–He echado de menos la buena comida australiana: los langostinos, las langostas de la bahía Moreton… Umm, se me hace la boca agua solo de pensarlo.

–Como siempre en nuestro restaurante, aunque lo haga de pie y a bocados.

–¿Así que no sueles salir?

–No –respondió sonriendo–. Mi hija es mi vida y, a menos que tomemos algo en el parque, solemos quedarnos en casa.

Ben se mantenía cerca de ella, pero a los caballos no parecía importarles. A Rebecca le preocupaba que sus rodillas o sus estribos chocaran. Era la misma clase de preocupación que había tenido siendo adolescente, anticipándose a su primer beso, cuando le preocupaba que sus dientes chocaran.

–Eres una buena madre, Bec –dijo Ben con una sonrisa–. Pero te mereces salir una noche y yo necesito compañía.

–¿Cómo sabes que soy una buena madre?

–Puedo imaginármelo. Siempre has sido muy cariñosa y atenta. Estoy convencido de que eres fantástica. Quizá por eso siempre pensé que lo nuestro nunca funcionaría, porque sabía que no pensábamos lo mismo acerca de tener hijos. Siempre supe que serías una buena madre.

Ella bajó la vista y cuando volvió a levantarla, seguía observándola. Ben no dejaba de mirarla de reojo. Cada vez que decía algo como eso, cada comentario que hacía para agradarla, Rebecca sentía que su determinación flaqueaba.

–¿Sigues pensando lo mismo, que nunca serás padre? Siempre creí que cambiarías de idea.

–Por supuesto –respondió de inmediato–. No tengo madera de padre, nunca la he tenido ni la tendré. –Pero eres muy distinto a tu madre, eres…

–Nunca tendré hijos –dijo él con rotundidad–. Me gustan los niños, pero nunca seré padre.

Rebecca se encogió de hombros.

–Siempre pensé que serías fantástico.

–¿No me habrás elegido como padre de tu próximo bebé, verdad? –preguntó riendo–. Porque eso nunca pasará. Como mucho, puedo ser un tío divertido para tu hija.

Ben reía, pero Rebecca apenas podía respirar.

–¿Bec?

Ella fingió una sonrisa.

–Vaya, lo siento. No pretendía… Bueno, ya sabes, me refería a tener otro hijo de otro padre.

–Está bien, Ben, ya sé que solo estabas bromeando –dijo–. Bueno, cuéntame dónde vamos a cenar.

–¿Todo bien por casa?

Ben alargó el brazo para tocarla, consciente de que la había asustado.

–Sí, todo bien.

–¿Así que no vas a salir corriendo de vuelta huyendo de mí?

–Ja, todavía no. Nunca me he separado de ella, así que a lo mejor me escabullo en mitad de la noche. Suelo volver del restaurante a eso de la una de la madrugada y caigo rendida. Ambos rieron. Ben sabía que le estaba diciendo la verdad.

–Tengo la sensación de que no estás en el mercado de las citas.

El asombro de Bec se hizo evidente en su rostro.

–Sí, supongo que es una manera de decirlo.

–Lo siento, no es asunto mío. Quiero decir que entre las horas que dedicas a trabajar y siendo madre… –dijo pasándose la mano por el pelo, deseando haber permanecido con la boca cerrada–. Olvida lo que he dicho. No dejo de meter la pata.

Bec suspiró y su pecho se elevó al llenar de aire los pulmones.

–Desde que tuve a Lexie no he salido con nadie. Estos últimos años, el tiempo ha pasado muy deprisa.

Ben se quedó estudiándola, tratando de adivinar si la había ofendido.

–Supongo que lo que quiero saber es si estás saliendo con alguien ahora mismo.

Se quedó en silencio, mirándolo.

–No –contestó por fin.

–Bien.

Sonrió y se acercó a ella, tomándola de la muñeca mientras llevaba la otra mano a su rostro para acariciarla.

–Entonces, no te importará que haga esto otra vez.

Bec permaneció en silencio y tampoco hizo nada por apartarse, así que Ben siguió su instinto e hizo lo que debía haber hecho una década antes, nada más conocerse. Siempre había sido prudente para no estropear su amistad, para dejar que fuera ella la que diera el primer paso si quería que las cosas entre ellos fueran diferentes, pero en aquel momento no. Sabía muy bien lo que quería y aquella noche era Rebecca. Dejando todo a un lado, deseaba a Rebecca.

La última vez que habían estado juntos, habían estado borrachos. Ahora era de día y podía ver la expresión de su cara. Ben dejó de dudar. La tomó de la mejilla y la besó, primero suavemente en los labios y luego más intensamente al acercarse a él. La besó como había deseado hacerlo cuatro años atrás, acariciándole el pelo e inhalando la fragancia femenina de su perfume. Sus labios eran cálidos y maleables, tan suaves que se obligó a contenerse para ser tierno con ella.

Ben dejó escapar un gruñido al sentir sus manos sobre el pecho empujándolo ligeramente hacia atrás. Luego se perdió en el intenso azul de sus ojos y advirtió que su respiración se entrecortaba.

–Despacio, vaquero –murmuró.

–¿Despacio? –repitió, dándole otro beso en los labios, a la vez que ella lo apartaba–. Llevo mucho tiempo deseando volver a hacer esto.

Rebecca rio, con los ojos fijos en él, mientras ambos se quedaban quietos.

Era como si todo a su alrededor hubiera desaparecido y solo quedasen ellos. Ben la deseaba, siempre lo había hecho. El único problema era que tenía que dejarle claro que no buscaba convertirse en el padrastro de su hija.

–Creo que no deberíamos hacer esto –murmuró ella.

Ben se encogió de hombros.

–¿Por qué no?

–Porque ya hemos cometido este error antes.

–Quizá no fue un error –dijo él–. ¿No has pensado que quizá lo que hicimos no estuvo mal, solo que no era el momento adecuado para hacerlo?

Rebecca se quedó pensativa.

–No puedo comprometerme a nada, Ben. Para mí, las cosas ya no son tan sencillas.

–Entonces, dejemos que siga siendo sencillo –dijo él.

La idea de relacionarse con su hija no era algo que deseara porque no sabía cómo tratar niños, pero echaba de menos a Bec y quería volver a disfrutar con su amiga.

–¿Qué sugieres? –preguntó ella.

–¿Qué te parece si vamos poco a poco?

Ben deseaba desesperadamente tenerla entre sus brazos, en su cama. Quería que volviera a formar parte de su vida, aunque sabía que nada volvería a ser igual.

–¿Y si solo fuera esta noche? –preguntó ella.

A Ben no le gustaba la idea de tenerla solo por una noche, pero eso podía llevar a más y… ¡Al infierno con todo! Una noche era mejor que nada. Ya tendría tiempo de hacerle cambiar de opinión.

–Como quieras, Bec.

Ben acarició sus brazos de arriba abajo, expectante.

–Tú pon las reglas y yo las cumpliré.

Ella sonrió.

–Despacio, vayamos despacio, y no oirás ninguna queja por mi parte.

–De acuerdo. Con el fin de ir despacio, voy a ocuparme de unas cuantas cosas antes de que nos vayamos. ¿Estás bien aquí?

Rebecca asintió y dio un paso atrás cruzándose de brazos. Se quedaron uno frente al otro unos segundos, segundos en los que Ben podía haberse precipitado hacia ella, pero no lo hizo. No quería asustarla y menos aún antes

de que la noche empezara.

Rebecca no sabía si de verdad tendría cosas que hacer, pero no le importaba. Seguía obsesionada con el beso. Tenía que encontrar algo con lo que entretenerse durante un rato y dejar de pensar en Ben como si fuera un bistec que estuviera deseando devorar. Aunque quizá era precisamente eso lo que debía hacer, quitárselo de la cabeza de una vez por todas. Claro que eso era básicamente lo que había accedido a hacer.

–Voy a dejar tu bolsa de viaje en la casa. Ponte cómoda, ¿de acuerdo? –dijo Ben volviendo la cabeza.

–Está bien, gracias.

Era como si no hubieran mantenido aquella extraña conversación, como si todo hubiera vuelto a la normalidad.

Dejó caer su pequeña maleta al suelo y Ben se agachó a recogerla. Rebecca estuvo a punto de acariciarle el pelo, del mismo color y tan denso como el de Lexie.

–Te veré en un rato.

Ben asintió sonriendo y se puso en marcha con su bolsa en la mano. Ella se quedó allí, siguiéndolo con la mirada, y se preguntó qué demonios estaba haciendo dejándose llevar como si no hubiera cambiado nada. Quiso apartar la mirada, pero sus ojos se habían quedado clavados en sus vaqueros, a la altura de las caderas, y en sus brazos bronceados que destacaban en contraste con su camiseta blanca.

Se sentía abrumada solo por estar de vuelta en el rancho de los McFarlane, pero no había nada que pudiera hacer al menos hasta por la mañana. Lexie estaba bien, ella estaba disfrutando, o al menos intentándolo, y el paisaje era impresionante. Además, estaba deseando ponerse al día con Gus y, tal vez, volver a pasar una noche con Ben.

Una vez perdió de vista a Ben, volvió a la dehesa. Parecía como si la potra estuviera empezando a hacerse a ella, aunque sabía que era una tontería. Probablemente el animal estaría pastando, pero sentía la necesidad de ir a los establos. Quizá fuera porque después del paseo se sentía segura, aunque tenía la sensación de que había algo más. Quería demostrar que, después de la maternidad y de todos los cambios que había traído a su vida, todavía podía hacer lo mismo que antes. Quería seguir pudiendo conectar con un animal y ganarse su confianza. El problema era que quería descubrirlo a solas, sin la tensión de alguien observándola. No le había mentido a Ben cuando le había contado cómo después de la caída había perdido la confianza en sí misma y lo mucho que había tardado en recuperarla.

Sus piernas tomaron la dirección adecuada, pero su cabeza le decía que volviera a la casa y se pusiera a leer un libro. Cualquier cosa con tal de no ponerse en riesgo con un caballo medio salvaje. Estando allí se sentía como la joven de quince años que había visitado por primera vez el rancho, segura de sí misma y dispuesta a hacer realidad sus sueños.

Missy la estaba observando, aunque fingía no hacerlo. Tenía la cabeza gacha, pero estaba pendiente de los movimientos de Rebecca. Ignoró al animal y fijó la mirada a un lado, cuidando de no asustarla. Su intención era ganarse su confianza y no dominarla.

Rebecca volvió la cabeza y comprobó que no hubiera nadie alrededor. Caminó lentamente hasta llegar al picadero y luego pasó cuidadosamente entre los tablones. Seguía sin saber qué estaba haciendo, pero allí estaba.

El caballo era precioso. La luz del sol hacía brillar su pelaje negro, salpicado de reflejos marrones. Todo en aquella potra resultaba impecable, desde la cola hasta las brillantes crines, y eso le hacía pensar que era un ejemplar muy especial.

–Hola, chica –dijo con voz suave.

Era difícil contener los nervios, pero se esforzó en hacerlo. Seguramente el animal era consciente de que se le había acelerado el pulso y tenía que mantener la calma.

La potra resopló y siguió mirándola, despreocupada. Rebecca sintió un nudo en el estómago, pero se obligó a seguir adelante. Aquella era la oportunidad de comprobar si seguía sabiendo hacer aquello.

–Tú y yo vamos a ser buenas amigas –susurró.

Rebecca se detuvo y esperó. La potra permaneció inmóvil y decidió aprovechar la maniobra.

Missy seguía observándola, pero Rebecca fingía no darse cuenta. Se sentó moviéndose lentamente, se cruzó de piernas y fijó la vista en el suelo. Si levantaba la cabeza, aunque fuera ligeramente, rompería la magia y el animal la vería como una amenaza en vez de alguien en quien confiar. Había llegado el momento de esperar.

Pasarían tan solo unos minutos antes de que la potra decidiera investigar. Rebecca se quedó quieta. Parecía peligroso, pero sabía que mientras no la asustara, no corría riesgos.

Resultaba desesperante permanecer sentada tan quieta, pero lo hizo. Missy bajó la cabeza hasta el suelo, sin dejar de mirarla. Avanzó lentamente y enseguida rozó la cabeza de Rebecca, olfateándola.

Tímidamente acercó el hocico a su rostro y Rebecca no pudo evitar sonreír. En apenas unos minutos había conseguido que la potra se le acercara

y allí estaba, tranquila, a su lado. Según Ben, ninguno de sus hombres, ni siquiera él, habían conseguido establecer un vínculo con el animal.

Rebecca alzó la vista, evitando hacer contacto visual. Sintió un escalofrío. Seguía conservando su magia. La potra permanecía tranquila y acercó el hocico a su nariz. Rebecca levantó lentamente una mano. Parecía cosa de brujería, pero sabía que, a veces, los caballos preferían a las mujeres antes que a los hombres. La acarició suavemente y fue levantándose poco a poco.

–Buena chica, Missy –dijo manteniéndose agachada.

El animal alzó las orejas, atento. No estaba nervioso ni asustado.

Rebecca se enderezó sin dejar de apoyarse en el hombro de Missy.

–Creo que nos vamos a llevar muy bien.

Estaba de pie junto a la potra, acariciándole el lomo. Le encantaba volver a estar entre caballos. Los olores, las sensaciones… todo la hacía volver atrás en el tiempo. Volvía a tener el control, una habilidad que no sabía que todavía tuviera.

–Bien hecho.

La voz ronca de Gus la tomó por sorpresa. Se mantuvo inmóvil para evitar que el animal se asustara.

Al poco se dio la vuelta sin dejar de acariciar a Missy con una mano y se sorprendió al ver a Gus y Ben cerca, observándola. Sintió calor en su rostro, avergonzada porque la hubieran visto cuando pensaba que estaba sola.

–Buen trabajo –dijo Ben.

Por su expresión, Rebecca supo que estaba orgulloso de ella. Los ojos le brillaban y una sonrisa de oreja a oreja lucía en su rostro.

–Sabía que serías capaz de conseguirlo –dijo Gus, observando a la potra–. Lo sabía.

Rebecca miró a los dos hombres. Ben era una réplica más joven y fuerte de su abuelo. Tenían el mismo magnetismo y a ambos los quería mucho.

–Me habéis tendido una trampa –dijo en tono suave para evitar asustar al animal–. Sabíais que no me resistiría y que caería directamente en la trampa.

Los hombres se miraron entre sí y sonrieron. Recordaba muy bien aquellas sonrisas conspiradoras. Siendo adolescente, había sido víctima muchas veces de sus maquinaciones.

–Tal vez –replicó Ben–, pero estoy seguro de que te sientes muy bien por haberlo conseguido.

Trató de mostrarse enfadada, pero no pudo. No le importaba lo que

hubieran hecho. Tenían razón, se sentía bien por lo que acababa de conseguir porque últimamente lo único que hacía era trabajar en el restaurante. Y cuando no estaba trabajando, estaba cuidando de Lexie. Era agradable descubrir que seguía siendo buena en otras cosas.

–Creo que me he ganado esa cena.

Gus echó a andar con su bastón, silbando una melodía conocida. Se le veía contento. No parecía haber dudado de que conseguiría ganarse a la potra, aunque desconocía lo mal que lo había pasado después de lo que había ocurrido.

Ben le dedicó una sonrisa y Rebecca pensó que estaría más segura en el picadero que a su lado. Se le veía más maduro de lo que le recordaba y, por tanto, más seguro de sí mismo. Por el modo en que la miraba, sentía que la apreciaba, que la deseaba. Para dos personas que solo eran amigas, resultaba inquietante. Claro que habían convenido en que hubiera algo más entre ellos esa noche.

–Lo estoy deseando –murmuró ella, más para sí misma que para que la oyera nadie más.

Observó cómo sus ojos la recorrían. Aquella mirada oscura y profunda resultaba peligrosa, a la vez que tierna. Aquel era un hombre en el que se podía confiar, al que había amado y amaba. Pero cada vez que lo miraba, no podía evitar un sentimiento de culpabilidad. Cuando averiguara lo que le había ocultado, no volvería a mirarla de la misma manera. Por eso tenía que disfrutar de aquella noche con él antes de que todo se estropeara. Lo que iba a contarle no solo afectaría a Ben, sino a su propia familia y a Gus. Les había mentido a todos y, después de guardar su secreto durante tanto tiempo, no tenía sentido pensar en lo que podía ocurrir.

Ben seguía observándola así que apartó sus preocupaciones y volvió a concentrarse en la potra. Disfrutaría de ese día y del siguiente. No tenía ni idea de lo que pasaría después.

Capítulo 7

Ben se sentó en la ancha barandilla que rodeaba los tres lados de la vieja casa, con una cerveza en la mano y la mente a kilómetros de distancia. El sol de la tarde atravesaba las densas ramas de la glicinia y cerró los ojos, disfrutando de la tranquilidad del momento.

Australia tenía algo que no sabía explicar y estaba muy contento de estar de vuelta. Pensaba que nunca volvería, pero pasados unos cuantos años era lo único que había deseado. Siempre había querido tener una familia. Aunque tenía a Gus, no era lo mismo que haber crecido con unos padres y hermanos, y, junto a sus compañeros de polo, había formado una familia con la que vivía y viajaba. Pero en aquel momento… ya solo deseaba estar en casa. Y Rebecca era lo único que deseaba por encima de todo lo demás, aunque no sabía exactamente qué quería de ella. Tan pronto creía saberlo como volvía a cuestionárselo al minuto siguiente.

Ben dio otro sorbo a su cerveza y abrió los ojos. Rebecca estaba arriba preparándose para salir a cenar y él estaba haciendo tiempo. Sonriendo, su abuelo le había dicho que estaba cansado y que quería acostarse pronto. Sabía que no era cierto, pero no quería discutir con él. Además, estaba deseando estar a solas con ella. Confiaba en mantener la cabeza en su sitio. Lo único que sabía era que la deseaba y, aparte de eso, no tenía ni idea de qué iba a hacer.

Oyó un ruido y se terminó la cerveza, antes de saltar de la barandilla y volver dentro. Entonces vio a Rebecca bajando la escalera, con unos vaqueros ajustados que realzaban sus largas piernas y un top que ensalzaba el azul de sus ojos. Estaba simplemente sensacional. Todas las mujeres que había conocido en su época de jugador de polo no le hacían sombra.

–Vaya –dijo Ben al percatarse de que estaba mirándolo–. Estás muy guapa.

Estaba más que guapa, estaba espectacular.

Rebecca se sonrojó.

–Gracias.

Volvió a mirarla de arriba abajo, confiando en que no se diera cuenta. No había dejado de preguntarse si se estaba imaginando lo guapa que estaba y tenía ante él la respuesta.

–En serio, Bec, estás impresionante.

Parecía cohibida y se puso la chaqueta, cubriéndose más de lo que le habría gustado.

–¿Adónde vamos? Todavía no me lo has dicho.

Ben se miró la camisa con las mangas enrolladas y los vaqueros desgastados que llevaba. Quizá debería haberse puesto más elegante.

–A un sitio bueno. Vamos.

–¿Y Gus?

–Desaparecido en combate –comentó Ben sonriendo–. Creo que pretende emparejarnos. Hizo la reserva nada más enterarse de que venías y ahora va y se mete en la cama. Tengo la impresión de que tenía todo esto planeado desde el principio.

Le agradaba que Rebecca todavía se sonrojara. Aunque fuera una mujer adulta, seguía siendo tímida y le resultaba una cualidad adorable, especialmente después de lo atrevidas que eran las mujeres que había conocido, dispuestas a meterse en la cama con cualquiera de los chicos del equipo.

–Entonces, ¿seremos solo los dos?

–¿Te parece bien? –preguntó él.

–Dos viejos amigos recuperando el tiempo perdido, ¿no?

Ben sonrió al verla guiñarle un ojo. Le estaba agradecido a Gus por dejarlo a solas con Rebecca y no iba a perder ni un minuto.

–¿Lista?

–Lista, vamos.

Ben tomó las llaves de la mesa del vestíbulo y comprobó que tuviera la cartera en el bolsillo del pantalón, antes de poner una mano en la espalda de Rebecca y dirigirla hacia la puerta.

Aparcaron ante el restaurante Ruby y Rebecca se pasó las manos por los vaqueros mientras se daba ánimos. Apenas disponía de unos segundos a solas mientras Ben rodeaba el coche para abrirle la puerta. No esperaba que quedaran hombres tan caballerosos en situaciones tan cotidianas, aunque abrirle la puerta era algo que Ben siempre había hecho.

–No se parece a nuestro antiguo restaurante favorito.

La miró divertido y Bec sonrió.

–En absoluto –convino ella.

Solían ir a una hamburguesería. Por aquella época, podían comer cuanta grasa quisieran sin preocuparse de engordar.

–¿Estás segura de que no quieres que nos metamos en el coche y vayamos a comer una hamburguesa?

Rebecca negó con la cabeza y se sintió aliviada porque empezaba a relajarse. Era una tontería preocuparse y no tenía por qué hacerlo. Lo pasado, pasado estaba. Ya se preocuparía en otro momento. Tenía que tomarse un respiro, aunque solo fuera por unas horas.

–Me parece el sitio perfecto. Por una vez, será agradable que me sirvan.

El restaurante no era tan lujoso como algunos de Melbourne, pero era moderno y estiloso, y la comida olía bien. Podía verse la cocina al otro extremo del salón. Le gustaba el jaleo de donde se hacía la comida.

Había una grata sensación de cercanía en Geelong, y eso era algo que Rebecca echaba de menos en la ciudad. Le gustaba la idea de que los comensales y los camareros se conocieran por sus nombres, aunque sabía que no a todo el mundo le agradaba.

Un camarero vestido de negro con un elegante mandil blanco anudado a la cintura apareció.

–Ben –dijo el hombre saludándole con una inclinación de cabeza–. Me alegro de volver a verte tan pronto.

Rebecca se preguntó si Ben habría acudido allí con alguna cita después de su vuelta.

–La comida estaba tan buena que no merece la pena probar otro sitio –replicó Ben cortésmente.

El camarero tomó un par de cartas y les indicó que le siguieran. Ben volvió a apoyar su mano en su espalda. Le sorprendió tanto como la primera vez, pero se las arregló para disimular su nerviosismo.

Bec miró a su alrededor. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por parejas y, como todavía era pronto, no estaba muy concurrido.

El camarero se detuvo y dejó las cartas en una de las pocas mesas con vistas a la bahía. Estaba segura de que no había sido cuestión de suerte y de que Ben o su abuelo estaban detrás de aquello.

–Enseguida vuelvo.

Ben esperó a que Rebecca se sentara antes de quitarse la chaqueta y colocarse frente a ella. Luego carraspeó. Bec levantó la vista de la copa de agua, tratando de calmar los nervios de su estómago. Sabía que era una tontería sentirse insegura solo por estar charlando y cenando con él, pero no podía evitarlo.

–Vaya, no tengo nada que ver en esto –dijo Ben arqueando las cejas.

No se explicaba cómo les habían dado la mesa más romántica del restaurante.

–No te preocupes –exclamó Rebecca, tratando de controlar el tono de su voz–. Es estupenda. Quizá Gus esté detrás de esto.

El camarero volvió y Ben eligió un vino blanco del famoso valle de Barossa. Rebecca sentía ganas de dar cuenta de la botella entera, pero por suerte tenía delante el menú y podía desviar la mirada de Ben.

–¿Qué vamos a tomar?

Ben había dejado la carta en la mesa y la estaba observando.

–Yo, eh, bueno… El pescado del día. Me apetecen langostinos.

–Buena elección –dijo él asintiendo–. Creo que voy a tomar la langosta de la bahía Moreton con langostinos.

Después de que ordenaran, a Rebecca no le quedó otra opción que volver a mirar a Ben. Estaba asustada. Aparte del parecido de aquellos ojos con los de Lexie, se sentía intimidada por la intensidad de su mirada, la forma en que la observaba como si pudiera leer sus pensamientos. Quizá por eso nunca se había sentido atraída por ningún otro hombre desde que Ben se fuera.

–Todavía no me has contado qué tal están tus padres. ¿Y tu hermano?

Se alegraba de poder hablar de su familia. Era un tema de conversación seguro. Por suerte, Ben no se había encontrado con su hermano porque entonces, el deseo de ambos por conocer quién era el padre de Lexie los habría unido, lo que habría complicado aún más la situación.

–Mis padres están bien, aprovechando el tiempo al máximo ahora que están jubilados –dijo y dio un sorbo a su vino–. Disfrutan viajando y yo estoy feliz dirigiendo el restaurante. Eso significa que puedo dedicar tiempo a Lexie, salvo cuando se van de crucero, que entonces todo se complica.

Ben asintió y se echó hacia atrás en su asiento. Rebecca empezó a relajarse. Sabía que el interés de Ben por su familia era sincero. Su madre se había quedado muy apenada con su marcha y sabía que el sentimiento era mutuo, seguramente porque Ben no tenía relación con su propia madre.

–Mi hermano, bueno, ya tiene dos hijos y está esperando el tercero. Conoció a una chica estupenda en el trabajo y desde entonces no se han separado. Los niños son gemelos y Lexie siempre está compitiendo con ellos y con sus travesuras.

–¿Y qué me dices de ti? –preguntó Ben, echándose hacia delante–. ¿De veras has estado bien? Ya sé que quieres a tu hija, pero no debe de ser fácil criarla sola.

Rebecca sintió que los ojos se le humedecían, pero parpadeó para contener las lágrimas. No solía llorar y no iba a hacerlo en aquel momento solo porque alguien le hubiera hecho aquella pregunta con un interés sincero. Deseaba podérselo decir, poderle contar lo que había pasado y que la abrazara y le dijera que no tenía de qué preocuparse, que todo iba a salir bien. Pero era realista y sabía que por mucho que lo deseara, lo que había pasado entre ellos no iba a convertirlos en una familia ideal. En caso contrario, de haber tenido la más mínima duda de que estaba interesado en ella y en formar una familia, ya haría tiempo que se lo habría contado.

–No ha sido fácil, no voy a mentir –admitió–. Pero, sinceramente, quiero a mi hija y me gusta trabajar en el restaurante. No creo que hubiera dicho lo mismo hace un año, cuando apenas dormía y estaba agotada, pero ahora he encontrado el ritmo.

Sabía que lo que quería descubrir era si había habido un hombre en su vida, si había estado sola todo ese tiempo. El brillo de sus ojos y la curva de sus labios le decía que quería saber más.

–¿Y el padre de Lexie? ¿Te ha ayudado alguna vez? ¿Forma parte de su vida?

Rebecca volvió a dar un sorbo al vino. No quería hablar de eso en aquel momento. Una cosa era no decir nada y otra mentir. Si al menos encontrara las palabras adecuadas para decírselo, para darle la noticia…

–¿Qué me dices de ti? –preguntó ella, haciendo acopio de todas sus fuerzas–. ¿Seguro que no hay ninguna argentina dispuesta a venirse a vivir a Australia contigo?

La cena llegó y Rebecca sonrió agradecida al camarero, aliviada por la interrupción.

–¿Sabes una cosa? Eres la primera persona a la que veo desde que he vuelto, sin contar a Gus.

Se llevó un bocado a la boca y esperó a tragárselo para continuar.

–He echado mucho de menos a Gus y quiero aprovechar todo el tiempo a su lado –dijo y sonrió–. Y no, no hay nadie especial. ¿Crees que te habría besado si lo hubiera habido?

Rebecca se alegró de haber tragado lo que tenía en la boca porque si no se habría atragantado.

–Imagino que no.

–Así que ninguno de los dos tiene compromisos.

–Supongo que tienes razón –comentó ella controlando los nervios–. Volviendo a Gus, ¿te han dicho los médicos cuánto le queda?

Ben jugueteó con el tenedor.

–Tal vez seis meses, puede que algo más, pero no hay nada que puedan hacer por él. Lo ha mantenido en secreto, pero creo que se ha decidido a contármelo en tiempo de descuento.

–Fue estupendo con nosotros, ¿verdad? –dijo Rebecca, consciente de que debía de resultarle doloroso hablar de su abuelo así–. Creo que no habríamos sido los mismos sin él. Es un hombre único.

Ben sonrió con la vista clavada en ella. Él pensaba lo mismo, que su abuelo había sido lo único estable en su vida, la única persona que lo había querido incondicionalmente desde el día en que había nacido.

–Desde luego que es un hombre único –dijo Ben–. Y quiero pasar el tiempo que pueda con él para que lo sepa.

–Eso está bien.

Rebecca se llevó otro bocado a la boca y fijó la vista en la bahía mientras masticaba. La noche era agradable y el reflejo de las luces en el agua le hacía pensar que podían estar en cualquier parte del mundo. Aunque se sintiera asustada, no podía negar que se sentía atraída por Ben.

–Rebecca, la forma en la que me marché, lo que pasó entre nosotros…

–No –lo interrumpió–. No tenemos que hablar de eso. Ya hemos pasado por ahí.

Él sacudió la cabeza y alargó la mano para entrelazar sus dedos con los suyos. Lo hizo con tanta suavidad, que Rebecca sintió que el vello se le erizaba. Apretó suavemente para obligarla a levantar la vista y mirarlo a los ojos.

–No quiero que pienses que fue porque no sentía algo por ti. Lo que pasó entre nosotros fue consecuencia de años de atracción y quizá si no hubiera estado a punto de marcharme, nunca habría pasado. Quizá nunca nos habríamos adentrado en terreno peligroso.

–Sí –convino ella–. Fue como si por ser conscientes de tu marcha, las cosas se precipitaran.

–Hacía mucho tiempo que te deseaba –dijo Ben acariciándole la mejilla–. No sabes lo difícil que me resultaba que fuéramos solo amigos. Pero siempre tuve claro que prefería tenerte como amiga a perderte completamente, así que nunca me atreví a dar el paso.

Ella sonrió, sacudiendo la cabeza.

–Lo sé.

Ben arqueó una ceja, lo que le provocó la risa.

–¿Por qué demonios decidimos que las cosas no fueran más lejos? ¿Por qué nuestro amor debía ser platónico?

Rebecca se encogió de hombros.

–Creo que era una norma no escrita. Ninguno de los dos quería arruinar lo que teníamos. A mí me pasaba lo mismo.

No tenía sentido hablar del pasado de aquella manera. No quería sentir más dolor del que ya sentía.

–Al infierno con las reglas –dijo Ben–. Esta vez, cuando quieras que las cosas vayan más lejos, solo tienes que decírmelo.

–No quiero complicarme la vida, Ben, por eso no tengo ninguna relación con nadie.

Era mentira. No había permitido que nadie se le acercara porque no había encontrado a ningún hombre que se le comparara ni había querido tener que presentárselo a Lexie.

–¿Qué tal si vamos poco a poco y dejamos de preocuparnos por lo que somos? –preguntó él–. Somos amigos nada va a cambiar eso, pero si queremos ser algo más, bueno ¿qué hay de malo en ello?

Rebecca abrió la boca para contestar cuando su teléfono empezó a sonar.

–¡Vaya! –dijo y apretó el botón para quitar el sonido.

Ben tomó el tenedor y siguió comiendo como si en vez de sexo estuvieran hablando de recetas.

–Es una llamada de casa –dijo leyendo la pantalla–. Discúlpame, voy a tener que contestar.

Rebecca se llevó la mano a la boca mientras hablaba en voz baja.

–Hola, mamá, ya sé, está tratando de convencerte para que le dejes tomar un helado antes de irse a la cama.

Sonrió al teléfono, pero enseguida su sonrisa desapareció.

–Bec, yo… –balbuceó su madre al otro lado de la línea–.

Estamos en el hospital.

Rebecca sintió un escalofrío en la espalda. Aquello no podía estar pasando.

–Despacio, cuéntame qué ha pasado.

Ben dejó el tenedor en el plato y la miró preocupado.

–Parecía un simple catarro hasta que la fiebre empezó a subir. Una hora después de irse a dormir tenía mala cara y el termómetro se disparó –dijo su

madre sollozando–. Siento mucho tener que molestarte, Bec, para una vez que sales…

Rebecca trató de mantener la calma, pero no pudo evitar que unas lágrimas asomaran a sus ojos.

–¿Cómo está ahora?

Tomó el bolso, se puso de pie y le hizo señas a Ben con la cabeza de que tenían que irse. Él se levantó al instante dejando caer la servilleta y sacó la cartera.

–Está bien, pero no deja de preguntar por ti.

–Voy de camino –dijo tratando de sonar más serena de lo que se sentía–. Dile que la quiero mucho y que enseguida estaré con ella.

Ben pagó la cuenta y se unió a ella en la puerta. Cuando colgó, respiró hondo y se guardó el teléfono en el bolsillo. Las lágrimas le ardían en los ojos ante la idea de estar lejos de Lexie.

–¿Bec?

Miró a Ben y dejó que la tomara de la mano y entrelazara los dedos con los suyos.

–Es Lexie –dijo con voz entrecortada.

Tenía que contárselo, pero las palabras se le atragantaban.

–Ya verás como se pone bien –le aseguró Ben, obligándola a detenerse y mirarlo–. Te llevaré a donde haga falta y enseguida estaremos allí, así que no te preocupes.

–Gracias –murmuró Rebecca sin soltarle de la mano.

Su corazón latía con fuerza y tenía la boca seca. Lo único que le preocupaba era llegar junto a Lexie cuanto antes, pero ¿y si Ben insistía en acompañarla al hospital? Entonces, iba a resultar una noche mucho más difícil de lo que ya era.

Ben se apresuró para abrirle la puerta del coche y lo rodeó hasta el lado del conductor. Ella entró y se puso el cinturón.

–Sé que estará bien, pero… –dijo y respiró hondo antes de continuar–. ¿Y si es algo serio? ¿Y si es…?

–No avancemos acontecimientos, ¿de acuerdo?

Rebecca asintió y se hundió en el asiento, deseando llegar cuanto antes. Debía haberse negado a volver a verlo y así tenía que habérselo dicho el día que había ido al restaurante.

–Llegaremos en menos de una hora, Bec.

–Siento haber estropeado la cena –murmuró.

–¿La cena? ¿Bromeas? No tienes por qué disculparte.

Estamos hablando de tu pequeña.

El coche avanzaba veloz por la carretera de gravilla. Una vez tomaron la autopista hacia Melbourne, Ben la tomó de la mano y la miró. Bec tenía los ojos llenos de lágrimas otra vez y sentía un dolor solo equiparable al que había sentido cuando se había despedido de él en el aeropuerto, convencida de que no volvería a verlo jamás.

–Venga –dijo él suavemente.

Ella respiró hondo y se giró levemente para poder mirarlo a la cara.

–Todo irá bien, Bec, te lo prometo.

Ella se esforzó en sonreír, pero no podía creerlo. Era imposible que estuviera seguro de que todo saldría bien. En lo más hondo de su corazón sabía que nunca dejaría de amarlo. Siempre se había imaginado que algún día volvería a casa del brazo de una esposa glamurosa, una esposa con la que ser feliz sin tener hijos, dispuesta a disfrutar de una vida acomodada junto a un jugador de polo. En esa situación, nunca habrían tenido oportunidad de retomar lo que había habido entre ellos. Nunca había pensado que volvería a casa soltero.

Sin embargo, Ben había vuelto a casa siendo el de siempre, soltero, fuerte e incluso más guapo que nunca. Así que en vez de sentirse resentida hacia él o segura de haber hecho lo adecuado al no contarle lo que había ocurrido después de aquella noche juntos, lo único en lo que pensaba era en peligrosas suposiciones. Aquellos pensamientos eran capaces de romperle el corazón a cualquiera, a juzgar por el dolor que sentía.

Y no era por su hija por la que estaba preocupada, sino por la hija de ambos.

Capítulo 8

Ben estaba desesperado. No sabía cómo consolar a Bec, lo único que podía hacer era conducir a toda prisa hasta el hospital para que la niña dejara de echar de menos a su madre cuanto antes. Frenó para tomar el desvío del hospital, aferrándose al volante.

–Ya hemos llegado –anunció Ben, aparcando el coche.

Miró a Bec. Estaba pálida y sus manos temblaban.

–Vamos, te acompañaré dentro.

No tenía pensado entrar con ella, pero no le vendría mal estar acompañada.

–No hace falta que vengas –dijo ella apresurándose hacia la entrada–. Estaré bien.

–En cuanto estés con tu hija me iré.

Ben solo quería asegurarse de que siguieran allí, de que no se hubieran ido a casa, por si fuera necesario llevarla a otro sitio.

Bec le tendió la mano y juntos caminaron hacia la puerta.

–Gracias –dijo mientras esperaban al ascensor, mirándolo a los ojos.

–Bec, puedes contar conmigo si me necesitas.

Ella tragó saliva y retiró su mano. Ben frunció el ceño al verla tan nerviosa y se preguntó si habría dicho algo inapropiado. No, era una tontería. Estaba asustada por la salud de su hija y no era el momento de detenerse a analizar su comportamiento.

Entraron en el ascensor y subieron. Bec comprobó una vez más el mensaje que le había mandado su madre.

–Ya hemos llegado –dijo Ben al abrirse las puertas–. Iré a averiguar dónde… –¡Lexie!

Bec lo adelantó a toda prisa, se arrodilló y abrazó con fuerza a la pequeña. Tenía el pelo castaño, con algunos mechones más claros y se aferró al cuello de su madre.

Ben retrocedió. No tenía por qué tomar parte en aquello. Entonces, la madre de Bec lo vio y una sonrisa se dibujó en sus labios, haciendo desaparecer su gesto de preocupación. Lentamente se acercó hasta ella y le

dio un cálido abrazo.

–¡Ben! Qué sorpresa tan maravillosa.

Antes de soltarla, le dio un beso en la mejilla.

–Siento haberte robado a tu hija esta noche.

–¿Rebecca? No seas tonto. Esta chica necesita tomarse un descanso. Entre el restaurante y la niña, siempre está ocupada.

–¿Cómo está la pequeña? –preguntó Ben.

–Se pondrá bien. El médico ha dicho que es un virus, probablemente algo que ha pillado en la guardería. Dice que lo mejor es que se vaya a casa y se meta en la cama, que lo peor ya ha pasado.

Bec se levantó, con su hija en brazos.

–Ben, no puedes volver a Geelong, es tarde.

–Es solo una hora, no me pasará nada –dijo él sonriendo.

–Quédate con Rebecca –dijo su madre, dándole una palmada en el hombro antes de acercarse a su hija y besar a su nieta–. El abuelo ha ido a traer el coche. ¿Por qué no te reúnes con nosotros en casa de Rebecca?

Ben miró a Bec. No quería hacer nada que la hiciera sentirse incómoda, a pesar de que lo único que parecía preocuparle era su hija.

–¿Te parece bien? –preguntó sin apartar la vista de Bec.

–Me has traído hasta aquí dejando a medias la cena. Lo menos que puedo hacer es acogerte en mi casa.

–Entonces, todo arreglado –intervino su madre, satisfecha, antes de ponerse en marcha.

–Si ponemos la silla en tu coche, podemos ir directamente a mi casa y que mis padres se vayan a la suya.

Él asintió y la siguió. A pesar de que podía parecer extraño irse con su familia, habían formado parte de su vida durante muchos años y le resultaba natural. Se subieron al ascensor y se quedó observando a Bec, que llevaba a la niña en brazos. Viéndola en su faceta de madre, volvía a la realidad. Tenía que ir con cuidado. Deseaba a Rebecca, la necesitaba, y dudaba que nada fuera a cambiar eso, ni siquiera una niña.

Rebecca cerró la puerta y volvió sigilosamente al salón. Ben estaba recostado en el sofá, con los ojos cerrados, y confiaba en que no se hubiera quedado dormido. –¿Ben? –susurró una vez llegó ante él.

Abrió los ojos y, al verla, una sonrisa se dibujó lentamente en sus labios.

–¿Ya se ha dormido?

–Profundamente –respondió Rebecca–. Iba a meterla en mi cama, pero ha preferido meterse en la suya. Ya no tiene fiebre.

Él asintió sin apartar los ojos de los de ella. Bec respiró hondo mirándolo fijamente y deseó poder ignorar lo que sentía por él y seguir con su vida como había hecho durante los últimos años. Pero no podía. El único hombre al que había amado estaba sentado en su sofá, mirándola, y le resultaba imposible resistirse.

Rebecca se movió con rapidez. No quería detenerse a dudar. Pasó de estar de pie a sentarse a horcajadas sobre sus muslos.

Ben no dijo nada, simplemente la tomó de las caderas a la vez que ella se inclinaba para besarlo y hacer lo que llevaba tanto tiempo deseando. Sus labios eran cálidos y sus manos se deslizaron por su cuerpo hasta enredar los dedos en su melena.

Bec se apartó un momento para recuperar el aliento y se preguntó qué demonios estaba haciendo. Se había resistido durante muchos años, decidida a no ser ella la que diera el primer paso, pero después de aquella noche…

–¿Estás bien? –preguntó Ben, acariciándole la mejilla.

–Me dijiste que te dijera lo que quería –murmuró antes de humedecerse los labios con la lengua.

–Así es.

–Bien, pues esto es lo que quiero –dijo ella, negándose a dejarse vencer por su inseguridad–. Solo esta noche. Solo una vez.

Él asintió, echándola hacia atrás.

–Tus deseos son órdenes.

Rebecca se relajó ante sus caricias y gimió junto a sus labios cuando la besó suavemente al principio y con más intensidad después, mientras sus manos se deslizaban por debajo del top. Todo su cuerpo se estremeció por sus caricias, por su boca, por todo lo que le hacía. Debería haberle preparado una cama en el sofá y haberse ido a su habitación, pero no había podido porque necesitaba a Ben más de lo que nunca había necesitado nada en su vida.

Le desabrochó los botones de la camisa lentamente y jadeó cuando empezó a besarla por el cuello. Sus caricias eran desesperadas, como aquella primera y única noche que habían compartido.

Solo quería pasar una noche con Ben, sin preguntas y sin pensar en el pasado. Solo una noche.

Ya se preocuparía de lo demás por la mañana.

Ben meció a Bec en sus brazos, deseando llevarla a su habitación y pasar el resto de la noche abrazado a ella. Pero ya no eran unos adolescentes sin obligaciones. Ella tenía una hija de la que ocuparse, lo que implicaba que no debía encontrarlo desnudo en su cama por la mañana.

–No quiero que pienses que estoy huyendo porque nada me gustaría más que pasar las próximas veinticuatro horas explorando cada centímetro de tu cuerpo, pero me voy a casa.

Ella abrió los ojos como platos.

–¿Ya te quieres ir?

Ben la besó.

–No quiero, pero creo que es lo mejor. Lo digo por Lexie.

Bec suspiró y volvió a apoyar la cabeza en el pecho de Ben.

–Tienes razón.

–¿Vas a ir al partido de polo del próximo fin de semana?

–Sí, tanto por trabajo como por diversión. Voy a servir un catering.

Él acarició su melena, sintiendo sus largos mechones rubios suaves como la seda entre sus dedos.

–Será la primera vez que voy a un partido como espectador, aunque me he ofrecido a jugar si me necesitan.

Bec le acarició el brazo.

–No nos perdíamos ningún partido, ¿recuerdas?

–Cierto –dijo tomándola de la barbilla para mirarla a los ojos y besarla–. ¿Así que nos veremos el sábado?

–Sí.

–Entonces, tenemos una cita.

Rebecca negó la cabeza.

–Ben, esto ha sido cosa de un día.

–Porque tú lo digas.

–Lo digo en serio. No podemos volver a hacer esto.

Él sonrió al ver su expresión tan solemne.

–Ya veremos.

Bec permaneció en silencio y no se apartó hasta que oyó un ruido y rápidamente se puso a recoger su ropa.

–Creo que ha llegado el momento de marcharme –dijo él.

Rebecca se detuvo y se inclinó para besarlo.

–Conduce con cuidado.

La vio correr hacia el dormitorio de su hija y esperó a que desapareciera para ponerse los vaqueros. Sus vidas habían cambiado, todo había cambiado, pero después de volver a estar con ella, no iba a darse por vencido sin luchar.

Capítulo 9

El gentío era bullicioso. Mujeres con diminutos vestidos y tacones altos bebían champán, la mayoría de ellas sin prestar atención a lo que estaba ocurriendo en el campo, mientras que sus parejas estaban más interesados en los caballos que corrían hacia los postes de las porterías. El ambiente era increíble.

Bec encogió los dedos de los pies, deseando no haberse puesto zapatos nuevos. Eran de tacón alto y amarillos y tenían mucho estilo, pero sus pies ya estaban cansados.

–Hola, guapa.

Sintió un escalofrío. De repente, había dejado de preocuparse por sus pies. Lentamente, Rebecca se dio la vuelta al oír la voz profunda y sexy de Ben. Llevaba una semana evitando sus llamadas. No quería hablar con él de la noche que habían pasado juntos porque entonces volvería a sentirse culpable. Pero sabía que allí se encontrarían.

–Hola –dijo.

–¿Estás disfrutando del partido? –preguntó con la mirada encendida. Bec rio.

–Seguramente más que tú. Apuesto a que preferirías estar jugando.

–¿Qué supone un año como espectador? Antes de que me dé cuenta, estaré de vuelta en el equipo.

–¿Te veo muy seguro, eh? –dijo ella con una sonrisa.

Ben se acercó y su determinación se esfumó. Tenía que encontrar la manera de decirle que no podían ser más que amigos y darle la noticia que durante tanto tiempo había estado ocultándole.

–¿Has acabado de trabajar? –preguntó él, colocándole un mechón de pelo.

Ella tragó saliva, perdida en su mirada.

–Casi.

–Estás muy guapa –dijo mirándola de arriba abajo.

Su sonrisa la dejó sin respiración.

Rebecca permaneció en silencio. Mentiría si no reconociera que se había

preocupado de su aspecto porque sabía que estaría allí y que se lo encontraría. Se había comprado un vestido nuevo y unos zapatos a juego. Se había hecho ondas en el pelo y, con los labios pintados de rojo, se sentía como una de aquellas chicas de calendario de los años cincuenta. –Hay mucha comida, si tienes hambre… Ben rio y la tomó de la mano.

–Por si no te has dado cuenta, llevo toda la semana intentando ponerme en contacto contigo. Y no es tu comida lo que me interesa.

Rebecca deseaba coquetear con él, dejar que la llevara hasta el campo de polo para ver el final del partido, charlar sobre su vida en el extranjero y divertirse. Pero no podía mentirle por más tiempo. El peso de lo que le ocultaba le remordía la conciencia.

–Ben, tenemos que hablar.

Él sonrió y entrelazó los dedos con los suyos.

–¿Qué te parece si hablamos luego y ahora vemos el partido?

Le partía el corazón verlo así. Aquel era el Ben de siempre, con el que tanto se había divertido y al que tanto recordaba. Quería grabarlo en su memoria porque cuando escuchara lo que tenía que contarle… Ben frunció el ceño.

–De acuerdo, vamos. Sentémonos mirando al campo y así podrás contarme lo que tanto te preocupa.

Bec tomó la copa de champán que un camarero que pasaba le ofreció y dio un trago para calmar los nervios. Ben no le soltaba la otra mano y lo siguió entre la gente, deseando ser simplemente dos personas pasándoselo bien y fingir que no había ocurrido nada entre ellos. Pero eso ya lo había hecho. Había llegado el momento de la verdad.

–¿Qué es eso que tienes que contarme? –preguntó sentado junto a ella, mirando hacia el terreno de juego.

Le costaba admitirlo, pero estaba encantado de ser espectador por un día. Su abuelo andaba por allí en alguna parte, viendo a los caballos que había entrenado y vendido, y Ben se sentía feliz de estar de vuelta en el famoso campo de polo de Melbourne.

–Ben, no es fácil decirte esto, así que te lo diré sin más rodeos.

Él frunció el ceño. La expresión de su cara le preocupaba. Tenía los ojos llenos de lágrimas. ¿Por qué estaba tan afectada?

–Bec, ¿qué ocurre?

–Tú eres el padre, Ben. Sé que debería habértelo dicho antes, que no debería habértelo ocultado, pero Lexie es tu hija.

Ben se quedó de piedra y se le borró la sonrisa de los labios.

–¿Cómo?

Debía de haberla entendido mal.

–Sé que ahora mismo te cuesta entenderlo, pero Lexie es tu hija. No pude…

Ben sintió que necesitaba poner distancia entre ellos solo para mirar a Rebeca y comprender lo que estaba tratando de explicarle.

–¿Me estás diciendo que la noche que estuvimos juntos, que yo… que yo soy el padre?

Ben se puso de pie de un salto y se pasó la mano por el pelo.

Luego, se giró hacia Rebecca y vio unas lágrimas rodando por sus mejillas.

–Lo siento.

–Por supuesto que lo sientes. Ya llevo días aquí, hemos estados juntos y ¿cómo no se te ha ocurrido contármelo antes? – dijo, sintiendo que la cabeza le daba vueltas–. No tenías derecho a ocultármelo.

Ella asintió, pero a Ben le daba igual lo afectada que estuviera. Había vuelto desesperado por volver a verla, deseando pasar tiempo con la única mujer en la que siempre había confiado, y ahora le venía con aquello. ¿Cómo era posible que fuera padre? Había pensado que ella era diferente, que no era como todas aquellas mujeres superficiales que había conocido a las que solo interesaba el dinero y la fama.

–Ben, yo… –¡Mami!

Aquella voz chillona lo sacó de sus pensamientos. Lentamente se volvió y vio a una niña rubia corriendo hacia los brazos de su madre. Aturdido, no pudo evitar quedarse observando la escena.

–Tenía muchas ganas de venir. ¿Puedes hacerte cargo de ella? –preguntó la madre de Rebecca a cierta distancia.

Ben permaneció inmóvil.

–Sí, claro –respondió Rebecca alzando la voz.

Ben no podía apartar los ojos de la niña. Su hija. Se había enfurecido al enterarse de que un canalla había dejado a Bec sola con una hija. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que ese canalla pudiera ser él. Mirándola, sentía que iba a estallar, no sabía si de ira, resentimiento o

incredulidad. Debía contener la rabia porque no quería perder los nervios delante de la niña y, menos aún, si era su hija.

Parecía dispuesta a irse y no estaba dispuesto a dejar que Rebecca se marchara sin que explicara todo. Quería respuestas y no aceptaría un no por respuesta.

Capítulo 10

–Volvemos a Geelong –afirmó con rotundidad, mirándola–. Y Lexie viene con nosotros.

Rebecca se negaba a dejarse intimidar. Quizá no hubiera hecho lo correcto al mentirle todo ese tiempo, pero lo había hecho para proteger a su hija y por ella estaba dispuesta a cualquier cosa. Se cruzó de brazos, tratando de contener el temblor que recorría su cuerpo.

–Creo que lo mejor será que nos vayamos a casa.

Ben sonrió a Lexie, tocándole el hombro antes de acercarse a Rebecca. En sus ojos no había ni rastro de la ternura con la que acababa de mirar a la pequeña.

–Tenemos que hablar, Rebecca –dijo–. Pasaremos por tu casa a recoger las cosas de Lexie y luego nos iremos a Geelong.

–Tienes que entender por qué…

–Suficiente –murmuró–. No es el momento de hablar, Rebecca.

Cuando por fin Ben se volvió, Bec suspiró aliviada. Él se inclinó para decirle algo a Lexie, que sonrió, y se marchó a toda prisa, dejándola al borde del desmayo.

–¿Mami?

La voz de Lexie era una inyección de energía. Trató de mantener la compostura, sonrió y se agachó para hablar con la pequeña.

–Esta noche nos vamos de aventura. ¿Qué te parece si vamos al rancho de Ben?

–¡Sí!

Rebecca la tomó en brazos y se despidió de sus empleados con la mano al pasar junto a ellos. Casi habían acabado de recoger y ya no le quedaba nada que hacer, así que no podía retrasar lo inevitable.

–¿Podemos irnos ya?

Rebecca asintió y le dio un beso a Lexie en la frente.

–Claro.

Volvió a sentir miedo, pero apartó aquella sensación. No tenía sentido

temer a lo desconocido. El problema estaba en que, en relación al futuro de la pequeña, era imposible no preocuparse.

Rebecca se volvió y miró a su hija. Se había dormido. Apenas hacía diez minutos que habían dejado atrás la ciudad y ya había sucumbido al sueño. Lo que daba vía libre al interrogatorio.

–Está dormida –dijo, enderezándose en su asiento y apartándose de Ben todo lo posible.

Haría lo que fuera por aumentar la distancia que los separaba en el coche. Si por ella fuera, preferiría que en aquel momento estuviera en un avión de vuelta a Argentina. Aunque iban en su coche, se sentía como una prisionera.

Él no respondió. Rebecca lo miró y vio cómo apretaba los dientes.

–¿Por qué me lo has ocultado? –preguntó bajando la voz–. Has tenido oportunidad de contármelo.

Ella suspiró y se quedó mirando por la ventanilla. Se había preguntado muchas veces cómo ocurriría y allí estaba, a punto de explicarle de una vez por todas por qué había mantenido el secreto que iba a arruinar su amistad.

–¿Y bien?

Era evidente que no iba a permitir que estuviera callada, especialmente cuando Lexie estaba dormida.

–No sé por dónde empezar.

–¿Qué tal por cuando se te olvidó contarme que tenía una hija? –dijo con voz gélida.

Tenía derecho a odiarla, a estar enfadado con ella, y aquel tono la asustaba. Había hecho lo que había pensado que era mejor en aquel momento y no tenía ninguna duda de que volvería a hacer lo mismo. Su intención no había sido hacerle daño. Lo quería tanto que había estado dispuesta a dejar que se fuera.

–Estaba embazada de dos meses cuando lo supe –dijo, clavándose las uñas en las palmas para sentir un dolor diferente al que sentía en el corazón.

Se había quedado devastada al descubrirlo, pero desde el día en que Lexie había nacido, todo había cambiado. Desde aquel momento, había tenido a alguien a quien querer y a quien dedicar todas sus energías.

Se quedó en silencio y esperó que Ben hiciera cuentas.

–Así que cuando vine aquella semana antes de mi primer partido como profesional en Europa, ya lo sabías.

Su voz sonaba incrédula y Bec contuvo las lágrimas. No quería mostrarse sentimental y resultar patética. Era Ben el que debía estar enfadado y triste en aquel momento, no ella.

–Acababa de saberlo. Cuando volviste, me alegré mucho de verte, pero… ¡Ben! Tenías el futuro planeado y no quería arruinarte la vida, cortarte las alas y retenerte. No quería que la historia volviera a repetirse.

–No me vengas con esas –dijo él bajando la voz–. Tenía derecho a saberlo. No puedes echarme la culpa cuando ni siquiera me diste oportunidad de formar parte de la vida de nuestra hija. Ni siquiera me dejaste escoger.

Ella respiró hondo.

–Es lo único que tenías claro de tu futuro.

Rebecca reparó en que se aferraba al volante con fuerza. Se le veía muy rígido.

–No le des la vuelta a las cosas –farfulló Ben.

–Siempre decías que no querías tener hijos –continuó ella–, que no querías ser padre por lo que hizo tu madre, que no querías que un niño sintiera que era un lastre en tu vida –dijo sacudiendo la cabeza y girándose para mirarlo–. Dime que me equivoco, Ben, dime que no es exactamente lo que tantas veces repetiste, que no habría sido eso lo que habría pasado.

Se quedó callado. El único sonido era el de las ruedas avanzando en la carretera. Bec sentía la boca seca y los latidos de su corazón retumbándole en la cabeza.

–Ben…

–No te atrevas a poner palabras en mi boca –gruñó, dando una palmada al volante–. Fuera lo que fuese que dije, no tiene nada que ver con nuestra hija. Maldita sea, Bec, sé lo que es crecer sin padres. Nunca haría eso a un niño, a nuestra… Su voz se quebró como si no supiese qué decir.

–Ni siquiera sabía qué iba a hacer cuando viniste –dijo ella en voz queda–. Estaba sola, sabía que mi familia se llevaría un disgusto y necesitaba aclararme las ideas.

Ben se quedó mirándola.

–¿Por qué tomaste esa decisión?

–Por ti –respondió sin dudar.

–¿Por mí? –dijo sonriendo con sarcasmo, la atención puesta en la carretera–. ¿Me lo ocultaste y ahora resulta que fue por mí por quien tomaste esa decisión?

–Te quería, Ben, y quería que naciera el fruto de nuestro amor. No podía

destruir lo que habíamos creado –admitió y se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas–. Tienes que creerme, mi única intención era hacer lo mejor para ti. No te lo habría ocultado si no hubiera pensado que te sentirías resentido con ella o conmigo. Porque te conozco, siempre te he conocido mejor que tú mismo, y sabía que te quedarías.

Ben no respondió y ella se estremeció, deseando salir del coche. Empezaba a sentir claustrofobia y, si Lexie no hubiera estado en el asiento trasero, le habría pedido que parara para bajarse.

–No quería retenerte. Sabía que te sentirías obligado a quedarte y no quería interponerme en tus planes de futuro –dijo conteniendo un sollozo–. Fíjate en lo que pasó con tu madre, que dejó su carrera en medicina para tenerte. Te olvidas que estaba a tu lado cuando intentaste volver a tener relación con ella y vi cuánto te dolió. No quería que acabaras cometiendo los mismos errores que ella.

–Aun así, tenía derecho a saberlo. A pesar de lo que pensara o dijera, a pesar de lo que había entre nosotros, tenía derecho a saberlo.

–Lo sé –susurró–, lo sé.

Rebecca se sentía mal, pero se lo merecía.

–Lo siento, Ben, pero hice lo que creí mejor en aquel momento –susurró deseando que comprendiera por qué había hecho lo que había hecho–. Quizá no fue la decisión más acertada, pero era joven y estaba sola y asustada.

–Me habrías tenido a tu lado, Bec –terció él–. ¡Maldita sea! Sabes que te habría apoyado.

Ella dejó escapar un largo suspiro.

–Por eso precisamente no te lo conté.

Lexie gimió entre sueños cuando Ben la tomó en brazos. Era la primera vez que la tocaba, sin contar cuando le había puesto la mano en el hombro. No dejó de observarla mientras entraban en la casa. Le resultaba muy doloroso y tuvo que reunir todas sus fuerzas para no pasársela a Rebecca. Lo último que quería era abrazarla, sentirla cerca… Estaba hecho un lío.

Oía a Rebecca siguiéndolo, pero no le hizo caso. Cuando llegaran al cuarto de invitados, dejaría que ella se hiciera cargo. Aunque no deseaba estar cerca de Lexie, quería saber lo que se sentía teniendo en brazos a su propia hija.

–Puede dormir en la cama conmigo –susurró Rebecca.

Ben asintió y siguió caminando. Lexie se revolvió, pero no se despertó, y

Ben esperó a que Bec abriera la cama para dejarla. Después de taparla con las sábanas, se dio media vuelta y pasó junto a su lado en dirección a la escalera.

Apenas unas horas antes se había disculpado con Rebecca por haberse marchado sin ella y le había propuesto que hubiera algo más entre ellos. Tenía que reconocer que algo había intuido cuando le había dicho que no se iba con él por no dejar a su familia, pero había estado tan ansioso por marcharse que no había querido hacer preguntas. Había tenido que decidir entre Argentina y jugar en uno de los mejores equipos de polo del mundo, o quedarse en casa a la espera de que su mejor amiga quisiera tener algo más con él. Para cuando habían pasado la noche juntos, ya era demasiado tarde para cambiar de opinión: había firmado el contrato, había cobrado su primer cheque y tenía todo preparado para marcharse.

Estaba tan enfadado con ella que sentía que le hervía la sangre, pero por mucho que deseara odiarla, sabía que la culpa no era solo de ella. Quizá fuera el cansancio o la sorpresa de la noticia, el caso era que la cabeza no dejaba de darle vueltas. Tenía una hija y se parecía mucho a él. Tenía sus ojos marrones y el pelo rubio de su madre. No tenía sentido preguntarle acerca de la paternidad de la niña; no había ninguna duda de que Lexie era su hija.

Ben trastabilló al bajar los escalones. La cabeza estaba a punto de estallarle. Justo cuando pensaba que iba a disfrutar de una vida sencilla de vuelta en casa y retomar la relación que había tenido con la mujer que había dejado atrás, aquello. Él, que nunca había deseado ser padre, tenía una hija.

Un ruido arriba le advirtió de que Rebecca estaba bajando, señal de que no tenía escapatoria. Una copa le vendría muy bien.

Encontró a Ben sentado en la mesa de la cocina, ante una copa. Al entrar, lo vio dar un largo trago de un líquido dorado. A menos que hubiera cambiado de costumbres, sabía que no solía beber. Siempre le había gustado la cerveza, pero no las bebidas alcohólicas más fuertes. Los ojos se le llenaron de lágrimas al comprobar que estaba bebiendo whisky.

–¿Quieres? –preguntó Ben, arqueando las cejas.

Ella asintió. Nunca le habían gustado las bebidas fuertes, pero en aquel momento le vendría bien.

Ben apuró lo que le quedaba antes de levantarse para sacar otra copa limpia. Luego, llenó ambas con cubitos de hielo y sirvió whisky.

–Whisky con hielo –anunció.

Su mirada era gélida.

Bec dio un sorbo y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al tragar.

El líquido le ardió en la garganta.

–Enseguida te acostumbrarás –dijo Ben dando otro trago–. Sigue bebiendo.

Rebecca no recordaba haberse sentido nunca tan incómoda, especialmente con la persona que mejor se había llevado en su vida. Dio otro sorbo. Seguía sin gustarle, pero no le supo tan mal como el primero. Si así conseguía tranquilizarse, entonces merecía la pena.

–¿Qué demonios vamos a hacer ahora? –preguntó Ben mirándola fijamente.

–Sé que me odias por lo que hice –respondió–. Pero lo siento, Ben, y quiero que entiendas que no lo hice por hacerte daño. Los últimos años han sido difíciles y no quería ser yo la que estropease tus sueños. Luego, con el paso del tiempo, no quería que estuvieses resentido con Lexie. No podría soportar la idea de que culparas a mi preciosa hijita.

–Nuestra preciosa hijita –la corrigió–. El hecho de que sea de los dos es por lo que no debía haber sido un secreto. Deberías haberme dejado elegir entre ella y mi carrera.

–Lo siento, es lo único que puedo decirte –dijo Rebecca rodeándose con los brazos–. Lo siento muchísimo, Ben, tienes que creerme.

Se mordió el labio inferior, intentando contener las lágrimas.

–¿Y si hubiera tardado unos cuantos años más en volver? ¿Y si no nos hubiéramos vuelto a ver? ¿Me lo habrías contado alguna vez? ¿Seguiría por ahí sin saber que tenía una hija?

–No, no te habría buscado para decírtelo, si es eso lo que quieres saber.

Se quedó mirándola y dio otro trago a su bebida, apurando la copa.

–Solo porque seas su madre no implica que tengas derecho a alejarla de su padre –sentenció Ben–. Lo entendería de una madre protegiendo a su hijo de una persona violenta o de un adicto a las drogas. Pero demonios, Rebecca, ¿de veras pensabas que sería tan mal padre? ¿Acaso pensabas que no asumiría las consecuencias de lo que hicimos?

–¡No! –respondió casi gritando–. Quería que vivieras la vida que tanto habías deseado, no que volvieras por mi culpa y por un bebé que no elegiste tener. ¿No lo entiendes, Ben? Sabía que serías un padre estupendo, pero no querías tener hijos. Querías recorrer el mundo con los mejores jugadores de polo y eso es exactamente lo que quería que hicieras.

–Lo habría dejado todo por cuidar de ti. Me habría quedado –afirmó Ben sacudiendo la cabeza–. O te habría llevado conmigo. Fuera como fuese, no te habría dejado. Si me hubieras contado lo que sentías por mí en vez de insistir

en que fuéramos solo amigos, todo habría cambiado.

–Si volvías a casa, quería que fuera porque me querías, no porque te sintieras obligado –dijo forzando una sonrisa–. Siempre quise tener una familia, Ben, ya lo sabes. No nos imaginaba juntos porque queríamos cosas diferentes, por eso prefería que siguiéramos siendo amigos. Y eso era antes de saber que estaba embarazada. Amarte no era suficiente.

–¡Pero yo te quería!

Bec sintió como si le dieran un puñetazo en el estómago al escuchar aquellas palabras. Contuvo el llanto y apretó los puños. Había deseado durante mucho tiempo oírlas, pero ya era tarde. Sabía que la odiaba. Lo había estropeado todo, aunque eso no cambiaba el hecho de que siempre habían querido cosas diferentes.

–¿Me equivoco? ¿Querías lo mismo que yo?

–No –respondió él sacudiendo la cabeza–. Te quería por ser tú, porque sabía que nunca me mentirías ni me traicionarías. Pensaba que te conocía bien.

–Ben, por favor, no…

Aquellas palabras se clavaron en ella como si fueran un cuchillo. El dolor era tan intenso que no podía soportarlo. Ben se quedó mirándola fijamente antes de levantarse.

–Si hubieras sido sincera conmigo, todo habría sido diferente.

Llevó la copa vacía al fregadero y golpeó con fuerza la encimera. Al ver su furia, Bec empezó a temblar. Se quedó callada, a la espera. Ben no dijo nada hasta que volvió junto a la mesa. Sus miradas se encontraron. Observó como se apoyaba en la pared, rígido por la tensión. Al estudiar su rostro, vio a su hija en él, en la curva de sus labios y en sus ojos rasgados. Era la expresión que ponía Lexie cuando se enfadaba con ella, cuando no le daba lo que quería. Claro que los berrinches de la niña no tenían nada que ver con la furia que adivinaba en los ojos que tenía ante ella.

–¿Lo saben tus padres?

Su voz era grave y sensual, lo que la hizo estremecerse. Tragó saliva y negó con la cabeza.

–Nadie lo sabe. Solo yo.

Él arqueó las cejas inquisitivamente.

–Les conté que había sido una aventura de una noche con alguien a quien no volvería a ver –dijo y levantó la vista para mirarlo, antes de volver a bajarla–. No tenían motivos para no creerme, salvo por el hecho de que siempre he sido muy responsable. Lo más difícil de creer era que me hubiera

acostado con alguien, no que el tipo se hubiera largado.

–¿Nadie ha sospechado nada?

–Supongo que uno cree lo que quiere creer. Cuando empezó a parecerse a ti, ya hacía tiempo que te habías marchado y nadie cayó en la cuenta –contestó y suspiró–. Es una de las razones por las que nunca vine a ver a Gus, porque sabía que no podría mentirle. Además, nadie supo nunca lo que pasó entre nosotros, ¿no? Para todos, éramos solo amigos.

–¿Qué habría pasado si no me hubiera marchado, Bec?

–Nunca nos habríamos acostado. Habríamos seguido siendo amigos y nunca habríamos tenido esta conversación.

–¿Estás segura de eso? –preguntó él–. Nunca pensé que fuera lo suficientemente bueno para ti. Sabía que no podía darte lo que querías, pero quizá habríamos acabado en la cama de todas formas.

–¿Que no eras lo suficientemente bueno para mí? –repitió casi riendo–. Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida.

–Me voy a la cama –anunció Ben.

Rebecca se quedó sentada, viéndolo marchar. Tenía los hombros hundidos, la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos. Aquel no era el Ben McFarlane que conocía. Sabía que estaba muy enfadado, pero también que le había roto el corazón. Siempre había confiado en ella y seguramente estaba tan dolido por la decepción como por el engaño.

Estaba inquieta y preocupada. Podía ir a buscar a Lexie y marcharse, volver a su casa. Al fin y al cabo, habían ido hasta allí en su coche. Pero eso solo serviría para retrasar lo inevitable. Además, Ben acabaría encontrándolas. Por la expresión que había visto en sus ojos, era evidente que no estaba dispuesto a renunciar y eso la asustaba más que nada.

–¡Ben! –lo llamó y salió tras él.

Al oírla, se detuvo antes de subir la escalera y se apoyó en la barandilla. No dijo nada, pero tampoco se movió.

–Ben, yo también te quería –dijo ella–. Te quería tanto que me resultaba doloroso y si hubiera tenido alguna esperanza de que lo nuestro podía haber funcionado, habría elegido la otra opción sin dudarlo.

Él se giró lentamente y su atormentada mirada se encontró con la de ella.

–¿Ah, sí? Pues ya hace mucho tiempo que ese barco zarpó.

Bec contuvo la emoción. Una mezcla de dolor y tristeza la embargó.

–Ben –dijo, pero él se giró y comenzó a caminar de nuevo–. ¡Ben!

Lo había perdido. Desde el momento en que se lo había contado, lo había perdido. Había dejado sus intenciones muy claras. Los sueños que tenía de volver a estar juntos, de formar la familia perfecta, todas aquellas fantasías se habían roto.

Ben tenía razón. Todo se había acabado entre ellos.

Era imposible dormir. Ben tenía los ojos fijos en el techo. No se sentía cansado, a pesar del día que había tenido. En muchos aspectos estaba agotado, pero no tanto como para quedarse dormido.

Estaba tan enfadado con Rebecca que la ira lo estaba consumiendo. Nunca antes había sentido una rabia como la que lo invadía. Por eso se había apartado de ella antes de decir algo de lo que tuviera que arrepentirse. Su abuelo tenía más paciencia que un puñado de hombres juntos y recordó el momento en que había dejado a Rebecca abajo. Habría preferido gritarle y dar un puñetazo en la pared, pero se había contenido.

Ya en el colegio, viendo a los otros niños con sus padres, se había dado cuenta de que el raro era él. Por aquel entonces, ninguno de sus compañeros venía de un hogar monoparental. Además, su madre no disfrutaba pasando tiempo con él. Si no hubiera sido por su abuelo… Sacudió la cabeza. No quería pensar en eso. Acababa de descubrir que era padre, y por muy enfadado que estuviera con Rebecca, nada cambiaba el hecho de que tenía una hija.

Permaneció unos minutos más tumbado, con los ojos cerrados, antes de levantarse y ponerse los vaqueros, dejando el pecho al descubierto. Necesitaba hablar con alguien. Gus debía de estar durmiendo, pero teniendo en cuenta que apenas les quedaban unos meses juntos, no le importaría que lo despertara. Aquello les afectaba a ambos. Gus era el bisabuelo y Ben necesitaba su consejo.

Por un lado, deseaba hacer caso a Rebecca y perdonarla, pero le resultaba difícil. Después de haber compartido tanto a lo largo de los años, nada justificaba el hecho de que le hubiera mentido. Había tenido oportunidad de contárselo antes, tanto la primera vez que le había preguntado por el padre de la niña en el restaurante como durante el paseo a caballo.

Aun así se habría enfadado, eso era incuestionable, pero ¿por qué había esperado tanto tiempo?

Nada de lo que había pasado resultaba agradable, empezando por la manera en que se había enterado, pero tenía que asumir el hecho de que tenía una hija. Era el resultado de la noche que Rebecca y él habían compartido. El problema era que nunca habría abandonado a su hija, nunca la habría apartado

de su vida. Nunca había querido repetir los errores de su madre, y, sin saberlo, había acabado haciendo lo mismo.

Pasó por delante de la habitación que Rebecca y Lexie ocupaban, y contuvo el impulso de abrirla, no para hablar con Rebecca sino para ver a la pequeña. Observándola, sabía que era su padre, que aquella niña era parte de él. La idea de estar a la altura lo aterraba tanto como tenerla cerca, acariciarla e incluso hablarle, ahora que sabía que era su padre.

Ben apretó los dientes y siguió su camino hasta detenerse al final del pasillo para llamar a la puerta de su abuelo. Aunque no hubiera tenido padre, había tenido una excelente figura paterna. Siempre había tenido miedo de ser padre porque no había tenido modelo a seguir, pero había tenido a Gus y estaba seguro de que el instinto lo guiaría. Porque todo lo bueno lo había aprendido de Gus y eso no se lo podría quitar nadie.

Capítulo 11

Rebecca era incapaz de explicar cómo se sentía. Le dolía todo el cuerpo. Lexie no dejaba de moverse y darle patadas, y le había puesto un brazo en la cara. Estaba cansada. Después de que se descubriera la verdad tras años ocultándola, estaba agotada. Había pasado toda la noche dando vueltas en la cama, tratando de no molestar a Lexie, desesperada por quedarse dormida. Cualquier cosa con tal de sentir un poco de alivio y no revivir la conversación que había tenido con Ben. Probablemente él también se sentiría torturado por el dolor y la rabia, pero por diferentes razones. Además, tenía que hacerse a la idea de que tenía una hija.

Rebecca prestó atención, pero no se oía nada en la casa. Los dos hombres siempre habían sido madrugadores, aunque teniendo en cuenta que era domingo, probablemente durmieran un rato más. Estaba ansiosa por tomarse un café, y encontrarse con Ben era un riesgo que tenía que correr. En algún momento del día iba a tener que enfrentarse a él. De una manera u otra, iban a tener que solucionar algunos asuntos.

Una vez se libró de los brazos de su hija, se recogió el pelo en una coleta y buscó una camiseta. Se miró las piernas y decidió dejarlas desnudas. La camiseta era lo suficientemente larga y no enseñaba nada.

Volvió a mirar a Lexie. Seguía profundamente dormida y se escabulló por la puerta. Ya en el pasillo se detuvo. No se oía nada. Bajó de puntillas en dirección a la cocina y sonrió al percibir el aroma a café. Probablemente lo habría preparado Gus la noche anterior, a menos que Ben se hubiera levantado incapaz de dormir. Rebecca tiró los posos a la basura y volvió a llenar el depósito con café recién molido, como en los viejos tiempos. Siempre que se había quedado a dormir, había intentado levantarse la primera, deseosa de acompañar a Ben al adiestramiento de los caballos de polo. Antes de que amaneciera solían estar galopando por la playa. Geelong era tierra de ranchos y su cercanía a la playa para entrenar era una de las razones por las que era tan conocido.

El olor a café recién hecho la hizo sonreír. Casi podía degustar el fuerte sabor del café solo con olerlo. Era una contradicción a su obsesión por tomar solo productos orgánicos, pero era una costumbre que no había podido quitarse. Ni té, ni infusiones, nada la hacía sentir como el café, especialmente por la mañana.

Dio un sorbo y cerró los ojos disfrutando del aroma. Con los ojos cerrados, podía imaginarse que estaba en cualquier sitio, desde su restaurante

a un resort de Fiji. Luego los abrió y se quedó mirando los pastos que había detrás de la casa. Pero no estaba en cualquier parte. Estaba en casa de los McFarlane, con Ben, y sospechaba que en algún momento del día iba a tener que contarle a Lexie que tenía padre.

Ben se detuvo en seco. El olor del café lo había atraído desde su habitación y pensó que Gus, como de costumbre, se había levantado antes que él cuando en realidad no podía estar más lejos de la realidad. No estaba preparado para lo que le esperaba.

Rebecca estaba de espaldas. Parecía estar ocupada haciendo café y, por lo que a él le incumbía, podía seguir haciéndolo toda la mañana. Apenas podía ver la mitad superior de su cuerpo, a excepción de su nuca, pero la inferior… Nunca había visto nada tan sexy.

Quizá no llevara nada bajo aquella camiseta, aunque recordaba que siempre le habían gustado los pantalones cortos de chico. Durante años se había burlado de ella por reírse de la obsesión de las otras chicas por los tangas y suponía que, por lo que parecía estando inclinada hacia delante, los pantalones que llevaba debían de ser muy cortos. Lo único que veía eran unas largas piernas firmes y bronceadas que se prolongaban hasta un trasero perfecto. Aquella visión estaba empezando a resultar incómoda.

Seguía enfadado con ella, incluso después de haber hablado con Gus, pero aquella mujer parecía sacada de una revista masculina y no podía apartar la vista.

Entonces, Bec se dio la vuelta. Ben no supo qué hacer y se quedó mirándola fijamente. Lo cierto era que quería tomarla por sorpresa, pasar a la acción en vez de estar allí quieto. Quería borrar aquella mueca de sorpresa de los labios y quitarle la camiseta que tan desconcertado lo había dejado.

Pero de frente resultaba más tentadora que de espaldas. No llevaba nada debajo de la camiseta y se le marcaban los pechos. Sin maquillaje, se parecía aún más a la Rebecca adolescente.

–Buenos días.

Había deseado volverse a la cama desde el instante en que la había encontrado allí abajo.

–Hola –contestó ella, esbozando una tensa sonrisa.

–Te has levantado pronto.

Guardó las distancias al entrar en la cocina y buscó una taza. No quería acercarse a su piel desnuda.

Rebecca se encogió de hombros.

–Apenas he dormido, aunque supongo que tú tampoco.

Ben se sirvió café y volvió al cuarto de estar colindante. Desde allí seguía viéndola, pero resultaba menos excitante que tenerla a pocos metros de él.

Ambos permanecieron en silencio, bebiendo sus cafés, a pesar de que tenían mucho de qué hablar. Tenían una hija en común y había muchas cosas que resolver. A pesar de lo que sintiera hacia ella en aquel momento, tenía que encontrar la manera de superarlo para poder hablar.

–¿Lexie siegue durmiendo?

Rebecca asintió.

–Cuando se acuesta tarde, se levanta tarde.

Ben frunció el ceño y dio otro sorbo a su café. Parecían unos completos desconocidos. –Ben, creo que debemos…

Un sonido la interrumpió. Ben dejó la taza. Se oyó la voz de

Lexie en el pasillo justo antes de que una sombra pasara veloz junto a Ben en dirección a Rebecca.

–Hola, cariño.

La vio agacharse para abrazarla y enseguida la niña volvió corriendo sobre sus pasos para acompañar a Gus. El viejo se apoyaba en el bastón y descansaba la otra mano en el hombro de Lexie.

–Mami, este es Gus.

Volvió junto a su madre y se aferró a su pierna, sin dejar de sonreír a Gus.

«Es tu bisabuelo».

Ben estaba a punto de estallar de ira, pero al ver la dulce e inocente expresión de la pequeña se calmó.

–¿Estás bien, cariño?

Escuchó a Rebecca hablándola y luego le dio un beso en la mejilla. No había ninguna duda de que eran madre e hija. A pesar de lo mucho que la odiara por lo que había hecho, por lo que le había ocultado, era evidente que su hija había estado al cuidado de alguien que la adoraba. Era imposible que una niña mirara a su madre de aquella manera a menos que lo fuera todo para ella.

Lexie hundió el rostro en el pecho de su madre.

–No sabía dónde estabas.

Rebecca volvió a besarla antes de dejarla en el suelo.

–No debería haberte dejado sola. Lo siento, cariño.

–Él me encontró –dijo Lexie señalando a Gus–. Me ha contado que tiene caballos. ¡Caballos, mamá!

Ben contuvo una sonrisa. El viejo dicho era cierto: de tal palo, tal astilla.

–Gus tiene unos caballos muy bonitos.

Rebecca miró a Gus mientras hablaba. El viejo sonrió y le dirigió una mirada significativa. Sentía la presencia de Ben detrás de ella, aun manteniendo la distancia, pero lo suficientemente cerca como para saber que estaba ahí. Gus lo sabía. Era evidente por la manera en que miraba a padre e hija. Forzó una sonrisa. Era duro ver aquello, saber que ella había causado todo, especialmente si suponía perder el cariño y el respeto de dos hombres que tanto habían significado para ella.

–Lexie, Gus es el abuelo de Ben –continuó, tratando de contener el temblor de su voz–. El señor McFarlane fue muy importante para mí cuando era joven.

Lexie sonrió tímidamente a Gus.

–¿Qué es eso de señor McFarlane? –dijo Gus agitando la mano en el aire–. Hemos estado charlando arriba un buen rato, ¿verdad?

Lexie rio y apoyó la cabeza en el pecho de su madre. Rebecca la hizo volverse para que mirara a Ben.

–¿Te acuerdas que anoche conociste a Ben, el amigo de mamá?

–Sí –contestó sonriendo, mientras Ben le decía hola con la mano.

–Bueno, vayamos a cambiarnos, señorita. Luego desayunaremos.

Se dirigió a la escalera con Lexie en brazos.

–¿Quién es Gus?

–Ya te lo he dicho –contestó poniéndole la manga de una camiseta a su hija, una vez en la habitación–. Es el abuelo de Ben –repitió, por si acaso lo había olvidado, a pesar de habérselo repetido un par de veces.

–¿Dónde está su papá?

De repente no le agradaba el curso que estaba tomando aquella conversación. Cualquier tema que tuviera que ver con su padre, le parecía

peligroso.

–No sé.

–¿Y mi papá? ¿Por qué no tengo papá?

–Volvamos abajo a desayunar, ¿de acuerdo?

Le había hablado de su padre antes. Se había inventado una figura paterna y toda clase de historias, pero según crecía Lexie, le resultaba más difícil evadir la pregunta. Quería que su hija se sintiera amada aunque solo tuviera madre, y las mentiras habían dejado de sonar convincentes ahora que era mayor y entendía mejor las cosas.

Lexie se levantó de un salto, tomó la mano de su madre y tiró de ella hacia la puerta. Rebecca quería haberse maquillado un poco, pero no importaba si así conseguía dejar de hablar de padres.

–Cuéntame, ¿vas al cole?

Lexie asintió con una sonrisa traviesa en los labios. Ben no sabía muy bien de qué hablar con una niña de tres años y aquel le pareció un tema socorrido. No podía dejar de mirar a su hija mientras desayunaba. Por suerte, Rebecca llevaba siempre cereales, ya que ellos no tenían nada parecido.

Se percató de que Rebecca apenas daba cuenta de su tostada. Se limitaba a mordisquear los bordes y mirar la mermelada como si fuera venenosa. Gus había salido para su habitual ronda. Parecían una familia aburrida, sentados juntos, pero sin hablarse.

–Así que te gustan los caballos –dijo Ben, dispuesto a mantener la conversación a pesar de que se sentía asustado por el simple hecho de estar sentado junto a ella.

Al ver la reacción de Lexie, supo que había dado en el clavo. La pequeña abrió los ojos como platos y se le derramó la leche por la barbilla.

–¿Alguna vez has montado a caballo? –preguntó Ben.

–No.

Se sintió aliviado. Había pensado que nunca daría con un tema del que pudieran hablar.

–¿Quieres ir a montar hoy conmigo?

–¿En un cabello de verdad?

Lexie volcó el cuenco y la leche se derramó, pero a Ben no le importó. Por fin estaba consiguiendo progresos.

–Sí, en un caballo de verdad –respondió sonriendo–. ¿Qué me dices?

–¡Vamos!

–Ejem –carraspeó Rebecca y sonrió forzadamente a Ben–. Lexie, mamá necesita hablar con Ben un momento. Ve a ponerte los zapatos.

Lexie corrió escaleras arriba y Ben miró a Rebecca.

–No sé si quiero que monte a caballo.

–Va a salir a montar conmigo.

Aunque no supiera qué hacer o de qué hablar con ella, era hija suya y tenía que hacerse cargo de la situación a su manera.

No estaba dispuesto a negociar en aquel asunto. No había formado parte de la vida de Lexie porque ella no le había dado la opción, y eso tenía que cambiar. Él era el padre y eso significaba madurar y asumir su responsabilidad.

–Ben…

–¡No! Tú has hecho lo que has querido y ahora es mi turno.

Dejó la taza y se levantó.

Bec bajó la vista y Ben deseó no haber sido tan brusco. Nunca antes le había hablado de aquella manera y no tenía por qué empezar a hacerlo, a pesar de lo que hubiera pasado entre ellos. Se trataba de Rebecca. Habían compartido muchas cosas para comportarse como un completo idiota. Además, aunque le hubiera mentido, todavía sentía algo por ella. A pesar de que fingiera lo contrario, su deseo por Rebecca iba más allá de lo que era capaz de controlar.

Quería odiarla por haberle ocultado aquel secreto. En el fondo, una parte de él la odiaba y no le resultaba agradable. Lo había traicionado, le había causado el mayor dolor de su vida y, aunque sabía que le sería difícil volver a confiar en ella, quería intentarlo.

El impulso de gritar y maldecir se le había pasado, pero seguía sintiéndose furioso. Sabía que tenía que asumir su parte de culpa. Siempre había sido muy claro respecto a su postura sobre la paternidad. La había dejado atrás y había seguido con su vida, a pesar de que había sido consciente de que entre ellos había algo más que amistad. Claro que en el fondo, nunca había pensado que fuera lo suficientemente bueno para ella. Desde entonces había madurado y se había dado cuenta de la clase de hombre que era.

Su cabeza era un revoltijo de ideas y necesitaba salir, estar con sus caballos y alejarse de Rebecca.

Lexie apareció por detrás de su madre y Ben volvió a sonreír. No quería

que su hija los viera discutir y, menos aún, cuando era la primera vez que pasaba tiempo con ella.

–¿Lista? –preguntó Ben.

Lexie se miró los pies y se encogió de hombros. Ben contuvo la risa, se agachó y le hizo apoyar la mano en su hombro para que no perdiera el equilibrio mientras le ponía los zapatos en el pie correcto. Confiaba en poder calmar los nervios con el simple hecho de ayudarla con los zapatos.

Sabía que Rebecca los estaba observando y, cuando Lexie buscó su mano, cerró los ojos. Su hija se sentía lo suficientemente cómoda como para tomarle de la mano.

Ben se giró hacia Rebecca. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero prefirió disimular que no se daba cuenta.

–No sé por qué me lo has ocultado, Rebecca –murmuró en apenas un susurro–. Sinceramente, no lo entiendo.

Lexie no sabría de qué estaban hablando y necesitaba decírselo a Rebecca. Le había hecho mucho daño, y no era algo que pudiera olvidar y superar fácilmente.

–Lo siento, lo siento mucho.

Entonces, algo cambió en Ben. Contemplando la emoción del rostro de Bec y el dolor que reflejaban sus ojos, sabía que su intención no había sido hacerle daño. Cuando le había contado que había intentado protegerlo y hacer lo que creía mejor para su hija, había sido sincera. Pero deseaba haberlo sabido para tomar una decisión acerca de implicarse en la vida de Lexie. Quería que su hija tuviera un padre. En aquel momento, eso era lo único que tenía claro.

Lexie debió de advertir la emoción en la voz de Rebecca y soltó la mano de Ben al darse cuenta de que su madre estaba llorando.

–Mamá, ¿qué te pasa?

Rebecca se secó los ojos y se esforzó en sonreír. Lexie estaba ante ella, con las cejas arqueadas, preocupada por su madre. Le dio un rápido abrazo y apoyó la frente en la de su hija, antes de dirigirle una mirada tranquilizadora.

–Es solo que estoy emocionada de que vayas a montar a caballo, eso es todo.

–¿De verdad? –preguntó Lexie, no muy convencida.

–Sí, de verdad. Adelante, vaquera.

Mientras Lexie se dirigía a la puerta, se acercó a Ben, se secó las lágrimas y respiró hondo.

–Hice lo que creí correcto, Ben –dijo abrazándose y mirándolo directamente a los ojos–. Ahora me doy cuenta de que no fue así. Anoche, cuando te dije que volvería a hacer lo mismo, que no cambiaría nada, no fui sincera –añadió y se mordió el labio para impedir que temblara–. En cuanto te vi con ella, supe que me había equivocado, que tenías que haber sido tú el que tomara la decisión. Pero en su momento, lo único que me preocupaba era ella y no interponerme en tus sueños.

–Eres una madre fantástica –afirmó sin apartar los ojos de los suyos, deseando abrazarla–. Pero no supiste ser una buena amiga.

Rebecca suspiró.

–Tienes razón. Y para que lo sepas, creo que habrías sido un padre estupendo.

Seguía sin agradarle que hablara en pasado.

–Recuperaré el tiempo perdido –dijo él y se sorprendió al oír su voz grave y ronca–. No quiero que siga creciendo sin padre.

Necesitaba saber cuándo se lo contarían, pero no quería discutir. Irían poco a poco. Así tendría la oportunidad de comportarse con naturalidad a su lado, ser él mismo y no tenerle miedo como si de una muñeca frágil se tratara.

Había vuelto a casa y se había encontrado con que tenía una hija. Tenía que madurar y asumir su responsabilidad. No iba a cometer los mismos errores que había cometido su madre. Su hija sería lo primero y no había otra alternativa.

Ben salió y se encontró a Lexie en el porche, entusiasmada.

–¡Vamos, Ben!

Sonrió y la tomó de la mano, dejando que su entusiasmo se le contagiara. Siempre le había dado miedo ser padre, pero de repente, al lado de Lexie, se sentía tan pletórico como hacía años que no se sentía. Excepto cuando había tenido a Bec entre los brazos la otra noche. Todavía no sabía qué hacer ni cómo comportarse con ella, pero algo se le ocurriría.

Capítulo 12

Ben apoyó a Lexie en el lateral del picadero y sonrió al ver la seriedad de su cara. La niña estaba tan emocionada que parecía que le costara respirar.

–Siéntate aquí, cariño –le dijo, poniendo una mano a cada lado de las piernas de Lexie e inclinándose para mirarla a los ojos–. Voy a traer a Willy para que lo montes.

La pequeña abrió los ojos como platos y Ben le guiñó un ojo antes de irse a buscar el caballo.

–No salgas huyendo, ¿de acuerdo?

Parecía una niña tímida, pero decidida y eso le gustaba.

Recogió a Willy y lo acarició mientras caminaban, sin dejar de observar a Lexie que golpeaba con las piernas el tablón sobre el que estaba sentada.

–Lexie, quiero que conozcas a Willy.

Parecía nerviosa. Se estaba mordiendo el labio inferior con los dientes. No sabía si reconfortarla. Era tan pequeña y frágil que no sabía qué hacer.

–¿Alguna vez has acariciado un caballo, Lexie?

La niña negó con la cabeza y Ben se quedó de piedra cuando se aferró a él para que la tomara en brazos y decidió seguirle la corriente.

–Este caballo es muy bueno. Le gusta que lo acaricien aquí – dijo Ben, sonriendo al ver a la niña rozando su hocico–. ¿Sabes? Tu madre montó a Willy el otro día.

Lexie se volvió para mirar a Ben con sus inocentes ojos marrones. No parecía creerse que su madre hubiera montado a caballo, y mucho menos aquel. Luego, volvió a tocar el hocico de Willy con gesto vacilante antes de alzar la mano para acariciar al caballo en la frente.

–Pensaba que tú y yo podíamos montar juntos a Willy. Siéntate delante y daremos un paseo por el rancho.

–De acuerdo.

Su voz era tan suave que parecía un susurro.

Ben volvió a dejarla sobre la valla, ató a Willy un poco más lejos y le puso las bridas y la silla de montar. Ya se preocuparía de cepillarlo más tarde.

Luego desató la soga y volvió junto a Lexie.

–Voy a subirte despacio, y luego me colocaré detrás de ti.

Fue a tomar en brazos a Lexie, pero vio que estaba asustada. Se quedó mirándola, tratando de averiguar qué hacer.

–¿Qué te parece si primero me subo yo y luego te ayudo a montar?

Lexie asintió y Ben rápidamente montó, antes de inclinarse a por ella. La alzó y la colocó delante de él. La niña se recostó y apoyó la cabeza en su pecho mientras él la sujetaba con fuerza con una mano y con la otra llevaba las riendas.

–¿Estás bien, cariño?

–Sí –respondió asintiendo.

Ben agachó la cabeza para hablar a su hija al oído y trató de hacer lo que le parecía más natural. Deseaba susurrarle que era su papá, que tenía un padre que la quería, pero no podía hacerlo. Por muy enfadado que estuviera con Rebecca, quería que las cosas salieran bien. Descubrir que tenía un padre era algo muy especial y no quería estropearlo. Para él habría sido maravilloso descubrir que tenía un padre que además le quería. Había pasado la mitad de su adolescencia tratando de averiguar quién era su padre y, cuando por fin había dado con el hombre con el que estaba vinculado biológicamente, había resultado ser lo peor que había hecho. Su madre era terrible, pero su padre ni siquiera había querido saber que existía.

–Lexie, montar a caballo es muy relajante –le dijo–. Apóyate en mí y siente cada paso. Quiero que te sientas segura aquí arriba. No hay nada que temer.

Sintió que el cuerpo de la pequeña se relajaba un poco. Luego, volvió a apoyar la cabeza en su pecho, y sus latidos se aceleraron. Durante unos minutos, estuvieron dando vueltas en círculos.

–¿Puedes sentirlo?

–Sí.

–¿Seguro?

Él mismo estaba empezando a relajarse. Ya no le preocupaba tener su cuerpo junto al suyo ni estar a cargo de alguien tan frágil.

–Sí, Ben –respondió la niña–. Lo siento.

Sonrió y la atrajo hacia él, antes de dirigir a Willy fuera del picadero para recorrer el rancho. Estaba convencido de que acababa de enamorarse.

Rebecca temblaba hecha un manojo de nervios. No había nada más aterrador que ver a una hija montando a caballo y además junto a su padre. ¿Se lo contaría Ben? ¿Cómo reaccionaría Lexie? Sabía que estaría encantada de tener un papá, pero ¿qué supondría para ellos? ¿Volvería Ben a confiar en ella? ¿Pelearía por su custodia? Todo su cuerpo se estremeció y respiró hondo.

Se quedó observándolos desde la distancia, de pie en el porche, entre la nostalgia de lo que podía haber sido y el temor de lo que pasaría a continuación. Ben y ella habían estado muy cerca de reencontrarse, de vivir en un mundo de fantasía en el que no había lugar para secretos. Suspiró al pensar en la noche que habían compartido.

Cuando pensaba en Ben, le venían a la cabeza recuerdos, todos ellos buenos a excepción del dolor que le había causado el día anterior. Juntos, habían hecho muchas cosas por primera vez: fumarse un paquete de cigarrillos que le habían robado a Gus, emborracharse, aprender a jugar al polo, ensillar un caballo… Durante un tiempo, lo habían compartido todo y habían sido los mejores amigos del mundo.

Pero ella lo había echado todo a perder. Tenía que dejar de lamentarse. Tenía una hija y siempre había sido su prioridad. Al ocultársela a Ben, había perdido la oportunidad de estar con él. Había pensado que nunca volvería a casa, especialmente después de tanto tiempo, pero el pasado era el pasado. Lexie era su futuro. Estaba convencida de que Ben no la perdonaría y nunca podrían volver a ser amigos y, mucho menos, los amantes que habían sido hacía apenas una semana.

Oyó el sonido de los cascos sobre el suelo y volvió a levantar la mirada. Rebecca se había sumido tanto en sus pensamientos, que había bajado la cabeza y había estado mirándose los pies. Willy venía en su dirección y eso significaba que sabía hacia dónde se dirigía Ben. Iban en dirección al río, el lugar donde siempre habían echado carreras con los caballos de polo.

Ben tenía la cabeza gacha mientras hablaba con Lexie, y la pequeña sonreía mientras llevaba las riendas bajo las manos de su padre. Para alguien que hacía un rato no había sabido qué hacer con una niña pequeña, se le veía muy relajado.

En aquel momento estaba en el último escalón del porche y Lexie la vio. Soltó una mano de la silla y la agitó para saludarla, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Hola, cariño.

Su corazón latía desbocado. Lo único que quería era bajarla y protegerla, pero sabía que Lexie estaba en buenas manos. Ben era uno de los mejores jinetes que había conocido y la niña estaba a salvo con él. «El padre de Lexie», se dijo mentalmente. No le sonaba bien. Aunque lo había sabido

desde siempre, le parecía parte de un sueño, de una fantasía. Pero lo cierto era que había vuelto a aparecer en su vida.

Mientras Lexie seguía saludándola sonriente, Rebecca se tragó su orgullo y miró a Ben. La mirada con la que se cruzó la hizo estremecerse. Al pasar cerca, Ben siguió observándola. Sus penetrantes ojos denotaban dolor, decepción y desconfianza. Aunque había algo más. La furia parecía haber desaparecido, lo que le dio esperanzas.

Lo único que importaba era que Lexie estaba sonriendo y que, de ese día en adelante, tendría un padre que la querría. Lexie siempre había tenido una madre dispuesta a hacer cualquier cosa por ella y unos abuelos que la adoraban, pero nada sería comparable a añadir un padre a aquella combinación.

Habían pasado dos horas desde que se marcharan y todavía no habían vuelto. Lexie debía de estar muerta de hambre y Ben debería darse cuenta de que se estaba haciendo tarde. Quizá había pasado algo: una caída, una picadura de serpiente,… –Deja de preocuparte, no sirve para nada.

La voz de Gus la sobresaltó y alzó la vista desde su asiento en un extremo del porche.

–Llevan mucho rato…

–Estarán bien –la interrumpió y se sentó a su lado.

Rebecca empezó a llorar y Gus no hizo ningún intento por reconfortarla. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y, una vez sintió que había aliviado su tristeza, se aclaró la voz.

–Lo que hiciste no estuvo bien, muchacha –dijo con una voz más profunda de lo que Rebecca recordaba.

Ella asintió. Tenía la sensación de que Ben se había confiado a su abuelo y suponía que también se sentiría dolido. Era consciente de que se merecía ser abuelo. Siempre se había portado muy bien con ella y Lexie hubiera disfrutado a su lado. Todo era un desastre y por su culpa. Había intentado desesperadamente hacer lo correcto y lo único que había conseguido había sido empeorarlo todo.

–Eras joven y Ben se marchaba. No fue la decisión más acertada, pero puedo entenderlo. No tenías otra opción si él se iba y tú no podías acompañarlo. Además, ninguno de los dos os dabais cuenta de que erais mucho más que amigos.

Rebecca alzó la mirada, incapaz de creer lo que estaba diciendo.

–¿Tú sí?

–Sí, Rebecca, yo sí me di cuenta –dijo girándose para mirarla– . Pero no es a mí a quien tienes que convencer.

Justo en aquel momento, el trío apareció. Willy avanzaba lentamente, Ben iba sentado erguido y su hija, la hija de los dos, recostada y profundamente dormida.

Rebecca se giró hacia Gus, pero había desaparecido. Al ver la luz que se filtraba bajo la puerta, supo que había vuelto dentro. Deseaba huir antes de tener otra discusión con Ben, pero sabía que tenía que asumir las consecuencias de su decisión. Después del fin de semana, iba a tener que contar su secreto a su familia y a algunos de sus amigos, por lo que las cosas no se iban a poner más fáciles.

El ambiente entre ellos era tenso, a pesar de que ambos intentaban hacer lo mejor por el bien de Lexie. Mientras comían un sándwich, Rebecca observó que a Lexie se le caían los párpados. La niña estaba muerta de hambre, pero una vez recuperado el nivel de azúcar, no paraba quieta.

–¿Quieres echarte una siesta? –preguntó Rebecca, mientras Lexie daba cuenta de su último trozo de sándwich.

–No –respondió con los carrillos llenos–. Ben me ha dicho que me iba a enseñar los potros.

Lo miró y él se limitó a encogerse de hombros. Sabía que no debía negarse en redondo, teniendo en cuenta que Lexie se lo estaba pasando tan bien.

–Quizá más tarde, cariño.

–¿Por qué?

–Porque los potros también duermen siesta. Recuerda que son unos bebés.

Aquella respuesta pareció satisfacer a la niña, que accedió a subir y meterse en la cama. Después de abrigarla, le acarició la cabeza y se quedó observando cómo se dormía, antes de volver abajo con Ben. Lo encontró hojeando el periódico, aunque no parecía muy interesado. –Nos iremos esta tarde.

Aquellas palabras atravesaron la barrera invisible que había levantado entre ellos.

–¿Cuándo? –preguntó él alzando la mirada.

–Antes de que anochezca. Mañana tengo que trabajar.

Ben asintió y siguió pasando las hojas del periódico. No era propio de él mostrarse tan distante. No tenía ni idea de qué hacer. Rebecca se sentía más sola que antes. Era como estar observando la escena desde la distancia, sin formar parte de ella. Porque en todos los años que hacía que conocía a Ben, nunca lo había visto tan resentido, enfadado y taciturno.

–Lexie me ha preguntado cuándo iba a volver y si podría quedarse más tiempo –dijo Ben.

–¿Qué le has contestado?

–Que pronto –respondió encontrándose con su mirada–, aunque debería haberle contestado que podía quedarse para siempre.

–No puedes seguir culpándome –dijo ella, negándose a ser la mala–. Ahora que lo sabes, lo único que falta por resolver es cómo vamos a hacer que esto funcione. Me equivoqué, fui una estúpida, pero nada puede cambiarlo ya.

–La única razón por la que lo sé es porque te viste forzada a contármelo.

Él se levantó y se fue fuera, apretando los puños mientras se alejaba.

–Te quería, Ben –le dijo mirando su espalda–. Te quería entonces y te quiero ahora, y es por eso por lo que no te lo conté. ¿Quieres saber la verdad? Desde el día que volviste, no tuve ninguna duda de que tenía que decírtelo, era solo una cuestión de tiempo y de encontrar la manera.

Al ver que no se detenía ni se giraba para mirarla, que no se daba por enterado de lo que le acababa de decir, pensó que todo había acabado. Si hubiera estado dispuesto a perdonarla, ya lo habría hecho.

Rebecca subió a su habitación. Lexie estaba profundamente dormida. Guardó toda la ropa sin perder el tiempo en doblarla y bajó la bolsa de viaje al coche. Luego volvió a subir y tomó a Lexie en brazos.

La pequeña murmuró algo con los ojos entreabiertos y Rebecca le sonrió. Apenas tardó un momento en meterla en el coche, colocarla en su asiento y ponerse al volante. Había llegado el momento de volver a casa y alejarse de Ben.

Capítulo 13

Rebecca observaba a Lexie jugando con sus primos. Su hermano Ryan y su esposa Lucy tenían gemelos, y la niña lo pasaba muy bien con ellos. No se imaginaba enamorándose de nuevo, y menos aun casándose y teniendo más hijos, especialmente después de haberlo estropeado todo con Ben. Sacudió la cabeza en un intento por apartar aquellos pensamientos. Después de pasar la otra noche con él, había albergado esperanzas, pero siempre había sabido cuál era la realidad.

El ambiente era alegre y relajado como siempre que la familia se reunía, y era eso en lo que tenía que pensar. Sus padres, jubilados, disfrutaban cuidando de sus nietos, organizando comidas familiares y viajando por Australia. No renunciaría a aquellos domingos juntos por nada. Su familia significaba todo para ella y, de no haberla tenido, no sabía cómo se las habría arreglado aquellos últimos años.

De nuevo, volvió a pensar en Ben. Respiró hondo mientras veía a los niños corriendo por el patio. Cada vez que tenía un segundo libre, pensaba en él. No podía olvidar la expresión de su rostro mientras le había estado enseñando a montar a Lexie. Al principio se había mostrado incómodo con ella, pero poco a poco había ido relajándose.

Su padre los llamó desde la barbacoa y, al levantarse, se dio cuenta de que se había mojado el trasero con la hierba.

–La carne está lista –gritó su padre, por si acaso no lo habían oído la primera vez.

La madre de Rebecca apareció en la puerta de la casa, con una gran ensaladera. Sonrió a su hija al pasar a su lado y Bec volvió a ponerse nerviosa. Aquel era el día en que iba a contarles su secreto. La única razón por la que había ocultado la paternidad de Lexie había sido por protegerlo, pero había llegado el momento de acabar con las mentiras. Ellos eran su familia y se sorprenderían al enterarse, pero se lo perdonarían. No como Ben. Su madre se llevaría un disgusto, más por el hecho de que se lo hubiera ocultado a él que a ellos.

Los gemelos y Lexie volvieron de su casita de juegos, y Rebecca sirvió una salchicha en un plato.

–¿Quieres que les sirva a tus hijos? –le preguntó a su cuñada.

Lucy negó con la cabeza y se levantó de su asiento. El hermano de Rebecca se quedó mirando a su esposa desde el lugar que ocupaba en la mesa. Lucy estaba en avanzado estado de gestación y Ryan se esmeraba en su papel de marido protector.

Dejó a un lado sus pensamientos, tomó un trozo de pan y lo embadurnó de salsa de tomate antes de meter la salchicha dentro. Lexie se acercó a ella y se quedó esperando.

–¿Por qué no vas a comerte esto a la casita de juegos?

Lexie asintió, tomó el plato y le sonrió.

–¿Y Leo y Sammy? –preguntó Lexie.

Rebecca miró a los niños y sonrió. Los gemelos eran algo mayores que Lexie y adoraban a su prima, a la que siempre incluían en sus juegos.

–Su mamá les está preparando lo suyo –respondió Rebecca, chupándose la salsa que le goteaba por un dedo–. ¡Y nada de correr con la boca llena!

Volvió a sentarse a la mesa y se puso a juguetear con el borde de la servilleta. Aquello iba a ser duro. Los demás estaban a lo suyo: Lucy estaba llenándose el plato de comida, su madre daba vueltas a la ensalada y su padre servía la carne. Solo su hermano la observaba. Estaba sentado frente a ella en la mesa y la miraba con las cejas arqueadas como si le estuviera haciendo una pregunta sin palabras.

–¿Lo pasaste bien en el partido de polo, o fue solo trabajo y nada de diversión? –preguntó Lucy.

Bec sonrió y se clavó las uñas en las palmas. Tenía que aprovechar el momento.

–Estuve ocupada, pero lo pasé bien. Servimos mucha comida y a la gente pareció gustarle mucho. Luego estuve hablando con Ben.

Todos la estaban mirando, atentos a sus palabras.

–Qué ilusión reencontrarte con Ben, ¿no? –dijo su madre.

Rebecca contuvo un suspiro. Sus padres lo querían como si fuera un hijo, razón por la cual iba a ser más difícil darles la noticia.

–Bec, ¿estás bien? Pareces un poco…

Ryan seguía observándola con aquella mirada inquisidora. No cesaría hasta descubrir qué era lo que pasaba.

Bec respiró hondo y se pasó la lengua por los labios. Tenía la boca seca. Allí estaba, rodeada por la gente que más la quería. Necesitaba sacarse aquella espina cuanto antes. Miró a su alrededor para asegurarse de que Lexie no estuviera cerca. Cuando se volvió, todos seguían a la espera. Odiaba ser el

centro de atención.

–Yo, bueno…

Su madre dejó el tenedor en la mesa. Cada sonido y cada gesto, estaban provocando que su pulso se acelerara. Cerró los ojos un momento y trató de reunir todo el coraje que pudo.

–Todos sabéis que últimamente he estado pasando tiempo con Ben. Ha vuelto a Australia para quedarse.

–Eso es estupendo –dijo su madre sonriendo–. Así tendréis ocasión de retomar vuestra amistad.

Su hermano parecía presentir que pasaba algo, ya que seguía mirándola de aquella manera.

–Lo que intento deciros es que durante el partido, le conté a Ben algo que le había ocultado a él y a todos vosotros.

Aquello evitó que su madre dijera nada más. Rebecca trató de contener las lágrimas, en un intento por no venirse abajo.

–Ben es el padre de Lexie.

Lo dijo tan rápido que dudó si la habían oído. Pero al ver la expresión de todos, supo que la habían oído muy bien, pero que ninguno se atrevía a hablar.

–¿Cómo?

Ryan fue el primero en reaccionar. Se puso rojo y dio un puñetazo a la mesa.

El estrépito de la cubertería la sobresaltó. En su día, su hermano no se había tomado bien la idea de que fuera a tener un hijo sola, así que descubrir que Ben era el padre debía de haber sido toda una sorpresa. Seguramente más para él que para sus padres.

–Antes de que empecéis a sacar conclusiones –dijo mirando fijamente a Ryan–, quiero que sepáis que Ben no lo sabía. Acabo de decírselo. Y no penséis que es el malo de esta historia. Si alguien tiene la culpa, soy yo.

Su madre parecía a punto de llorar y su padre volvió junto a la barbacoa. Ryan seguía mirándola.

–¿Quieres decir que Ben McFarlane te dejó estando embarazada?

Rebecca miró a ambos lados. No quería tratar con su hermano estando tan alterado. Lucy fruncía los labios y confiaba en que su cuñada fuera capaz de tranquilizar a su hermano.

–Ben no sabía que estaba embarazada cuando se marchó. Si lo hubiera sabido, se habría quedado, te lo aseguro.

–¿Cuándo vais a casaros? –preguntó Ryan.

–Ryan, no voy a casarme con él. Ni siquiera se lo hemos contado a Lexie aún. Es difícil –dijo sacudiendo la cabeza–. Por eso no se lo conté, porque sabía que se habría querido casar por obligación y lo último que quería era que renunciara a su sueño y que se sintiera resentido con nosotras por verse atado.

Por no mencionar el hecho de que nunca había pensado que se mereciera a alguien como él.

–Si lo piensas, se parece a Ben –comentó su madre.

–No puedo creer que nos lo hayas ocultado durante todo este tiempo. Todas aquellas tonterías que nos contaste…

Rebecca sacudió la cabeza y se levantó de la mesa interrumpiendo a su hermano.

–¿Sabes qué? No debería haber mentido, pero no te debo ninguna disculpa. Al único que tengo que pedir perdón es a Ben y sabe Dios que lo he hecho un montón de veces estos días. Pero Lexie es mi hija y quien sea su padre, es asunto mío.

Dejó la mesa enfadada y entró en la casa directa al cuarto de baño, donde rompió a llorar. Nunca antes había hablado a su familia de aquella manera y se arrepentía de haberlo hecho.

Sentía mucho todo el daño que estaba causando por no haber contado la verdad. Pero ¿tan malo era haber intentado proteger a su hija, a Ben y a su propio corazón? ¿Tan terrible era haber dejado que Ben fuera tras sus sueños?

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

–Déjame pasar, por favor.

La voz suave de su madre aumentó sus deseos de llorar. Abrió la puerta y se fundieron en un abrazo. Todo el cuerpo le temblaba mientras lloraba y lloraba. Se sentía de nuevo como una niña, envuelta en el reconfortante abrazo de su madre.

–No pasa nada, cariño, nadie está enfadado contigo.

Sabía que Ryan no tardaría en perdonarla, pero su madre se equivocaba. Sí que había alguien enfadado con ella y tenía el corazón hecho pedazos. Le había hecho mucho daño a Ben y quería arreglarlo. No lo quería solo como amigo, sino como padre de su hija y amante.

Su madre la abrazó con fuerza y la meció en sus brazos, como Rebecca solía hacer con su hija para reconfortarla.

–Todo saldrá bien.

–Le quiero, mamá, le quiero mucho.

–Lo sé, cariño. Siempre le has querido.

–Nunca he dejado de quererlo.

Rebecca cerró los ojos y deseó poder borrar de su memoria el rostro de Ben, sus caricias, su olor… Nunca había dejado de amarlo y, justo cuando casi volvía a tenerlo, lo había perdido para siempre. Y todo por su culpa.

El sol pegaba fuerte en los brazos de Ben, pero no estaba dispuesto a darse por vencido. Estaba sudando y decidido a continuar.

–¡Ben!

Oyó a Gus llamarlo, pero no prestó atención. Necesitaba unos minutos más, media hora tal vez, para conseguir domar a la potra. El animal seguía dando vueltas alrededor de él, resoplando con su peculiar arrogancia, burlándose de ella a su manera. Pero estaba decidido a conseguirlo.

–¡Ben!

Esta vez, la voz sonó más cerca, pero siguió ignorándola hasta que sintió una mano firme en el hombro.

–Ya está bien.

Tardó unos segundos en comprender el significado de las palabras y, al sentir la presión en su hombro, se detuvo.

–He dicho que ya está bien.

Ben se giró lentamente y miró a su abuelo.

–Quiero que te marches y que no vuelvas a trabajar con ningún caballo hasta que estés tranquilo.

Optó por no contestar. Su abuelo no tenía por qué soportar su mal humor. Además, el viejo tenía razón. No debería haberse puesto a trabajar con una potra tan joven en aquel estado. Lo sabía muy bien y no hacía falta que Gus se lo recordara.

Ben miró al animal como si quisiera disculparse con él y salió pasando por entre las tablas. Gus salió por el portón. No había sido muy duro con la potra, pero no había tenido la paciencia necesaria para un caballo que necesitaba más persuasión.

–¿Qué es lo que quieres, hijo?

Ben cerró los ojos un instante antes de volverse hacia su abuelo. Necesitaba encontrar la manera de apartar todos aquellos pensamientos,

respirar el aire puro del rancho y tomarse un descanso.

–Te he preguntado que qué quieres –repitió su abuelo.

Era evidente que el viejo no estaba de buen humor. Le había hecho una pregunta y quería una respuesta.

–No lo sé.

–Sí, lo sabes –replicó Gus–. Sabes exactamente lo que quieres, solo tienes que admitirlo.

Permanecieron mirándose largos segundos, antes de que Gus echara a andar con la ayuda del bastón.

–Voy por unas cervezas. Vete pensando la respuesta.

Ben se sentó en la barandilla y se llevó la cerveza a la frente. La sensación fría y húmeda lo ayudaba a reducir la temperatura corporal, pero no a olvidarse de sus pensamientos. Sentía la mirada de su abuelo en él y sabía que tenía que decir algo.

–Quiero que Lexie sepa que soy su padre. Quiero disfrutar de mi hija –dijo y contuvo la respiración antes de exhalar lentamente–. Quiero saber cómo comportarme cuando esté con ella, cómo ser su padre.

Gus sacudió la cabeza y dio un trago a su cerveza sin apartar la mirada de Ben.

–¿Qué más quieres?

Ben se encogió de hombros. Gus no se dejaba engañar por la indiferencia que trataba de mostrar.

–Quiero a Rebecca, la quiero con todas mis fuerzas. ¿Es eso lo que quieres oír? –dijo saltando de la barandilla y caminando hasta el otro extremo. Gus se limitó a sonreírle.

–Eres un idiota, ¿lo sabes? Métete en el coche y no vuelvas hasta que se lo hayas dicho.

Ben dejó la cerveza y se acercó a su abuelo. De repente tuvo la sensación de que no habría sabido qué hacer sin él. No podía soportar la idea de no tenerlo a su lado y eso lo asustaba.

–Ven aquí, cascarrabias.

Gus se puso de pie y se abrazaron. Era la clase de abrazo con el que Ben siempre había contado de niño, la clase de apoyo que todo ser humano necesitaba en la vida.

–¿Sabes ese poni del que hablamos?

–Enseguida me pongo con ello –respondió Gus.

–Estupendo. Me voy a buscarlas, a ver si consigo que vuelvan.

Capítulo 14

El restaurante estaba a rebosar, lo que hacía más fácil que Ben pasara desapercibido. Había ido directamente a casa de Rebecca, pero se había imaginado que estaría trabajando.

Siempre había estado muy concurrido, pero había algo diferente. Se preguntó si sería el toque de Rebecca lo que lo había convertido en un lugar todavía más especial de lo que era antes. Siempre había sido uno de los restaurantes italianos más frecuentados de Melbourne y aquellos ligeros cambios lo hacían un lugar más acogedor.

Ben mantuvo la cabeza gacha y se sentó en una mesa libre. Odiaba estar hecho un manojo de nervios. Jugueteó con la carta, pero apenas reparó en lo que ponía. Le daba igual qué comer. Lo único que le preocupaba era la mujer a la que había ido a ver.

–¿Quiere saber cuál es el plato del día?

Alzó la mirada y se encontró con unos bonitos ojos azules, pero no eran los de Rebecca. No quería ser descortés con la joven, así que amablemente le dijo que no y pidió espaguetis a la boloñesa.

Observó el ir y venir de la gente y escuchó sus conversaciones, pero lo único que quería era ver a Rebecca. Echó un vistazo por las mesas y luego dirigió la mirada hacia la cocina, buscándola. Entonces la vio aparecer con un plato humeante en cada mano. Llevaba su melena rubia recogida en una coleta que se agitaba de un lado a otro con sus movimientos. Tenía una sonrisa en los labios y parecía feliz. Confiaba en que su expresión no cambiara cuando lo viera.

La vio dirigirse a una mesa y dejar los dos platos, antes de volver a la cocina. Ben hizo acopio de su fuerza de voluntad para no levantarse y salir tras ella.

Fijó la vista en la cocina y esta vez reapareció enseguida, llevando un solo plato. Ben se irguió en su asiento, tratando de relajarse. Diez pasos, ocho, seis… entonces lo vio.

Miró por encima del hombro y luego al plato, como si deseara haberse equivocado. Se detuvo y Ben se puso de pie.

–Creo que esos son mis espaguetis.

Seguía confusa, así que Ben recorrió los escasos pasos que los separaban y tomó el plato en sus manos. –¿Puedes sentarte un momento? –preguntó.

Ella sacudió la cabeza. Parecía a punto de salir en dirección contraria.

–Por favor.

–No puedo –balbuceó–. Estamos llenos y tengo que servir los platos.

Se quedó mirándola a los ojos y luego asintió.

–De acuerdo. Esperaré.

Rebecca retrocedió unos pasos antes de volver a toda prisa a la cocina. Ben se sentó e intentó comer, pero tenía otro tipo de hambre. Después de haberla visto, estaba seguro de que la quería. Esta vez no iba a dejar que nada se interpusiera. Bec le había pedido perdón y era hora de dejar atrás el pasado y formar una familia. Ya había malgastado mucho tiempo como para perder más comportándose como un idiota. Había vuelto para quedarse y nada se iba a interponer en su camino.

Apenas quedaba un puñado de clientes. Ben dejó la taza de café. Era la tercera y ya tenía suficiente cafeína en el cuerpo como para tres días.

No había dejado de observar el ir y venir de Rebecca a la cocina, y estaba esperando que volviera a aparecer. Hacía unos minutos que había desaparecido y no había vuelto. Cabía la posibilidad de que se hubiera ido por la salida de emergencia, pero no la creía capaz. Sabía que acabaría dando con ella y la obligaría a escucharlo. Si temía que volviera a enfadarse con ella, estaba muy equivocada. Tenía que admitir que no había reaccionado bien, pero estaba dispuesto a compensarla. Iba a ser un buen padre aunque eso lo aterrorizara y, si se lo permitía, recuperaría el tiempo perdido con ella.

Sonrió al ver aparecer a Rebecca dirigiéndose hacia él, todavía con el mandil puesto. Cuando estaba cerca, se echó las manos a la espalda y se lo quitó. Llevaba unos vaqueros oscuros, una sencilla camiseta negra y unas bailarinas. Estaba muy guapa.

–Hola –dijo Ben.

Se levantó y le apartó la silla. Ella se sentó y jugueteó con el mandil.

–Tenía que verte, Bec –comenzó–. Tal y como te fuiste el otro día, no supe qué hacer.

–¿Qué esperabas? –replicó en voz baja, enfadada–. Dejaste bien claro que no querías tenerme cerca.

–Bec…

Aquello no iba bien. Había ido hasta allí seguro de lo que le iba a decir, había imaginado la conversación una y otra vez mientras la había estado

esperando y, en aquel instante, apenas podía articular palabra.

–No, Ben, déjame que siga hablando. No voy a pedir perdón más veces porque ya has dejado bien claro que no vas a perdonarme. Así que, ¿a qué has venido?

Permaneció callado. Estaba equivocada, pero no era el momento de interrumpirla. Parecía tener algo que decirle y se iba a sentar a escucharla.

–Lexie es tu hija y tienes derecho a formar parte de su vida. Podemos negociar un acuerdo, algo que nos vaya bien a ambos. Mi familia ya lo sabe, así que ya no es ningún secreto.

–¿Dónde está ahora?

–En casa de mis padres. Está un poco acatarrada, así que la he dejado allí en vez de llevarla a la guardería.

–¿Pero está bien, no?

Rebecca asintió y se puso de pie.

–Siento si has venido hasta aquí solo para verla. Ahora, tengo que ayudar a recoger. Esta noche estoy libre y quiero dejar todo listo para el turno de la cena.

Ben también se levantó. Había muchas cosas que quería decirle, pero aquel no era el lugar ni el momento adecuado. Tenía que encontrar la manera de demostrarle lo que sentía para que le creyera cuando le dijera que la quería. No solo porque tuvieran una hija en común o porque quisiera formar parte de la vida de Lexie. También quería a Rebecca, independientemente de que tuvieran una hija y, antes de que acabara el día, se lo diría.

Ben detuvo el coche a la puerta de la casa de los Stewart. No había pasado mucho tiempo allí en su juventud porque Rebecca y él preferían los establos, pero aun así se acordaba muy bien.

Había un coche aparcado que no conocía y esperaba que quien fuera, se marchara enseguida. No tenía mucho tiempo antes de que Rebecca llegara y necesitaba hablar con sus padres. También quería pasar un rato con su hija.

Cruzó la calle y respiró hondo. Era curioso pensar que Lexie no supiera que era su padre. Estaba deseoso de verla. En los últimos días, no había dejado de pensar en Rebecca y en la niña.

Apretó el timbre y esperó. Unos segundos más tarde, una mujer embarazada abrió la puerta.

–Hola.

–Eh, hola –dijo respondiendo al saludo–. ¿Es esta la casa de los Stewart?

Unos pasos y unos gritos lo tomaron por sorpresa. La mujer rio y tres pequeños a medio vestir aparecieron corriendo por el pasillo.

–Lo siento –dijo la mujer.

–¡Ben!

Al instante reconoció a Lexie.

–Hola, Lexie.

La pequeña se acercó y lo tomó de la pierna. Ben se agachó y sintió su pelo mojado en el pecho.

–¿Qué estabas haciendo?

–Una guerra de agua –dijo encogiéndose de hombros–. Se supone que estoy enferma, pero me encuentro bien.

–¿Tú eres Ben?

La mujer que le había abierto la puerta lo miraba sonriente.

–Soy Ben McFarlane –respondió, tendiéndole su mano libre–. ¿Y tú?

–Soy Lucy, la esposa de Ryan.

–¿Puedo pasar?

Rebecca subió la radio y se puso a cantar. Después de haber visto a Ben, se sentía peor que el primer día. Había sido una estúpida por decirle que lo amaba, y no había dejado de recordar ese momento una y otra vez en su cabeza.

Aparcó en el camino de entrada de la casa de sus padres y reparó en un coche negro aparcado en la acera. Le resultaba familiar y apenas tardó unos segundos en caer en la cuenta. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Habría ido a buscar a Lexie?

Rebecca corrió hacia la puerta. Aunque solo quisiera ver a su hija, no podía aparecer sin más y llevársela.

–¡Mamá! –gritó–. ¡Lexie!

No había nadie en la casa. Corrió al salón y luego a la cocina, preocupada de que algo hubiera pasado. ¿Dónde estaban?

Entonces vio las puertas que daban al jardín abiertas y se encontró con su peor pesadilla. Ben estaba sentado junto a su madre, en unas sillas que habían colocado en la hierba. Lucy se estaba abanicando debajo de un árbol y su

padre estaba junto a la manguera. Lexie chillaba feliz junto a sus primos, deslizándose sobre una superficie mojada de plástico.

Rebecca miró a Ben. Acababa de decir algo divertido y su madre reía, echando hacia atrás la cabeza. Se sintió aturdida. Aquella escena le resultaba extraña.

–¡Mamá!

Lexie fue la primera en verla. La saludó con la mano y siguió corriendo.

Ben se levantó y se dirigió hacia ella. Rebecca sintió el impulso de salir corriendo, pero se obligó a permanecer donde estaba. Era evidente que no había ido a llevarse a Lexie. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó sin perder el tiempo.

Él sonrió de oreja a oreja y se encogió de hombros.

–Esa no era la bienvenida que esperaba.

Fue a tomarla del brazo, pero ella lo esquivó.

–Supongo que querrás recuperar el tiempo perdido, pero esto es duro para mí.

–Rebecca…

–No, Ben, no te molestes. No debería habértelo ocultado. Sé que a quien quieres es a Lexie y no a mí. Debería haber cerrado la boca.

–Rebecca…

Alzó la vista y se encontró con sus ojos chocolate.

–Necesito que vengas conmigo. Le he pedido a tu padre que se ocupe del restaurante mañana. Necesito que Lexie y tú me acompañéis.

–No tienes derecho a venir aquí y poner patas arriba mi vida –susurró ella, consciente de que todos los ojos estaban puestos en ellos–. No puedo creer que pretendas decirme lo que tengo que hacer.

–¿Sabes una cosa, Bec?

–¿Qué?

–Cállate y por una vez haz lo que te pido, ¿de acuerdo? –dijo él riendo–. ¿Alguna vez te han dicho lo guapa que te pones cuando te enfadas?

Vio por detrás de él a su madre sonriendo. Seguramente nunca había escuchado a nadie dar órdenes a su hija de aquella manera. Justo cuando necesitaba contar con alguien a su lado, toda su familia estaba en el bando contrario. Dirigió una mirada indiferente a Ben, pero tenía que admitir que le agradaba verlo riendo y bromeando. Le recordaba al Ben que había conocido.

–De acuerdo –respondió.

Poco a poco, se le fue pasando el enfado.

Ben sonrió y se volvió hacia los niños.

–Lexie, vamos, cariño. Tengo una sorpresa para ti.

Rebecca sacudió la cabeza y su madre la miró, encogiéndose de hombros. Su padre fingió estar atento al juego de los niños y Lucy le hizo un gesto de aprobación con el pulgar. Era como si todos supieran lo que estaba pasando menos ella, y eso no le agradaba. Le gustaba tener el control, planearlo todo hasta el último detalle y ser ella la que organizara a los demás.

Ben no tenía derecho a colarse en la casa de sus padres y decirle qué tenía que hacer.

Volvió a mirar a su madre y a su cuñada, y luego a Ben. Todos sonreían como idiotas. No tenía ninguna duda de que aquello era una emboscada.

Capítulo 15

A Rebecca no le gustaban las sorpresas y no le agradaba que Ben hubiera estado con sus padres sin hablar con ella primero.

El coche disminuyó la marcha. Rebecca no podía creer que ya hubieran llegado al rancho de los McFarlane.

–¿Ya hemos llegado?

La voz somnolienta de Lexie rompió el silencio.

–Sí, ya hemos llegado –respondió Ben.

¿Era ella la única que no se alegraba? Ben había ido sonriendo todo el camino y Lexie no había parado quieta de la emoción hasta que se había quedado dormida, y de nuevo estaba inquieta. Rebecca se sentía decaída. Tenía un nudo en el estómago y la sensación de que algo no iba bien, pero no podía hacer nada. Ben le había pedido que le hiciera caso y estaba cansada de discutir y de pensar que todo era culpa suya. Además, no le agradaba estar cerca de él sabiendo que nada podía pasar.

Cuando el coche se detuvo, Rebecca se bajó y ayudó a Lexie. Su hija se fue directamente a Ben, saltando a su alrededor como si fuera un perrito.

Rebecca quería sentirse feliz de que Lexie fuera a tener un padre, pero le resultaba difícil. Era evidente que Ben se sentía cautivado con su hija, quien estaba encantada con él, y estaba desolada. No había estado bien ocultarle la verdad, pero ¿qué más podía hacer que pedirle perdón? Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para arreglar las cosas entre ellos.

–¿Vienes, Bec?

Al oír a Ben se puso en marcha y los siguió.

–Venga, mamá –la llamó Lexie.

Nada más alcanzarlos, vio a Gus saludando antes de que desapareciera en el establo. Algo pasaba. Tenía la sensación de que todo estaba demasiado tranquilo.

–¿Estáis listas para una sorpresa?

Lexie asintió. Ben dirigió una mirada significativa a Rebecca y señaló a Lexie. Se quedaron mirándose unos segundos antes de que ella asintiese. No podía hacer nada más. El mensaje estaba claro en sus ojos. Iba a contarle a

Lexie que era su padre. Preferiría que hubieran hablado de ello antes, pero le correspondía a él decidir cuándo y cómo decírselo. Ben se acercó a ella y se sintió culpable por querer seguir ocultándoselo.

–¿Te parece bien que se lo diga? –preguntó Ben en voz baja, acercándose a su oído.

–Sí.

¿Qué otra cosa podía decir?

–Lexie, hoy es un día muy especial –dijo tomando a la niña en brazos–. ¿Sabes por qué?

–¿Porque no he ido a la guardería?

Lexie miró a Ben entornando los ojos porque tenía el sol de cara. Él rio y la bamboleó antes de colocarla sobre sus hombros. Rebecca se mantuvo apartada. Tenía el cuerpo paralizado, los ojos húmedos y las manos sudorosas. Lo único que podía hacer era observar y sentir que se le rompía el corazón en pedazos. Para cualquiera que lo viera desde fuera, podía parecer una escena idílica, pero la realidad era que Lexie había ganado un padre y ella había perdido un amigo. No había otra posibilidad que ser unos padres civilizados, sin opción a reconciliarse. Sus sentimientos hacia ella lo habían dejado claro.

–Hoy es un día especial porque vas a saber quién es tu papá.

Rebecca escuchaba a Ben, mientras Lexie cambiaba de expresión.

–¿Dónde está? –preguntó la pequeña.

Ben sonrió. Rebecca no le había visto antes tan contento.

–Yo soy tu papá, Lexie –dijo sencillamente–. Soy yo.

–¿Cómo puedes ser mi papá? Tú eres Ben.

–Sé que es difícil de comprender, pequeña, pero te prometo que soy tu papá y que siempre me tendrás.

Lexie se retorció en sus hombros, así que la bajó y se quedó con ella en brazos para que pudiera verlos a ambos. Rebecca tenía lágrimas en los ojos, pero trató de contenerlas.

–Mamá, ¿sabes que Ben es mi papá?

Eso provocó que se rieran. Rebecca se limitó a sonreír tratando de mostrarse alegre, mientras observaba a Lexie acomodarse en brazos de Ben sin dejar de mirarlo. Su hija era dulce y cariñosa, y viéndola en brazos de su padre se sentía feliz. Le habría gustado que aquel mismo hombre hubiera querido tener a ambas entre sus brazos y formar la familia que siempre había deseado. Le rompía el corazón pensar que Ben pudiera conocer a alguien algún día y que Lexie estuviera con su padre y esa otra mujer.

–Hay una sorpresa más.

Rebecca alzó la vista. ¿Qué estaba pasando?

Lexie se agitaba tanto que Ben tuvo que dejarla en el suelo. Nada más hacerlo, apareció Gus precediendo el poni más bonito que Rebecca había visto en su vida.

La niña se quedó quieta, aferrada a Ben.

–Este es un regalo de tu padre.

Rebecca observó cómo Lexie desviaba la mirada desde el poni a Ben.

–Ya que te gustan tanto los caballos, creo que te mereces tener un poni, sobre todo si vas a empezar a venir por aquí.

Lexie se acercó e inspeccionó cada centímetro del animal, acariciándolo y hablándole todo el tiempo.

Ben la dejó bajo la atenta mirada de Gus y volvió junto a Rebecca. Su abuelo sonreía de oreja a oreja.

–Tenemos que hablar –dijo Ben en voz baja–. ¿Te apetece dar un paseo?

Rebecca asintió, sintiéndose paralizada.

–Venga, vamos.

Lo siguió sin llegar a entender qué estaba pasando. No sabía qué esperar y, por primera vez aquella tarde, empezaba a creer que podía ser algo bueno.

Durante un rato, estuvieron montando en silencio. Rebecca no tenía ni idea de a dónde iban, por qué estaba allí o qué quería decirle Ben. Quizá solo quería llegar a un acuerdo sobre la custodia. Tragó saliva y sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos. Lo que tenía que hacer era dejar de pensar.

De repente, Ben se detuvo y ella hizo lo mismo, quedándose a la espera.

–Bajémonos aquí.

Rebecca lo imitó, deseando que la hubiera ayudado como había hecho la primera vez que había montado con él desde que volviera. Deseaba sentir sus manos sobre su cuerpo. Era un deseo peligroso, lo sabía, pero no podía evitarlo. Además, ya no necesitaba su ayuda. No era la misma amazona tímida de aquel día.

Ben tomó las riendas y ató ambos caballos a un tronco caído que había en la sombra. El día había sido caluroso, pero la brisa del final de la tarde hacía la temperatura soportable.

–Espero que no te haya molestado que se lo haya dicho.

–Ya hará preguntas más tarde, cuando haya procesado la información.

–¿Pero te ha parecido bien?

–Es tu hija, Ben. Tienes todo el derecho a contárselo.

–¿Y el poni?

Ben sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Era evidente que estaba muy orgulloso del poni que le había regalado y se merecía disfrutar del momento.

–Ha sido muy amable de tu parte. Es el mejor regalo que podrías haberle hecho.

Se sentaron unos minutos más. Rebecca se sentía incómoda. Había pensado en él cada día desde que se marchara, y más aún desde la discusión del otro día. Le habría gustado que las cosas hubieran sido diferentes, habérselo contado sin haberse visto obligada a hacerlo. Desearía poder volver atrás en el tiempo y cambiarlo todo, pero no podía hacerlo y tenía que asumirlo y seguir con su vida.

–¿No vas a quitarme la custodia, verdad? La quiero mucho, Ben, no podría soportar… –dijo y su voz se quebró–. Solo quiero protegerla.

Ben no contestó, pero se acercó a ella en el tronco en el que estaban sentados.

–No te he traído aquí para hablar de Lexie. Y puedes estar segura de que no pienso quitártela –le aseguró con la mirada perdida en la hierba–. Quiero decirte que lo entiendo. Sé por qué hiciste lo que hiciste y quiero que sepas que te perdono.

Fue a decir algo, pero volvió a cerrar los labios. ¿La perdonaba?

–Estos últimos días he tenido tiempo de pensar –continuó–, y me he dado cuenta de que he sido un idiota. Estaba dolido, pero aun así, debería haberte escuchado. Éramos buenos amigos, Bec. Me conocías tan bien muy bien y fue duro oírte decir el otro día que sabías el miedo que me daba ser padre después de todo por lo que había pasado. Tenías razón, no quería admitirlo.

–Nunca debí habértelo ocultado –replicó ella–. Estuvo mal, lo sé.

Ben la tomó de la mano y ella se contuvo para no retirarla. No quería que sintiera lástima por ella. Solo quería llegar a un acuerdo para criar a la niña.

Ben le apretó la mano para que no la apartara.

–¿De verdad me querías?

El corazón de Rebecca se detuvo un instante, antes de empezar a latir con fuerza.

–Sí.

No tenía sentido mentir. Ya le había contado el otro día sus sentimientos y nada había cambiado.

–Bec –dijo poniéndose de pie y dando unos pasos antes de volver a colocarse ante ella.

–Lo siento, Ben. Me gustaría poder decirte que solo quiero que seamos amigos, pero sería mentira.

–Ya te has disculpado lo suficiente –susurró–. Te perdono, Rebecca.

Ella alzó la mirada y al encontrarse con sus ojos, sintió que la sangre volvía a correrle por las venas.

Ben se puso de rodillas y tomó sus manos entre las suyas. Rebecca no sabía hacia dónde mirar. ¿Qué estaba haciendo?

–Bec, ¿quieres casarte conmigo?

Capítulo 16

Rebecca contuvo la respiración. ¿Casarse con él?

–Ben, no puedes hablar en serio.

–Hablo muy en serio –replicó sosteniéndole la mirada, con las manos entrelazadas–. ¿Quieres casarte conmigo?

Retiró la mano, a pesar de que deseaba desesperadamente lanzarse a sus brazos.

–No.

Ben se quedó mirándola fijamente.

–¿Qué quieres decir con que no?

Rebecca parpadeó repetidamente para evitar que se derramaran las lágrimas, se puso de pie y se dirigió al caballo. Willy esperaba pacientemente y cuando fue a tomar las riendas, una mano fuerte se lo impidió. Ben la tomó del brazo, impidiendo que se moviera.

–Suéltame –murmuró, a pesar de que pretendió sonar enérgica.

–No.

Ben siguió sujetándola del brazo y la tomó por la otra muñeca. No tenía posibilidad de soltarse.

–No vas a ninguna parte.

–Suéltame, Ben –dijo forcejeando para liberarse–. Me estás haciendo daño.

La soltó de la muñeca y aflojó la fuerza del brazo.

–¿Por qué?

Rebecca se apoyó en el caballo y miró con tristeza a Ben.

–Por la misma razón que no te hablé de Lexie desde el principio.

Ben parecía confundido. Se cruzó de brazos y se quedó mirándola.

–No quería que te casaras conmigo solo por hacer lo correcto y tampoco quiero que lo hagas ahora. No me debes nada, Ben. No tienes que casarte conmigo por un sentido del deber.

–¿Sentido del deber? ¿Es eso de verdad lo que piensas?

–No sé –respondió, esforzándose por no llorar–. O por lástima, llámalo como quieras. No tienes que proponerme matrimonio solo porque te sientas obligado a hacerlo.

Ben dio un paso hacia ella y la sujetó suavemente por ambos brazos. Bec cerró los ojos e intentó no pensar en lo agradable que era sentir su piel junto a la suya. El hombre de sus sueños acababa de pedirle que se casara con ella, la estaba tocando, pero no era real. Siempre había sabido que asumiría su responsabilidad y allí estaba, siendo honesto a sus principios. –Rebecca, mírame –dijo tomándola de la barbilla para obligarla levantar a la vista.

Sin previo aviso, Ben la besó en los labios, tomando su boca con fuerza. Rebecca trató de apartarse, pero acabó cediendo y le devolvió el beso. Sus manos subían y bajaban por su espalda. Permanecieron así lo que le parecieron horas, entregados a las caricias del otro, con sus labios unidos, explorándose mutuamente.

Fue Ben el que se apartó sin dejar de sujetarla por la cintura.

–¿Te parece que soy un hombre que siente lástima de ti, que solo quiere casarse contigo por hacer lo correcto?

–No –respondió en un susurro.

–Te quiero, Rebecca, siempre te he querido –dijo y volvió a besarla suavemente en los labios–, y siempre te querré. Debería habértelo dicho hace años.

Bec cerró los ojos unos instantes, tratando de convencerse de que aquello no era un sueño. Cuando los abrió, allí seguía él.

–Quiero que seas mi esposa, quiero ser el padre de Lexie y quiero que estemos juntos –afirmó antes de suspirar–. No por lástima, no por sentido del deber, solo porque te quiero, Bec.

Ella alzó la vista. Su mirada era inquebrantable y sus manos la sujetaban firmemente por la cintura.

–Así que, ¿quieres casarte conmigo?

–Sí, Ben. Sí y mil veces sí.

Aquellas palabras los acercaron y Bec lo rodeó por el cuello. Ben la estrechó en sus brazos y una vez más la besó.

Rebecca gimió mientras él continuaba dándole besos por el cuello. Luego, la tomó en brazos y la dejó suavemente sobre la hierba. Se quitó la camiseta sin dejar de besarla, y Rebecca acarició su espalda, sintiendo la fuerza de sus músculos bajos las manos.

–Llevo mucho tiempo deseando volver a hacer esto – murmuró él junto a su boca–. Eres preciosa.

Ella apartó la mirada. Le avergonzaba ser objeto de sus palabras, pero no quería que dejara de besarla.

Rebecca cerró los ojos y dejó que Ben la acariciara. Llevaba mucho tiempo soñando con aquello y no creía que llegaría el día en que volviera a estar en sus brazos. Estaba de nuevo con el hombre que amaba. Durante todo ese tiempo había estado sola sin nadie que le diera calor por la noche y, ahora que volvía a tener a Ben, no iba a dejar que se fuera.

Ben deslizó un dedo desde la muñeca de Rebecca hasta sus labios. Ella rio y volvió a besarla.

–¿Vas a casarte conmigo, verdad?

Ella sonrió de oreja a oreja. Su rostro expresaba lo mismo que él sentía.

–Sí, voy a casarme contigo, Ben McFarlane.

–Bien.

–¿Solo bien?

–¿Quieres que te demuestre otra vez lo que siento por ti? – preguntó Ben.

Rebecca rompió a reír y él se tumbó a su lado, sin soltarla de la mano.

–¿Qué crees que pensará Lexie cuando sepa que vamos a casarnos? – continuó.

–Te quiere desde el momento en que te conoció, como si hubiera adivinado que había algo que os unía.

Ben se incorporó apoyándose en un codo. Rebecca tenía la melena esparcida por la hierba y clavó la mirada en aquellos ojos que lo habían obsesionado desde siempre.

–¿Sabes? –dijo ella–. Creo que Lexie te habría querido aunque no hubieras sido su padre biológico.

Ben abrió los ojos. A pesar de sus temores acerca de ser padre, de repente no tenía miedo de entrar a formar parte de la vida de Lexie. Quizá Bec había hecho lo adecuado al dejarle marchar en su momento, por mucho que le doliera admitirlo. Estaba deseando ser el padre de Lexie, pero si hubiera tenido que enfrentarse antes a aquella situación, quizá le habría sido más difícil aceptar su responsabilidad.

–Es una niña estupenda –comentó él con emoción en su voz. –Sí, y tú

también vas a ser un padre estupendo.

–Si puedo ser la mitad de bueno como padre de lo que Gus ha sido como abuelo, entonces me conformaré –dijo y suspiró–. Tenía tanto miedo el día que la conocí que no sabía qué hacer o qué decir. Pero cuando recordé cómo era Gus conmigo, todo me resultó más sencillo.

Rebecca lo agarró de la mano.

–Tenía tanto miedo de tener a alguien cerca que me olvidé de que ya te tenía a ti. Te aparté de mi lado cuando debía haberte incluido en mi vida.

–Eso ahora no importa –susurró ella.

–No –convino él–. Porque desde hoy, voy a compensarte por todo el tiempo perdido.

Capítulo 17

Rebecca observó la preciosa potra negra y tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Llevaba días preparándose para aquel momento, pero no por ello le resultaba más sencillo.

Sabía que Ben la estaba mirando, pero no se volvió. Se había ofrecido para ayudarla, pero aquello era algo que tenía que hacer sola. No podía convertirse en la primera señora McFarlane que viviera allí desde que su abuela falleciera, sin demostrar que podía superar sus miedos. Ben la había perdonado y la había hecho entender que era merecedora de su amor. Tenía que dar un paso adelante y ganar confianza en sí misma y en sus habilidades, tanto como amazona como mujer.

–Hola, Missy –dijo tratando de contener su temor–. ¿Cómo está hoy mi chica? –preguntó acariciando a la yegua.

Luego le acarició el hocico antes de colocarle la silla de montar. El animal no se movió y Rebecca fue apretando la cincha progresivamente. Luego, le pasó la brida por la cabeza y se la ajustó a la boca.

Se volvió hacia su equipo de apoyo y sonrió. Le reconfortaba ver a Gus y a Ben allí, pero se sentía intimidada por los jugadores de polo que se les habían unido.

Rebecca habló con dulzura a Missy y la condujo hasta el centro del picadero. Después de acariciarla unas cuantas veces en el cuello, se subió a la montura.

Missy se agitó, pero Rebecca se mantuvo tranquila hablándole a la yegua, que no dejaba de mover las orejas. Apretó las piernas y echaron a andar lentamente. Era todo lo que quería por el momento.

No fue un paseo muy relajante, pero Rebecca se sentía orgullosa. Apenas unas semanas antes, había sido incapaz de acercarse a un caballo. No podía negar que tenía el estómago hecho un nudo de nervios. Era madre, llevaba un restaurante y estaba a punto de convertirse en la esposa de Ben, una esposa que volvía a tener la confianza necesaria para subirse a la montura y disfrutar. Por fin volvía a ser ella misma.

Missy volvió a agitarse y Bec siguió hablándole, sujetando con fuerza las riendas. La obligó a dar una vuelta en círculo antes de hacer que se detuviera, y sacó los pies de los estribos. Luego, premió a la yegua.

Nada había salido como esperaba, pero no podía sentirse más feliz. Se volvió y se encontró con la mirada de Ben. Cuando él sonrió, ella le tiró un beso. Por fin estaba con el hombre al que amaba y nada iba a arrebatárselo.

Ben dio un codazo a su abuelo, sin borrar aquella sonrisa radiante de sus labios. Le resultaba emocionante ver a su futura esposa subida a un caballo. Gus había sabido que lo lograría y Rebecca había conseguido reunir la suficiente confianza en sí misma como para intentar montar de nuevo. Solo imaginarse entrenando con ella otra vez y jugar al polo a su lado, le hacía sonreír.

Ben saltó la valla en dirección a su prometida.

–¿Hijo?

Se volvió para mirar a su abuelo. Gus estaba tan orgulloso de su futura esposa como él.

–Creo que es hora de que Rebecca vuelva a tener su propio caballo.

Ben asintió y ambos se acercaron a ella. Había conseguido que aquella yegua pareciera dócil y lo cierto era que nadie más había conseguido conectar con el animal.

Unas risas y el sonido de unos cascos los hicieron volverse a todos. Ben rio al ver a su hija acercarse corriendo tan rápido como le permitían sus piernas, tirando de una cuerda y con su poni trotando al lado.

–Te dije que nos esperaras –dijo Ben, tratando de mostrarse serio.

Él había hecho lo mismo de pequeño y no iba a negarle a Lexie la diversión de jugar con su poni.

–Me dijiste que no lo montara sola –respondió la pequeña sin aliento–. ¿Ves, mamá? Solo estoy jugando con él, no montándolo.

Ben miró a Rebecca y la vio tratando de ocultar la sonrisa con la mano.

–Quédate cerca –le dijo Ben a su atrevida hija–. Y recuerda que es un poni y no un perro. Tienes que tener cuidado.

Ben se apoyó en la valla y su abuelo se acercó a Rebecca y a Missy.

–Lo has hecho muy bien –dijo Gus.

–Gracias –respondió Rebecca mientras quitaba las bridas.

–Creo que será un buen ejemplar para jugar al polo si encontramos a alguien capaz de montarla –dijo Gus, echándose hacia atrás el sombrero para mirarla a los ojos–. Es una lástima que perdieras tu caballo en aquel accidente,

Rebecca –añadió el viejo y esperó a que lo mirara–. Eres una gran amazona y siempre lo serás, por eso quiero que te quedes a Missy.

–No puedo, Gus, es un estupendo ejemplar y no sé si yo sería capaz de…

–Ya he tomado la decisión. No rechaces un regalo de un viejo.

–Ben, ¿has oído eso? Dile que no puedo quedármela.

Ben sonrió y se encogió de hombros.

–Rebecca, es tuya. Hazme sentir orgulloso. Solo prométeme que cuidarás de ese nieto mío cuando me haya ido, ¿de acuerdo? Ben se secó una lágrima al ver que Rebecca soltaba la yegua para acercarse a Gus y darle un beso en la mejilla.

–Eres el mejor abuelo del mundo, ¿lo sabías?

–No, querida, tú eres la mejor nieta y he esperado mucho para tenerte. Así que tengo derecho a mimarte.

Ben se acercó y tomó a Rebecca por la cintura.

–Te quiero –dijo y le dio un beso en el cuello.

Ella se volvió en sus brazos y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

–Yo también te quiero.

Epílogo

Ben miró sonriente a los padres de Rebecca antes de darle un codazo a su abuelo. Gus estaba a su lado, con un traje oscuro y una corbata rosa a juego con la de su nieto. Había dudado si su abuelo estaría en condiciones para la ceremonia, pero el viejo era fuerte como un roble y se las había arreglado para sorprenderlos a todos.

Un sonido desde el fondo llamó su atención y Ben sonrió al ver el revuelo. El hermano de Rebecca estaba intentando convencer a Lexie de que se bajara del poni sin demasiada suerte. Desde el día en que se lo había regalado, Lexie apenas había dado al animal un minuto para relajarse. Había sido amor a primera vista: su hija se había enamorado del poni tan rápido como él de ella.

El cuarteto de cuerda empezó a tocar y Ben miró hacia la casa, a la puerta por la que Rebecca iba a aparecer. Contuvo la respiración y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, se estaba acercando a él. No iba del brazo de su padre, ni flanqueada por sus damas de honor. Tan solo ella, con la misma sonrisa que él lucía en su rostro.

Por primera vez en su vida, Ben estaba a punto de llorar en público, pero tragó saliva y miró a Bec. Al llegar a él, le tendió las manos y él las tomó, a la vez que le daba un dulce beso en los labios para decirle lo mucho que la quería.

–Tenemos que esperar hasta después de casarnos –susurró ella sonriendo, mientras Ben seguía rodeándola con sus brazos.

Ni los invitados, ni el oficiante, ni siquiera Lexie de pie junto a su poni y con una amplia sonrisa en los labios podían distraerlo. Tenía a la mujer a la que amaba entre sus brazos y no la dejaría nunca.

Rebecca apretó la mano de su marido y sacudió la cabeza mientras observaba a Lexie. Se había negado a entrar en la fiesta porque había preferido estar corriendo con el poni y ni Ben ni ella habían querido obligarla a estar. Estaba sentada a la sombra de un eucalipto, compartiendo su plato de comida con su nuevo amigo de cuatro patas.

–Te quiero –murmuró Ben junto a su oído.

Rebecca se volvió sonriendo y le dio un beso en los labios.

Un grupo de invitados estaba golpeando las copas con los cubiertos. No tenían planeado ningún discurso. Rebecca sonrió. Gus estaba de pie, con su copa de vino en la mano, aclarándose la voz. Si alguien iba a hablar, se alegraba de que fuera él.

–No quiero aburriros, pero alguien tiene que decir unas palabras sobre estos tortolitos. Probablemente ya sabéis que no me queda mucho, pero lo que no sabéis es lo mucho que los quiero –dijo señalando a Ben y Rebecca, que se secaba los ojos con la servilleta–. Siempre supe que acabarían juntos. De niños, eran inseparables. De adolescentes, todos sabíamos que estaban enamorados menos ellos. Y de adultos, eran todavía más cabezotas y lo único que decían era esa tontería de que solo eran amigos.

Ben apretó la mano de Rebecca y ella rio. No podían negar lo estúpidos que habían sido.

–Lo que quiero decir –continuó–, es que se merecen ser felices y sé que estarán juntos de por vida. Por eso quiero entregarles las escrituras del rancho.

Rebecca se quedó sin aliento y Ben soltó su copa.

–Antes de que protestéis –prosiguió Gus–, quiero que sepáis que lo he pensado mucho y que el papeleo ya está hecho –dijo y su mirada se cruzó con la de Rebecca primero y después con la de Ben–. Así que por favor, alzad vuestras copas para brindar por el señor y la señora McFarlane, propietarios del rancho McFarlane.

Rebecca se inclinó y le dio un beso a Ben en la cabeza. Su vida no podía ser más perfecta.